

Premio
Nacional
de Literatura
Stefanía
Mosca
2018 |
Narrativa

José Negrón Valera

El rey de las cenizas





**Alcaldía
de Caracas**

Érika Farías

Alcaldesa

María Isabella Godoy

Presidenta de Fundarte

Secretaria General

Elitany Raga

Gerente de Publicaciones

José Leonardo Riera Bravo

José Negrón Valera

EL REY DE LAS CENIZAS



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Ganador del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca 2018, mención Narrativa
©Fundación para la Cultura y las Artes, 2019

El rey de las cenizas

©José Negrón Valera

Edición: LEONARDO ANTONIO PERDOMO VARGAS

Portada: MARÍA E. GONZÁLEZ V.

Diagramación: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2019001691

ISBN: 978-980-253-747-1

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Piso Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa

Zona Postal 1010 Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Teléfonos: 0212-541-70-77 / 0212-542-45-54

Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com

Gerencia de Publicaciones y Ediciones

Sería capaz de quemar el país entero si pudiera proclamarse rey de las cenizas.

GEORGE R.R. MARTIN

Premio
Nacional
de Literatura
Stefanía
Mosca
2018 |
Narrativa

José Negrón Valera

El rey de las cenizas



CAPÍTULO 1

EL CLUB DE LOS NIÑOS BOMBA

Los increíbles sucesos que constituyen el cuerpo general de esta confesión, tienen lugar en la segunda década del presente siglo. Cuentan una historia breve, la de cómo fui reclutado por Luis Fernando Romero para provocar una guerra civil.

Tropecé con él en la Universidad Católica Andrés Bello, justo cuando cursaba el último año de la carrera de Comunicación Social. Yo formaba parte de un grupo bastante popular, donde confluían algunos estudiantes de periodismo, pero también de Administración, Economía, Ingeniería Civil, Derecho y Contabilidad. Me extrañó verlo tan integrado al grupo esa tarde, durante una cervezada pro fondos por la graduación de Odontología. La razón era que antes de aceptar nuevas inclusiones, promovíamos amplios debates sobre el origen de los solicitantes, no por asuntos ligados al racismo o el clasismo, pues bastante progresistas éramos, «más demócratas que republicanos» decía Cristipuchi, sino porque necesitábamos mantener una cierta pureza en las ideas acerca del futuro del país y de nosotros mismos. Sin embargo, a Luis Fernando se le abrieron las puertas creo yo porque mezclaba esa arrogancia de quien ha tenido que ganarse su puesto en el mundo, con un fenotipo cortesía de algún pariente europeo lejano. «Era medio catirón con un bronceaíto de río que resaltaba unos ojos claros que sin embargo no eran, ni terminaban de ser azules o verdes». La descripción es de Cristipuchi, no mía. Pero era bastante fiel a como yo mismo lo hubiese descrito de haber conocido en ese momento, la brutal sentencia que tiempo después escuché en los pasillos del Banco Mundial: «de la pobreza puedes huir, pero nunca esconderte».

El hombre se movía bastante bien dentro del grupo. No era exagerado con sus anécdotas, ni tenía ese humor tenso de aquellos que se mueren por ser aceptados; claro que como muchos de los que recién aspiraban ingresar, debía mostrar un cierto talento, algo que fuese digno de considerar y creo que su voluntarismo era lo destacable. Se proponía para comprar las cervezas y traía hasta diez vasos de plástico en las manos con bastante soltura. Incluso en algunas ocasiones las pagaba él, y aunque muchos allí le lanzaban sus miradas de desprecio, a mí en cambio el tipo me parecía genuino, al menos en su deseo de agradar. De todos modos, quise probarlo así como en la novela de Vargas Llosa, se probaba el carácter de los nuevos cadetes a ver cuál mostraba ser un prospecto y cual pertenecía más al lote de la carne de cañón. Le dije, «coño viejito... tráenos una birras, pues» y se me quedó mirando... largo, profundo, como escrutando la naturaleza más primitiva de mi solicitud. Sus ojos ¿o sería su ceño? no lo sé, me dieron desde el principio algo de miedo, pero no le di en ese momento mucho crédito, lo que ahora creo fue un grave error.

Me respondió luego de un tenso silencio que contagió la atmósfera del grupo:

—¿Y los reales?

—Que lo anoten a mi cuenta —le contesté como para burlarme.

Luis Fernando se sonrió, de forma leve, imperceptible, y se fue. Trajo cervezas para todos menos para mí; sin embargo, no dio excusas, aunque no hacía falta, para ese momento todos sabían lo que estaba ocurriendo. Los más antiguos en el grupo conocían de mi movimiento, estaban acostumbrados, agradecían que fuese yo quien frenteara siempre para servir de filtro para los inservibles que deseaban unírseles. Esperaban ansiosos saber lo que seguía, de qué forma iba a resolver la situación. «Me dejaste morir», le dije a Luis Fernando, medio en broma medio en serio. Me entregó su vaso de cerveza y volviendo a dedicarme su expresión seria contestó «No

vale, ni pendiente... yo no dejo morir a nadie». Por supuesto, en la próxima ronda fui yo quien brindó a todos.

Hablé con él gran parte de la noche, aunque también con Martha quien le había sellado el pasaporte de entrada a nuestro mundo. Ella es el estereotipo clásico de la estudiante de Economía, que vive en Alto Prado y que dejó media carrera de Psicología en la Central, porque no pudo resistir la cantaleta de unos padres a quienes les preocupaba el futuro *modus vivendi* de su hija. Tuvo que aceptar *so pena* de que le quitaran la Mastercard, el Audi y los veranos en Lisboa, venirse a la Universidad Católica a prepararse para asumir el emporio familiar. A pesar de esto, nunca perdió esa media inclinación humanística, o más bien, sexual, por los especímenes particulares que brotan en las calles de Caracas. Fue así que nos contó cómo dio con su actual culito —porque a novio no llegaba ni iba a llegar así se esforzara el doble de lo que se esforzó por entrar a la Católica— al proponerse para evaluar los perfiles psicológicos de quienes merecían ganar la beca que los buenos jesuitas le dan a quienes se parten el lomo en el Colegio Fe y Alegría para lograr los mejores promedios.

Luego de escuchar su recuento y felicitar su absoluta objetividad a la hora de decidir quién se llevaba la beca, decidimos concluir la cervizada como siempre: en algún local de Las Mercedes. Observé que la excesiva solidaridad y disposición mostrada por Luis Fernando se debía al hecho de no tener los centavos requeridos para pagar los excesos que iban a extenderse más allá de la fiesta profundos. Su cortesía era una bomba de humo para que no nos percatáramos que sería Martha quien iba a usar la tarjeta de crédito, siempre con mucha discreción para que él no se sintiera disminuido. Ella de todos modos tampoco era la Madre Teresa de Calcuta, así que en algún momento de la madrugada me dijo a media voz si podía llevarlo a su casa, porque según le daba pajita meterse tan tarde a donde vivía Luis Fernando.

Acepté, aprehensivo por supuesto, pues es bien conocido que entre Las Mercedes y Petare de noche, media una distancia tan grande como la que existe entre el Támesis y el Río Guaire. No obstante, una cierta curiosidad me impregnó y además ayudó mucho que cargaba ese día no mi Land Rover, sino un Volkswagen más anónimo con el que me castigaba mi papá cada vez que veía un video mío en Youtube. Martha se fue medio borracha no sin antes darse unos cuantos besos con Luis Fernando, allí enfrente de todos, lo cual nos calentó un poco, pero no lo suficiente como para que quisiera irme a algún puticlub esa noche. Así que me terminé el ron de un trago y arranqué junto con Luis Fernando hasta Mordor, o a donde fuera que viviese. No debo negar que el licor me daba algo de valentía, pero conforme abandoné la autopista y empecé a adentrarme en las pequeñas calles que se extienden luego del último vestigio de civilidad, sentí como si cada semáforo se transformara en los ojos de un demonio dispuesto a tragarme por completo. De todos modos, no quise parecer un paranoico revisando mil veces si había cerrado los seguros y chequeando si el GPS que había programado previamente funcionaba; mucho menos ante Luis Fernando, quien iba impasible y además no hablaba, pero que de seguro podía oler el miedo que comenzaba a salirme por cada poro. Creo que a medida que los efectos de la bebida iban bajando y la velocidad del carro aumentaba, sentí que había sido un error aceptar la solicitud de Martha. Mantuve la compostura y puse algo de música, para bajarle intensidad a la escena. Aproveché una canción de Pink Floyd, para comentarle que siempre había pensado que la causa de que en nuestra generación no hubiese astronautas o astrofísicos, fue porque nuestros padres estuvieron demasiado expuestos a las mujeres, las permanentes y a ser espectadores pasivos de los videos de Kiara, Melissa y Guillermo Dávila. Luis Fernando me miró de reojo como sin entender, o como si el comentario le pareciera fuera de lugar. Me sentí hervir por dentro. Allí andaba, arriesgando mi vida en ese submundo ¿y el tipo no podía acompañarme ni siquiera con

un pequeño monosílabo? Tampoco es que era tan joven como para no haber recibido de refilón las últimas ondas sísmicas de la generación que llevó su obsesión por las lentejuelas y la laca a extremos insanos. Igual se salvó de que lo puteara por dos razones, en primer lugar, porque estaba en aquel laberinto, atado a la vida apenas por la señal del GPS y por la voz gallega de una mujer que me decía «a doscientos metros tome el camino de la derecha... en la rotonda continúe por la rampa». La segunda causa, fueron dos motos que pasaron muy cerca del carro y casi me provocan un desmayo. Luis Fernando no pudo contener la risa y me preguntó ¿Qué pasó chamo, te cagaste?. Y siguió riendo infinitamente hasta que la gallega me informó que había llegado a mi destino. Sin agradecerme abrió la puerta y me preguntó qué iba a hacer mañana. Quedé frío. No pensaba que después de lo vivido pretendiera mantener un mínimo de amistad. Era muy confiado el tipo, confiado en que su relación con Martha lo iba a mantener inmune.

Se deslizó fuera del carro como un gato, pidió que bajara el vidrio, se recostó y me dio algunos consejos para el retorno que fueron golosinas para mi paranoia. Mientras iba de regreso acompañado solo de la voz electrónica, pensaba que Luis Fernando lo que buscaba con nosotros, no solo conmigo, sino con todos, era divertirse, burlarse de nuestra supuesta superioridad y tratarnos como títeres. Quizá le daba mucho crédito, pero me sirvió ese pensamiento para llegar con el esfínter controlado hasta que volví a reconocer la ciudad, esa Caracas que sí me sonreía y que me recibía como a todo un héroe. Dormí feliz, tranquilo, acurrucado en el edredón y con la vista puesta en un afiche de *Foo Fighters* que coronaba el cuarto. «Sos un duro», me dije orgulloso.

Cuando llegué a la universidad a la mañana siguiente, Luis Fernando ya me esperaba. Le pregunté por Martha pero se sacudió mi pregunta: «ahora no importa, es tarde y necesito que conozcas a unos panas». Le dije que tenía clases, y aunque le admití que el

periodismo no requería mucho estudio sino más bien olfato, me disculpé por no poder acompañarlo. Sin embargo, era full insistente, demasiado intenso y con una capacidad increíble para contagiar su ánimo. Además me prometió que solo sería la primera hora y que ya había decidido que yo era el hombre que faltaba en su equipo. No tenía puta idea de qué decía, pero me dejé arrastrar hacia un centro comercial cercano a la universidad. Estacionamos y me dirigió hasta un local de unos chinos, en la segunda planta, donde a esa hora —eran como las nueve y media—, ya había unos chamos bebiendo cervezas. Entramos y fuimos hasta la última mesa. Esperamos un rato, sin que pudiera sacarle una palabra sobre lo que hacíamos allí. Levantó la mano y el chino lo saludó de lejos con un *Ey Luifenaldo* y de inmediato nos dejó dos cervezas. Sacó el celular y llamó a alguien a quien puteó por su impuntualidad. Cuando acabó de hablar quise zafarme de esa situación mostrándole un mensaje donde unos amigos decían que el profesor preguntaba por mí. Luis Fernando vio el mensaje, frunció el ceño en señal de desprecio y lo único que soltó, como para que dejara de molestarlo fue «Pura paja. Esos tipos son pura paja, quédate quieto». Sus palabras por supuesto no ayudaron, pero fue tan enfático que le obedecí dejando que la situación siguiera su curso. Al terminarme la cerveza, que me cayó de la patada porque hacía tiempo que no tomaba tan temprano, alcé la mano para pedirle al chino un jugo de patilla sin azúcar, pero fue peor porque el hombre trajo dos cervezas más y una ración de lumpias. Lo estrangulé mentalmente.

—Jugo no... jugo no... lumpia... lumpia mejor —dijo.

Incluso le hizo una señal de pulgares arriba a Luis Fernando. Él asintió con un ligero gesto de cabeza y se concentró en su ración.

En medio del festín mañanero, llegó el primero de los cuatro sujetos que conocería ese día. Era un tipo gigante —fácil rozaba los dos metros— que parecía recién salir de un gimnasio. Tenía barba y un cuerpo de esos que solemos llamar *super puyaos*, porque

no era sino a través de ingentes sesiones de esteroides que se podía ganar tal masa muscular. Además, su aspecto nervioso y acelerado, daba las clásicas pistas de esas personalidades que están siendo internamente modeladas por los químicos de la belleza. Todas las características de un Van Damme de abasto. Luis Fernando me lo presentó bajo el apodo de Sexo Débil y el carajo se timbró. De inmediato quiso rebotársele, pero Luis Fernando le lanzó una mirada que tienen patentada los que nacieron para ser líderes de manada y lo sentó de inmediato, a pesar de ser al menos veinte centímetros más bajo y cincuenta kilos más liviano. Sentí el ambiente pesado, como surreal, y al chino del restaurante mirarme y decir en su idioma milenario «Lecuelda a Sun Tzu, todo está en la mente». Aunque de inmediato creí que era más bien el maestro Yoda quién llegaba a explicarme la situación y a decirme «Sexo Débil la mente atolondrada por la testosterona tiene, obligación es de Luis Fernando aprovechar truco Jedi». Y seguí fantaseando por allí, recordando imágenes que incluso me llevaban a las comiquitas de Hanna Barbera y al nombre de un bulldog llamado Spike, pero allí estaba Sexo Débil y su humor me sacaron de la nostalgia. «¿Y quién coño es este?» preguntó señalándome a través de un gesto. Luis Fernando respiró y sin dejar de atender su celular dijo: «El pana *del que te hablé*». El énfasis me dejó pensando en muchas cosas, sobre todo en qué tanto tiempo tenía presente en la vida de estos sujetos.

Estaba descolocado por no entender la forma en que otros me habían trazado la vida, como si se trataran de unos pequeños dioses, mundanos, medio pobretones, pero dioses al fin. Tampoco es que tenía ganas de irme. Operaba en mí la típica inquietud del periodista que desea llegar hasta el fondo de los misterios; así que opté por quedarme para atestiguar la llegada del resto de las extrañas amistades extracurriculares de Luis Fernando.

Una chama se sentó a mi lado sin mediar palabra, nadie la saludó tampoco. Levantó la mano y con el dedo índice apuntó al chino,

primero, y luego a la mesa. El gesto fue captado de inmediato. Así que en poco menos de dos minutos, también obtuvo su ración de cerveza y lumpia. La chama me gustó. Estaba bien chévere, con su estilo de patinetera de centro comercial y una actitud de rebelde altanería muy usual en quienes se hacen los anarquistas pero usan gorras con la palabra «OBEY». La saludé y levantó el mentón. Estiró la mano y se presentó ella misma. La tenía fría y humedecida por la cerveza, pero igual me calentó un poco. «Melinda», dijo. Le sonreí pero no alcancé a decir mi nombre porque alguien me hizo con un abrazo de kárate una llave en el cuello, y me inmovilizó. Estuve así unos segundos sin saber qué pasaba, lo único que podía entender es que el muy pendejo decía «Amol de cálcel, amol de cálcel» y lo que parecía una reunión normal, de pronto se tornó en una maldita fiesta de fenómenos de circo.

El carajo me agarró del mentón y quiso como darme un beso mientras todos se reían del espectáculo. Por suerte, en algún momento como de reacción, de sentido común, como de que se le había pasado el efecto del *crack*, supongo, dice: «Eeergación, mano eres burda de lo parecido al Claudio —y acercó una silla sin quitar su cara de maldito ente sobrenatural—. Coye, mi rey, discúlpame esa... marico es que eres igualito... ¡Háblame, chino...!, lánzame una curda pa' cá». Luego de las disculpas, que incluyeron al propio Luis Fernando, supe que el nombre del tipo rendía honor a su rareza. «Coño, Friki, si eres chocón», decía Melinda sin dejar de reírse. Sin embargo, ni las disculpas, ni nada eran suficientes para dejar de sentirme mal, pensaba que debería estar en mis clases, y que no entendía por qué y a cuenta de qué me prestaba para que me humillaran. En mi pecho se me formó un pensamiento medio complejo, que trataba de mantener subterráneo, muy oculto, dormido; pero ni mis viajes a ciudades multiculturales como Ámsterdam, ni a Londres, ni las jornadas con Martha bañando perros en la veterinaria de Santa Mónica, ni mis experiencias recogiendo dinero en potes para niños que necesitaban operarse del

labio leporino, sirvieron para que no emergiera esa idea de que «esos monos podían irse a la re mierda». Luis Fernando, como buen cabeza de familia, alertado de que ya el asunto me había encabronado mal, se puso serio y le ordenó a Friki que me pidiera perdón. Este me vio acelerado y casi a punto de una epilepsia por la ira contenida. «Si va, papi —y buscó los ojos de Luis Fernando, puede que asimilando algún significado para una disculpa que no sentía—... perdóname esa *manivela*...». Respiré, tampoco quería quedar como el sifrino de la cuadra, o mejor dicho, como lo que hacía de niño, de llevarme el bate, el guante y la pelota cuando me picaba por algo, que era casi siempre. Pues si hay algo que no he dicho, y que sería bueno decir, es que mucho tiempo sufrí de mal manejo de ira; y vaya que bastante gastaron mis padres en sesiones con un psicoanalista Jungiano, así como en costosas atenciones para mi equilibrio psíquico, que incluyeron una temporada completa en una hermosa clínica en Bali rodeado de matas de plátanos y calores sofocantes.

Todo ese esfuerzo económico invertido, solo para que estos hijos de puta jueguen a la pelota conmigo. Respiro y pido perdón a la estatua de Buda que me ayudaba a meditar a las cinco de la tarde, pero hasta él tiene que entender que ya esto era demasiado.

Friki era el más ruidoso y el que más hablaba. Decía cualquier barbaridad y saltaba de un tema a otro, como si nada lo atara realmente a ningún pensamiento concreto. La única que medio le paraba era Melinda, aunque también ella de vez en cuando se lanzaba sobre su celular y lo dejaba hablando solo. En un momento, al fin se calló la boca y se metió también en su teléfono celular, al igual que el resto. Quedamos ensombrecidos por el silencio conocido de esta época y que parece un murmullo, un eco que no termina de explotar, y que a su vez toma la forma de tiki, tiki, tiki de pulgares en batalla absoluta por el control de otras mentes lejanas.

El chino llegó a recargarnos —sin pedirlo— nuestras cervezas y colocó una de más. Traté de atajarlo, tomándolo del antebrazo para

señalar su error, pero hundió en mí los mismos ojos de Bruce Lee al pelear con Chuck Norris, y me di cuenta de que había traspasado una frontera que pensé no existía. Igual, el chino, al ver mi cara de sorpresa, resolvió bien levantando su dedo y señalando hacia la barra. Allí, un hombre con lentes oscuros y una chemise color naranja, saludó. Levanté la mano, pero quedé como el propio pendejo porque realmente saludaba a Luis Fernando. Por supuesto, el chino se rió al ver la escena y entendí que ese día me había convertido en el bufón de la maldita corte.

El chamo de la chemise naranja, llegó a la mesa. Extendió la mano sin decir una palabra y todos empezaron a darle sus celulares, la que más resistió fue Melinda, pero igual lo entregó no sin antes soltar un «¿Por qué me tienes que chocar el carro?» acompañándolo con un solemne resoplido de inconformidad. «Tú también, nuevo», me dijo. Por supuesto, me hice el duro, al principio, pero como el resto ya me dedicaban sus muecas de «no te pongas cómico» preferí relajarme y colaborar. El hombre agarró los teléfonos y uno por uno fue quitándoles las baterías. Luego puso todo en un pequeño morral que cargaba y lo colocó bajo la mesa. No tenía la mínima idea de qué vendría después.

El fulano de la chemise, era Claudio *himself*. En él convergía de pies a cabeza toda la planta baja de Albroom Mall de Panamá: zapatos Hilfiger, franela Lacoste, *bluejean* Levi's y reloj Fossil; todas marcas distintivas de alguien que pretende resaltar entre sus hermanos de clase, pero que se queda corto para quienes escogen con pinzas los destinos turísticos y de compras de Centro América y el Caribe. El hombre se sentó y empezó su cuento con un tono que iba de lo lacónico a lo misterioso y de inmediato supe que era a leguas el más inteligente del grupo. Hacía una especie de análisis de coyuntura actual, donde intercalaba frases de Isaiah Berlín, con algunos fragmentos de la novela *Rebelión en la granja* y concluía mentándoles la madre a los *pacos* de inteligencia, que según él «están en todos

lados, en todas partes». Supuse que el tipo era bastante paranoico, así que pregunté sin ánimo de arruinarle el estado de desconfianza total, por qué si eran tan celosos con su seguridad, habían sido tan flexibles en permitirme entrar a su círculo. La respuesta provino del propio Claudio quien le explicó al equipo que yo había sido admitido a solicitud de Luis Fernando, y que él en persona me hackeó el correo electrónico, la mensajería de texto —entonces Luis Fernando empezó a reírse— y terminó recomendando —mientras levantaba su propio teléfono— nunca mandar fotos sin ropa.

Creí que iba a explotar... no sé si de la vergüenza, de la rabia o qué... solo me contuvo de lanzar la mesa por los aires que Melinda deslizó su mano hacia mi muslo para apoyarse mientras le decía a Luis Fernando que le enseñara el teléfono «*pa' ve*». Hasta Sexo Débil medio esbozó una sonrisita, la única por cierto que le vi en todo el tiempo que lo conocí. Le volví a orar a Buda y quién sabe si a Sai Baba, y me contuve. Luis Fernando igual hizo que pasáramos la página y nos concentráramos en lo importante. Fue cuando Claudio informó que habían aceptado que el grupo fuese a la *adecuación* en La Quinta, pero que había algunas condiciones que cumplir. Luis Fernando era el que prestaba más atención y nunca relajaba las facciones, era una expresión entre la sorpresa y el convencimiento de que había encontrado el boleto dorado y que por fin iba a conocer su añorada fábrica de chocolates. Aunque según Claudio en este caso, el apreciado Willy Wonka, era bastante escrupuloso y exquisito. Una de las exigencias es que debíamos firmar un documento donde no culparíamos a la organización de cualquier percance que sufriésemos el tiempo que tomaba el entrenamiento. Además de eso, estábamos obligados a permanecer dos semanas en el lugar. Un aislamiento total que desde la perspectiva de Claudio era comprensible pues ya La Quinta estaba siendo vigilada constantemente por los esbirros de la policía. Por último, y creo que por mucho fue el requisito más difícil de cumplir, teníamos que guardar absoluta re-

serva sobre lo que viésemos allí. Un silencio total y casi monástico hizo que la mesa se resintiera. Quedé completamente fuera de lugar. Siendo parte de un vals cuya melodía intuitivamente no me agradaba y que además iba oscureciéndome el semblante hasta convertirme en el cisne negro del grupo. En el momento en que las vísceras se dispararon como la alarma necesaria y suficiente del propio cuerpo para salvaguardar la propia integridad, Claudio puso una mano en mi hombro y le dijo al resto del grupo que fueron admitidos al campamento solo porque supieron que mi apellido contaba con un cierto peso en los límites de la zona civilizada de Caracas.

Fue entonces que entendí que eso era todo lo que pretendía Luis Fernando sacar de esa amistad. Arrimarse a un linaje que le permitiera colarse en los selectos grupos y avanzar sin ser visto por entre el fuego de metralla de los afanosos discriminadores de clase, raza, credo, sexo y religión. Sin embargo, pude haberme negado a que me utilizaran como palanca, pero algo dentro de mí cada vez se sentía más presa de ese malestar sin nombre al cual me dirigía sin frenos ni precaución. Claudio siguió hablando y dio precisas indicaciones de que no podíamos comentar con nadie dónde estaríamos y mucho menos haciendo qué. Además marcó el día siguiente y la bomba de gasolina cercana a ese mismo centro comercial, como el punto cero de nuestra aventura. Solo levanté la mano para decirles que ya pronto iba a entrar en exámenes finales y todos excepto Sexo Débil, estallaron en risas. Luis Fernando se aplomó y se incorporó a la mesa para decirme una frase que no supe como consumirla: «Marico, eso ya no importa».

Claudio terminó de hablar, volvió a poner las baterías en los celulares y nos los entregó. Luego se marchó sin acabar su cerveza. No se despidió, al igual que Friki, Sexo Débil y Melinda, cuyo único gesto fue acariciarme la cara desviándome la mirada de su culo firme hasta la puerta de salida. Luis Fernando me dijo que iba al baño y quedé a merced de los ojos del chino, que me observaban con

una paz muy similar a la de Miyagi cuando atrapó la mosca delante de Daniel San. En un momento, me dije a mí mismo dos cosas, la primera, es que el señor Miyagi era japonés, no chino, y la segunda, es que había sido elegido como el idiota que iba a pagar la cuenta.

Luis Fernando no salió del baño nunca o si lo hizo no se despidió. Esperé unos quince minutos antes de entrar a buscarlo y mirar debajo de las puertas y calarme el olor añejo del orine esparcido por toda superficie. Acordé con mi serenidad que lo mejor era ir a pagar la cuenta y devolverme a la universidad. Por suerte, llegué a la última clase. Me senté cerca de Cristipuchi, quién arrugó el ceño y me dijo que atendiera mi celular. Alcancé a ver un mensaje que me tensaba la pechera de la amistad «¿Dónde coño estabas?». La miré y le hice un gesto que escuché en mi cabeza muy convincente «Te lo digo después». Por supuesto, ella lo entendió.

Al salir de clases nos fuimos a comer sushi y hablar de las trivialidades de siempre. Pero no más los roles desaparecían tuve que soltarle todo. Cristipuchi atendió el relato sin dejar de comer y a veces sin mirarme porque su celular se lo prohibía. Le pregunté qué opinaba y me confesó que Luis Fernando no le caía muy bien y que aún no entendía cómo carajo Martha lo aceptaba así nomás. Me argumentaba que su juicio no se basaba «en el bronceaíto de río» —le encantaba esa categoría— ni en la manera en que había logrado entrar a la universidad apelando a la caridad de los Jesuitas, sino que había algo en sus ojos que no le dejaban tranquila. «Chamo, te digo... el pana es un ambicioso... o sea, no es que todos no lo seamos, pero no sé, es una como una ambición rara, ¿me entiendes? es como si te envidiara, pero a la vez sintiera como desprecio».

Las palabras de Cristipuchi acompañaron el último *sashimi* que me comí. De allí, mi mente se apartó para tratar de armar un código oculto que nunca estuvo por completo resuelto. Ella me pidió que la llevara a recoger a una amiga española que la esperaba por La Castellana y así lo hice como a las siete de la noche. La mujer, a

quién Cristipuchi llamaba Vane, supongo que por Vanessa, se sentó en el asiento de atrás y no más arranqué le entró a besos a Cristipuchi y allí se quedaron amarradas las dos, jurándose que no se habían olvidado y que más nunca se iban a separar y que las mujeres de Madrid eran todas unas frías y que si Sabina y que si la Gran Vía a la medianoche.

Medio me excitó observándolas por el espejo retrovisor, pero cuando la mujer le empezó a dar instrucciones a Cristipuchi sobre cómo tocarla, la cosa me sonó tan parecida a las indicaciones de la gallega que me hablaba por el GPS del teléfono, y de inmediato se me quitó todo. Así de pronto pensé en que la mamá de mi amiga cada vez que me veía le decía que yo era un hombre de buena familia y que debía casarse conmigo, a lo que Cristipuchi le contestaba que sí para que dejara el fastidio, pero sobre todo para que se quedara tranquila y se fuese a la reunión de La Rosa Mística de la que era creyente y además líder de la cuadra y la primera en ponerle escapularios a todas las vírgenes de la parroquia. Entonces me entristecí por esa señora llena de rosarios y cruces, y por la manera en que se montaba muy elegante en su Mercedes para ir a donar Biblias y más Vírgenes a los orfanatos de Caracas, mientras le decía a su hija a través de la ventana a medio bajar, que el domingo le había prometido al sacerdote que irían ambas a confesarse y a rezar una cadena de padrenuestros por este país que se caía a pedazos. Y por supuesto que al volver a la Cristipuchi y a la Vane a través del retrovisor, y corroborar que aún se lamían orgullosas y desesperadas, sentí ganas de que aquella atribulada madre fuese por unos minutos una silenciosa copiloto y que me acompañara a recorrer la ciudad en una noche sin ida ni vuelta, en círculos eternos entre la Av. Libertador y las sombras del Country Club, y que me dejara comentarle que lo único hecho pedazos y que bien merecía una oración era la relación con su hija.

Cuando al fin parecieron quedar satisfechas, fue que decidieron darme coordenadas. La Vanessa dijo que andaba guarra o algo así y que la fiesta necesitaba «ponerse», entonces Cristipuchi me pidió que nos acercáramos un rato al local que a ella más le encantaba y que yo llamaba el «Emo Bar» y que para variar esa noche tenía un concurso de bandas depresivas donde todas las letras eran sobre amigos que se habían ido del país o de que si el tinte Kolestón N° 2 Black ya no se conseguía y que ellos también se iban a morir pronto, en fin... lo usual que se escuchaba en ese sitio. Estuve un rato con ellas, solo por insistencia de Cristipuchi, pero la Vanessa necesitaba su espacio y lo reclamó montándole la pierna por entero a su novia, sin importarle que también era mi amiga, y me sacaron por completo del juego. En cualquier caso, ya estaba agotado y necesitaba dormir, así que le dije a Cristipuchi que me iba, pero ella estaba más ocupada en explorar la lengua de la madre patria que en las cortesías. Así que me levanté y atravesé toda la selva de chaquetas de cuero y *piercings* mientras en los oídos me zumbaba el lamento de una generación que ya no sabía en qué palo ahorcarse.

EN LA ISLA DEL SEÑOR DE LAS MOSCAS

Fui el primero en aparecer en la gasolinera. Estaba un poco acelerado, sin saber qué hacía exactamente allí y por qué rompí la rutina solo para seguirle el ritmo a una situación que ya comenzaba a arroparme por completo.

Mi papá notó esa desatención. Lo hizo por la mañana mientras comía su desayuno y leía el periódico en el comedor, con su camisa blanca y corbata escarlata, ambas impecables. En la mesa reposaban los cinco diarios más importantes del país, más las revistas semanales de política, y una *tablet* donde también aguardaban por su atención cincuenta pestañas de artículos sobre coyuntura financiera provenientes de los letrados del *Financial Times*, *The Economist* y el *Wall Street Journal*. Siempre tenía miedo de sentarme a su lado porque iba a terminar siendo interrogado sobre la universidad, el comportamiento del fideicomiso que me abrió en un banco de Ginebra y lo más importante para él, mis planes para cuando acabara de graduarme. «Martin te espera en Washington», me diría antes de llenarse la boca con sus panquecas. Todo ello sin apartar la vista del periódico y en equilibrio perfecto con la taza de café expreso en su mano derecha. Por supuesto, al igual que otras veces, le iba a contestar con onomatopeyas o con un «Lo estoy pensando», mientras Maira —que había sido mi nana desde los nueve años y muy sabia para servir de catalizadora a la poca paciencia de mi papá— entraría al comedor para ponerle más jarabe de arce a las panquecas, echar más café en su taza y hacerme muecas directas donde se leía claramente la expresión «Carajito, dile que sí». Luego de la intervención de Maira, a mi papá le daría por entrarme con su psicología donde echaba de nuevo cuentos sobre su historia

personal y que se resumía siempre al mismo párrafo: «Yo también a tu edad, creía que me las sabía todas. Pero estaba equivocado. Tuve que tener esa visión para entender que es mejor aceptar los regalos que la vida te da. No hay que enfrascarse en caprichos juveniles, es necesario abrirle los brazos a las oportunidades... El mundo está lleno de oportunidades».

Esas palabras, que nunca se atrevió a decirme de qué clase de experiencia trascendente las había sacado, fueron traducidas por el propio Martin, uno de sus mejores amigos o contactos del mundo a quién conoció durante sus estudios universitarios. Estábamos en un *pub* de Londres, mientras viajaba por Europa con los panas del Emil Friedman hace como cinco años. Martin, en ese momento un avezado consejero de la City, me habría dicho entre incómodos chispazos de saliva de británico borracho, lo que mi papá nunca se atrevió a relatar. A mi padre, un joven con la sangre alborotada por el asesinato del Ché Guevara y escuchando las noticias de la guerra de Vietnam, se le había ocurrido que lo mejor era meterse de guerrillero urbano en Caracas, animado por los grupos anarquistas de la Facultad de Economía de la UCV, y contribuir a la causa socialista volteándole la tortilla a los gringos en su patio trasero. Sin embargo —y esto lo dijo Martin chorreando cerveza por la nariz en un frenético ataque de risa—, a mi papá lo agarraron haciendo unas pintas estilo Mayo Francés: «La imaginación al poder», «Prohibido prohibir». Nada, se lo llevaron derecho a un calabozo donde le metieron una hora de corriente en las bolas y se aplicaron en serio a hacerle «el submarino» para que terminara de soltar todo lo que sabía sobre las células comunistas que operaban en las universidades. Le dieron su buena dosis de terapia de choque, hasta que uno de los amigos de mi abuelo, un hombre muy ligado a la cristiandad democrática, vio su nombre en unas listas e intervino antes que terminaran de freírle los testículos. «Poquito más y tú no nacer», me lo dijo al borde de la histeria y en castellano como para que

entendiera lo afortunado que había sido. Luego de eso a mi papá lo «becaron» para que se fuera del país y dejara el sarpullido socialista. Ahí entendí parte de la historia que de niño no me cuadraba. Fue de esta forma que terminó en Cambridge estudiando economía y renegando de cuanto experimento colectivista han parido la mente de los hombres. Aunque a veces, en la soledad de la noche, cuando se le va la mano con el whisky de malta, da un grito de «Viva Cuba Socialista», sin esperar tener testigos y con una mirada que busca, sin culpa ni remedio, a unos carceleros que supieron hacer muy bien su trabajo.

En la mañana, antes de irme a la gasolinera, mi papá empezó a hablarme del Reino de Bután y de que allá iban a cambiar la medición del PIB por otro marcador: la Felicidad Interna Bruta; y me preguntó, en su examen de mi carácter diario, qué opinaba. Pero yo ese día estaba disperso, pensando en la cita que tenía y en que dejaría de asistir a la universidad y no pude responderle coherentemente. Entonces disparó: «¿En qué andas tú metido?». Levanté la vista y esperé a que Maira apareciera, salvadora como siempre, pero no llegó nunca. Quería decirle la verdad, así como lo hacía con mi mamá antes de que muriera, pero aunque quise no pude articular palabra. Solo podía verlo allí, con su mirada de escultor insatisfecho ante su obra, en espera de algo que le aliviara el alma. Así que le di lo que quería. «En julio me iré con Martin». Aquél hombre saltó de la felicidad y me dijo que no me iba a arrepentir, entonces se me acercó y me prometió que tendría mi propia villa en *Chevy Chase section five* o donde me diera la gana. Luego se puso serio y se dijo así mismo que ya era hora de salir de Venezuela porque estábamos estancados en la Edad Media. Le pregunté por qué no aprovechábamos y nos íbamos juntos, y fue cuando me respondió enfático y con una sentencia que supongo habrá cultivado en Cambridge: «minero que se respeta, nunca abandona la mina».

La próxima en llegar a la estación de servicio fue Melinda. Ahora sí podía verla con total detalle. Su cuerpo entraba perfecto en unos *leggings* oscuros cuyo diseño parecía no universal sino hecho especialmente para ella. El top de color púrpura le marcaba por completo unos senos que estaban entre una actriz porno y una consecuente bailarina clásica. Ese día llevaba una gorra y unos lentes de sol que mantuvieron protegidos sus pensamientos. El cabello lacio y negro iba dominado por una trenza que se movía pendular. Se detuvo frente a mí y me atrajo hacia su centro de gravedad.

—¿Y el resto de los muchachos? —preguntó.

—No lo sé, acabo de llegar.

Nos quedamos callados. Ella textaba en su celular y yo hacía o quería hacer lo mismo, pero no podía dejar de mirarla. Me agradaba en demasía ese talante independiente y zumbado. Nada que ver con Martha. Sí, la misma Martha que ahora figuraba con Luis Fernando, pero quien hasta hacía menos de un año cogía conmigo como si no hubiese mañana, y hasta me llegó a proponer la idea de mudarnos juntos a un *loft* que su papá recién le había comprado a un constructor francés. En todo caso, sentía que más allá de las diferencias entre las claridades de piel y carácter, lo que hacía a Melinda especial era su manera en que todo parecía importarle mierda. La Cristipuchi me decía constantemente que yo sentía una especie de fascinación por las mujeres complicadas y fatales, y culpaba de todo a la temprana muerte de mi madre. Señalaba que había conversado el asunto con Martha, la psicóloga frustrada, y todo parecía apuntar a «un mal destete» como único diagnóstico posible. Le decía que mi madre murió cuando tenía nueve y hacía rato que había dejado de ser amamantado, y eso si alguna vez lo fui porque según mi papá, mi madre odiaba cualquier tradicionalismo y siempre abogó en sus estudios —ella era médico— por «liberar» a las mujeres del yugo de «ser mujer». Mi padre se reía al recordarla, y lo hacía sin mucha melancolía sino con orgullo y concluía las memorias pidiendo que

agradeciera esa forma con la cual mi madre enfrentó la maternidad, pues gracias a ello una farmacéutica suiza pagó parte de mis estudios y viajes vacacionales.

Melinda comenzó a estirarse frente a mí como si se preparara para una carrera. Parecía, más bien, una forma de pavonear sus proporciones y me sentí sumergido en un documental sobre cómo se aparean los animales. Me preguntó la forma en que llegué a la gasolinera y le dije que en taxi, se quedó pensativa y volvió a interrogarme. Esta vez contó que Luis Fernando había dicho que yo tenía una camionetota importada única en el país. Me sentí como raro al escucharla, pero comprendí que si estaba desubicado es porque jamás había meditado sobre mis medios de transporte. Así que le dije que era normalita, al menos en comparación con el carro de mi papá: un Bugatti Veyron traído desde la misma Italia. Melinda dejó de estirarse y se quedó congelada en un gesto ingenuo que parecía avisar de que no había captado algo en mis palabras. Luego retomó sus estiramientos y dijo: «¿Sabes qué la da demasiado? El olorcito a carro nuevo».

Me sonreí y quise decirle que siempre había creído que lo único que iba a superar el invento del teléfono celular es que alguien lograra hacer un perfume con olor a carro nuevo. Y estuve muy motivado de verdad a comentárselo para ver si con eso le entraba un poco a su espíritu blindado, pero no tuve tiempo porque Sexo Débil y Friki se acercaban desde el flanco derecho. Nos saludamos sin mucho aspaviento. Friki por supuesto se soltó a decir tonterías como que a Sexo Débil no le gustaba la guasacaca con empanada y que eso le parecía sospechoso en un tipo que prácticamente consumía jugo de piña con céleri en el desayuno. Por supuesto que esa declaración no fue literal, sino más bien una interpretación que hice de la especie de dialecto urbano-marginal de Friki en donde abundaban muchos «Qué lo Qué»; «ná, marico»; «pasó perro»; «lo qué tá», etc...

A pesar del aplomo de Sexo Débil, llegó un momento en que le puso la mano en el hombro a Friki y le ordenó, con la misma calma de cualquier psicópata antes de enterrar el bisturí, que se callara. Mientras tanto, Melinda vigilaba la escena sin involucrarse y solo habló para decir que había llegado nuestro transporte. Una camioneta 4x4 de color negro se estacionó a unos cincuenta metros e hizo cambio de luces varias veces. Cuando llegamos, Luis Fernando bajó el vidrio y nos pidió montarnos en la parte de atrás. Había en todo el interior un olor insufrible a cigarro mezclado con perro mojado que me provocó repulsión y escalofríos. Claudio, que iba al frente del volante se disculpó solo por el olor a cigarro, pero no mencionó nada sobre el resto de la esencia. Friki rompió el hielo y su voz fue lo único que llenó la cabina de la camioneta en un largo trecho. La historia comenzó con la siguiente frase: «Ná, ayer lo que soñé fue con el pollito». Sexo Débil subió los ojos con fastidio y Melinda, que estaba a mi lado, se quitó los lentes y lo miró fijamente: «No me jodas, en serio vas a volver a hablar del maldito pollo. Sopórtala, Friki...». Claudio y Luis Fernando se mantuvieron en sus puestos delanteros alejados de toda la acción que tenía lugar en el asiento de atrás. Mientras, Friki no prestó atención a Melinda y siguió en su propio trance.

La historia de Friki, de pronto me hizo caer más en consideración de quiénes eran mis acompañantes. Allí, él debía ser el más pobre. Se le podía notar en la ropa, pero también en los ademanes y el propio lenguaje. Además —y esto es otra de las observaciones que le debo a Cristipuchi—, hay gente que no puede esconder nunca los síntomas de la desnutrición infantil, por más que haya cambiado su forma de vida de adulto. La Cristi lo llamaba «El *Favela Style*» y acuñaba la referencia diciendo que el equipo de fútbol de Brasil era una vitrina viviente de la infancia tercermundista. No se burlaba cuando reflexionaba sobre eso, aunque tampoco es que quisiera llegar al meollo de la cuestión, solo soltaba eso allí y me lo dejaba para que

me extendiera en ello o a veces se lo ponía en bandeja de plata a una de sus panas, Patricia Goldsmith, de la cual hablaré más adelante.

Melinda y Sexo Débil, incluso el mismo Luis Fernando pertenecían a una escala más alta. Posiblemente de padres pertenecientes a la capa de profesionales y técnicos que vivieron en barrios durante gran parte de su vida, pero que en algún momento pudieron acceder a un apartamento de esas urbanizaciones hechas entre los 80 y 90. Nada de grandes lujos, pero al menos la posibilidad de una existencia medianamente estructurada, con juntas de condominio y bajantes para la basura, quién sabe si una que otra puerta con llave magnética y ascensores para hacerlos sentir que ya no eran parte de la locura de la que procedían. En cualquier caso, la apariencia de ellos tres, podría sí ubicarse más en lugares como los que describo, así como sus ropas y mucha de la jerga que usaban. De las aspiraciones podría hablar poco, porque en ese momento, a pesar de compartir un espacio en ese carro, dichas ambiciones no eran parte de mi conocimiento o interés. Aunque sí me atrevería a deducirlas a partir de una sentencia que mi papá patentó, y estaba dedicada exclusivamente a la clase media venezolana: «nunca están satisfechos».

Él lo decía, o al menos es mi recuerdo infantil, cuando tuvo que ayudar a uno de sus compadres recién nombrado ministro de Planificación. Fue asesor, no tengo muy clara la fecha pero sí tengo muy presente que siempre estaba estresado y de mal humor, y lo único que parecía drenar su malestar era lanzar el televisor al piso cuando transmitían una protesta mientras gritaba «Quieren todo regalado». Mi mamá trataba de calmarlo y recurría a la *Chakra Gift Box* que era su sombrero mágico de donde extraía el mejor té que la East Indian Company de Londres pudiera tener. Él se relajaba un poco y hasta se permitía hablar con mamá de otros asuntos, como lo hermoso que era Piccadilly Circus al atardecer, o los fines de semana que se marchaban a Berlín, para presenciar el inicio de la temporada de ópera. Se quedaban un rato colgados de esas memorias hasta que el

teléfono de la casa volvía a sonar y mi papá saltaba solo para maldecir, lo mismo una y otra vez: «Van a tener que entender que nada es gratis en la puta vida».

Ahora que veía la mirada pensativa de Luis Fernando reflejada a través del retrovisor, podía saber que él no encajaba en esa línea de mi padre. Creo, por mera intuición, que él sabía que en el fondo tenía que esforzarse el doble para ganarse un lugar en el mundo. Sin embargo, no podía entender qué guardaban las miradas de Sexo Débil, Claudio o Melinda. Puede que en Claudio estuviese ardiendo una chispa de aquel que se siente superior al resto pero que está irremediablemente atado a la plebe. A Sexo Débil, lo atravesaba constantemente un mal humor que imposibilitaba llegar a su mente, mucho menos a algún resquicio de sensibilidad si la tuviese. Era como estar frente a un tanque y pretender que compartiera impresiones sobre poetas del siglo XIX. Su cuerpo, en cualquier caso, altamente trabajado, era lo mejor que tenía para comunicarse con el mundo. Y lo hacía de un modo intimidatorio aunque no se lo propusiese, pero ya nada más el tamaño de sus bíceps y del sudor constante que desprendía aún bajo la ráfaga del aire acondicionado del carro, me hacían pensar que su cuerpo macizo era una coraza que escondía un hervidero peligroso. Al repasar los caracteres de cada uno, aprovechando la cortina anti musical de Friki y sus historias extrañas, tuve que detenerme en Melinda. Ella lo percibió y se quitó los lentes. Pensé que iba a hacer algún comentario para dejarme en ridículo, pero no lo hizo. Solo se quedó allí como preguntándose a través de la mirada, si también iba a hacerme una idea sobre ella sin ni siquiera conocer la mitad de su historia. No supe cómo comportarme ni como zafarme, porque esta vez no sentí en ella la obstinación y sospecha permanente. Fue Friki quien resolvió a su manera la situación:

—¡Qué pasó, mano...! ¡Manifiéstate con la jeva...!

Volvió de inmediato la mala cara de Melinda y el hechizo se rompió. Luis Fernando en ese momento volteó para incorporarse a

la tensión del momento, pero no dijo nada. Solo atrapó a Melinda a través de los ojos y la obligó a quedarse allí un momento. Fue como si estuviese regañándola o quizá advirtiéndole algo. En cualquier caso, lo que sí era seguro es que había un cierto sentido de autoridad, acompañada con una energía muy similar con la que se reclama un juguete en el preescolar. Lo que fuese estaba siendo transmitido a través de la expresión de Luis Fernando, también mantuvo a raya a Friki e incluso a Sexo Débil que optaron por escabullir la atención por las ventanas del vehículo. Al volver a ocupar su asiento, Luis Fernando comenzó a hablar. Se puso súper serio y el tono y la propia manera en que lanzaba las palabras convertían la información en una especie de decreto real. Y se cumplió tal cual al pasar por las puertas de nuestro destino.

La Quinta era una gran casa escondida en las vías hacia la zona rural de El Hatillo. Se llega dejando atrás las mansiones de La Lagunita Country Club, y atravesando un camino de tierra que extrañamente a lo que se puede pensar, deriva en un pequeño caserío llamado Turgua. Ya había estado antes por aquí, pero en un recorrido que organizó la universidad para cumplir con las obligaciones morales impuestas por el Ministerio de Educación Superior, a través del eufemismo del «Servicio comunitario». En ese momento, hice un pequeño reportaje sobre un brote de leishmaniasis en la zona y quedé bastante horrorizado, aunque no tanto como Cristipuchi, quien parecía sentirse contagiada de la enfermedad no más le pedí revisara el artículo. Ahora, cuando pasaba por la única calle de la comunidad y que es a su vez su entrada y salida, la veo distinta, más solitaria. La Quinta quedaba veinte minutos después.

Un gran portón algo oxidado detuvo la camioneta. Claudio nos pidió seguir el protocolo acordado por Luis Fernando y que se resumía a callarnos la boca y esperar las órdenes. Claudio tocó la corneta dos veces, luego hizo tres cambios de luces y volvió dos veces más con la corneta. Nada parecía moverse. Aguardamos. Un viejo,

que recordaba a un campesino andino, se acercó y luego de echarle unos cuantos vistazos a la camioneta se decidió abrir el portón. Hizo señas para que entráramos y luego pidió que bajáramos el vidrio. Nos preguntó si íbamos a irnos el mismo día o pensábamos quedarnos durante toda la semana. Claudio miró a Luis Fernando esperando la respuesta y yo me busqué a mí mismo preguntándome qué carajo era lo que acababa de escuchar. Luis Fernando le explicó que todavía eso no estaba decidido y que esperarían que otros lo informaran. El hombre miró hacia adentro de la camioneta y nos vio a cada uno, en especial a Melinda, después escupió al piso y ordenó: «Lleguen directamente a la casa».

Comenzamos a adentrarnos por un camino de tierra que conectó con un túnel vegetal muy hermoso que cambió por completo el color de ese día. A los lados el camino estaba delimitado de manera precisa por una cerca de troncos y alambre de púas en un trecho no menor a un kilómetro de distancia. Prestaba atención a los pequeños bosques más allá de las alambradas y de pronto creí ver algunas formas humanas entre los árboles. Al principio me pareció una apreciación sin sentido, pero luego volví a tropezarme con una figura que pasaba de un árbol a otro, como si intentara esconderse y ya no pude seguir sosteniendo que el asunto era obra de mi imaginación. Le toqué el muslo a Melinda y le señalé el bosque, le dije lo que había visto y ella abrió también los ojos y se acercó a la ventana para espiar, aunque me dijo que no vio nada. Lo hizo mirándome a una distancia de cinco centímetros y sin importarle que apoyaba su mano en algo más duro que mi muslo. Sin posibilidad de pasar más allá de esa cercanía volvió a su puesto y allí abandonamos los bosques y apareció ante nosotros una gran llanura verde.

Era más similar a un campo de golf inmenso. Había una gran casa en el medio y de lejos se veía a algunas personas caminar, recostarse en la grama, jugar al voleibol o hacer malabares con pelotas. Estacionamos al lado de un pequeño autobús blanco y de

inmediato me atacó la impresión de que yo debía ser el más anciano del lugar. A excepción de nosotros, la mayoría de quienes pululaban por los amplios jardines que rodeaban la casa no pasaban de los veinte años. No parecían estar muy conmovidos o curiosos de nuestra presencia, ya que seguían haciendo lo que fuera que hacían, sin importarles nada. Cuando entramos a una de esas grandes quintas que aparecían en muchas telenovelas, creí que ingresaba a una especie de resort o club de campo. Puede que el sitio incluso hallase similitud con algunas estancias de las empresas tecnológicas de Silicon Valley. Lo digo puesto que no había muebles y lo único que había en esa casa, al menos en la entrada, eran poltronas, una pequeña mesa de ping pong, una mesa donde jugaban cartas, algunos grandes *puff* con figuras geométricas y colores primarios. Quizá lo más conocido eran dos grandes televisores donde se proyectaba lo que parecía un video institucional del lugar, pues se reflejaban imágenes que ya había visto luego de que el vigilante abriese el gran portón. En dicho video había un hombre de veintitantos, joven como nosotros, muy correctamente vestido bajo los estándares de los yuppies rebeldes que ya uno no sabe si son metrosexuales o simplemente andróginos adictos al *gender bender*. En cualquier caso, el hombre parecía contar una historia sobre Venezuela y con un discurso motivador le pedía a quien fuese su audiencia, de que ya era tiempo de pasar de la indolencia a la acción y que para ello, como si se tratara de un comercial de autoayuda, había que transitar los «8 pasos hacia la verdad», y concluía señalando el cielo mientras una bandera ondeaba y una palabra emergía: Líderes.

Cuando pude despegarme del hechizo de la pantalla, me uní al resto del grupo. Luis Fernando y Claudio hablaban con una chama de unos dieciocho años que estaba detrás de un escritorio. Ella les dio algunas planillas y alcancé a escuchar «Los entrevistarán por separado». Claudio nos pasó las planillas, donde vi que Líderes era precisamente el nombre de la organización, grupo, parque recrea-

cional, spa, o lo que fuera que fuese ese lugar. En los papeles nos pedían todos nuestros datos e incluso el de nuestro representante legal, si aplicase. Después había una pequeña y perturbadora encuesta que trataba de recoger nuestras impresiones sobre Bolívar, el juego de bolas criollas y dormir en chinchorros. Cerraba con dos preguntas: *En el caso de que por un cataclismo natural tuviese que huir del país, ¿qué única cosa llevaría con usted?* y *Si pudiera definir Venezuela con una palabra, ¿cuál sería?*

Claudio empezó a recoger las planillas y se molestó con Friki acusándolo de que aquello parecía haber sido escrito por un niño de cinco años. Pero Friki se lo tomó a chiste y lo único que atinó a decir en su defensa era que «no se pusiera la peluca».

Aproveché para ponerme a un lado a Luis Fernando y dejar las cosas claras de una vez:

—Viejo, honestamente ¿de qué va todo esto? ¿Qué es eso de entrevistarnos por separado? Eso que dijo el vigilante sobre quedarnos aquí... No he querido importunarte con el asunto pero creo que llegamos a un punto en que sería conveniente que me dijeras...

—Tú si hablas raro... ¿Por qué simplemente no me dices: Luis Fernando, que coño hacemos aquí?

Inspiré profundo.

—¿Qué coño hacemos aquí? —pregunté.

—Lo que no se atrevieron a hacer nuestros padres —respondió de vuelta con unos ojos que no sabía describir.

Todos entregamos nuestras planillas a Claudio y este a su vez a la muchacha sentada en la mesa. Luego esperamos un rato más, cada uno metidos en los celulares aunque sin ningún tipo de acceso a internet. La propia secretaria nos preguntó si no nos habían explicado las reglas y recalcó «Los teléfonos están prohibidos». Incluso llegó a levantarse fastidiada, con una bandejita de metal que tenía en la mesa para agrupar documentos y nos pidió que los dejásemos

allí, que nos los devolverían luego. Todos hicimos caso en una rutina que ya habíamos vivido previamente. Así que nos quedamos en un círculo que parecía no querer completarse nunca y escuchando el rumor lejano del sujeto del video corporativo que no se cansaba de repetir: Libertad, cambio y progreso.

Luis Fernando no corrió el riesgo de que Friki fuese el primero en hablar y tomó la iniciativa para recomendarnos que en la entrevista fuésemos los más naturales posibles y que no tratáramos de impresionar a nadie. Le advirtió a Friki que se limitara a responder sin añadirle ninguna anécdota familiar y mucho menos hablar del pollo. Claudio recomendó que aprovecháramos mejor el tiempo para leer algunos folletos de la organización para que no nos tomaran desprevenidos, pero Luis Fernando lo atajó de inmediato para aclararles a todos que estábamos allí porque compartíamos lo más importante: el deseo de acabar con la dictadura. Friki, Melinda, Sexo Débil y Claudio se mostraron receptivos y al escuchar esa última palabra asintieron al unísono mientras yo me quedaba por fuera sin saber qué melodía estaban bailando. Igual no quise preguntar y preferí hacerme una idea general de a qué se referían, si al Gobierno, a la mala vibra de la secretaria, a la imposibilidad de chatear según nuestro libre albedrío o al video corporativo que se repetía sin cesar cada cinco minutos. Cuando Luis Fernando fue llamado para la entrevista tomé el primer folleto que encontré sobre la mesa. De entrada lo confundí con las publicaciones religiosas, sobre todo por las ilustraciones donde aparecía un gran mapa de Venezuela y superpuesto en él, seres de todas las regiones del país que se abrazaban, reían y algunos hasta lloraban de felicidad. También había animales salvajes que no existían aquí excepto cuando pasaban los circos, y una palabra que los arropaba a todos: abundancia. Otra cosa que me llamó la atención, fue que a pesar de que en las imágenes podía distinguirse la procedencia andina, llanera, oriental de los sujetos, digamos por una prenda en específico, todos eran muy

al estilo portada de *Vogue*, sin ningún negrito que le hiciera honor al menos a la gente que sonreía en lo que parecía Cumaná.

Por una costumbre personal, aunque heredada de un filósofo que me dio clases en la universidad, antes de empezar a leer un libro le invertía unos minutos a las letras pequeñas de los créditos, para saber quién realmente estaba detrás de esas páginas «Si quieres saber el origen y destino de las ideas, sigue el rastro del dinero» decía. Busqué pero solo encontré que la imprenta de aquella publicación era una ONG sin fines de lucro cuya difusa identidad estaba resguardada en tres letras: T.F.P. El folleto en sí mismo tenía una estructura conocida de su editorial, como artículos banales, reportaje central y algunos *tips* de autoayuda para solventar dificultades del mundo cotidiano. Las imágenes eran hermosas, la felicidad, o al menos la promesa, era contagiosa hasta el punto de empalagar. Pero al terminar de revisar el folleto, era imposible zafarse de él, sentía que me agobiaba una necesidad de compartir esas ideas, contagiar las ganas de ser tan feliz como aquellos rostros impresos.

Fui el tercero en entrar después de Luis Fernando y Claudio. Me recibió un muchacho alto y flaco de pelo negro ensortijado que sonrió todo el tiempo que estuve allí. Tenía una energía muy alocada, como un vendedor de Amway al toparse con una solitaria ama de casa. La otra que iba a entrevistarme era una muchacha con un carácter algo más aplomado, hermosa y carismática. Parecía que entre ambos no llegaban a los treinta años. La entrevista tuvo lugar en un cuarto blanquísimo donde había un silencioso aire acondicionado y una gran ventana que estaba cubierta por una persiana que filtraba la luz del sol, impregnando todo de una coloración muy agradable. El lugar tenía un sofá de cuero supremamente cómodo y dos *puff* desde donde Laura y Mario (esos eran sus nombres), me observaban con muchísima atención. Cada uno tenía una libreta de notas, con unos soportes de metal similares a los que usan los médicos de guardia en los hospitales. Me preguntaron si quería agua

o algo antes de comenzar, y también se aseguraron que dejase el teléfono celular afuera. Les contesté que no deseaba nada y que habría cumplido la orden dada por la secretaria. Ellos, sin dejar de sonreír, asintieron.

—Cuéntanos —comenzó Laura—, ¿qué fue lo primero que te llamó la atención al llegar aquí?

No esperé mucho en contestar, aunque comencé con una mentira.

—Que todos parecen estar divirtiéndose...

Ellos sonrieron, con una breve carcajada, una risa muy elegante y corporativa.

—¿A qué piensas que se debe eso? —preguntó Mario.

—La casa es hermosa, amplia, los jardines... la *libertad*... —el video resonó en mi cabeza— creo que se respira mucha libertad —me disgustó la frase prefabricada, pero ya no podía recogerla.

—Aquí valoramos mucho esa palabra —contestó Mario— es lo que nos mueve. La incentivamos en cada acto, alentamos a quienes vienen aquí a que vayan cada vez más profundo en lo que esa palabra tiene para darnos.

—Sí, es una idea muy poderosa, ¿no lo crees? —preguntó Laura.

—Por supuesto —contesté.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí? —Volvió a preguntar.

El silencio duró poco, pero fue suficiente para tensar un poco una circunstancia que había comenzado de buena manera. En el fondo quería ser lo más sincero y explosivo posible y confesarles que no tenía la menor idea, que cada vez estaba más convencido de que me dejaba arrastrar por una cierta búsqueda de emociones fuertes, algo que me apartara de una vida cómoda y rutinaria. Y puede que si lograra agradecerles con esa confesión, intentaría explicarles que hacía tiempo que comenzaba a sentirme increíblemente aburrido con la paz que me otorgaba la fortuna de mi padre y

la plataforma de oportunidades con que ya contaba aun antes de nacer. Que ya las idas al club no me llenaban lo que antes y que incluso estar de paseo por la ciudad con Cristipuchi me dejaba bastante insatisfecho. Era posible que si mis interrogadores apretaran un poco más en sus cuestionarios les terminaría soltando que desde hace unos meses despertaba en la mañana sin la menor motivación, desinflado por completo, vacío de cualquier emoción que me permitiera saltar de la cama para ir a la universidad o incluso de fiesta. Unas mañanas sin tibieza en el aire y desprovistas de esa paz que te deja un sueño reparador. Es más, creo que si pudiera hablar con la libertad que tanto alababan, les preguntaría si han sentido alguna vez en sus vidas esa especie de melancólica calma que te cubre la piel cuando ya la noche se ha ido y lo único con que cuentas es con tu cuerpo perdido en la inmensidad del colchón y del día que espera por ti para iniciar. Les preguntaría, así, sin mucho preámbulo, si han sentido ganas de querer volver a cerrar los ojos para no volver a abrirlos nunca más.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí? —repitió Laura.

—Para hacer lo que nuestros padres no se atrevieron a hacer —al aferrarme por comodidad a la misma frase de Luis Fernando, por un momento me estremecí un poco. Cómo si una entidad sin forma ni límites se apoderara de mi voluntad.

—Excelente respuesta —contestó Laura casi saltando en su asiento—. Fíjate que a veces creo que muchos vienen aquí con una idea equivocada, creyendo que somos una especie de parque de atracciones o mucho peor, un club. Nada más lejos de realidad. Queremos ser más bien una escuela. Un motor para la construcción de una nueva sociedad y eso no es nada para tomárselo a juego...

—Además —interrumpió Mario—, existe en nosotros y gracias a nuestro fundador, una idea clave: «No te preguntes qué puedes hacer tu país por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país».

Pensé en preguntarle si acaso el fundador de ese lugar era Kennedy, pero consideré que lo mejor era dejar que siguieran volando solos.

—Lo que Mario quiere decir —añadió Laura— es que este país no va a cambiar si no lo *obligamos* a cambiar. No estamos para esperar cien años... y esto... pues bien —acomodó su libreta— eso me lleva a mi otra pregunta. ¿Qué sientes deba cambiar en nuestra sociedad?

Las primeras ideas que llegaron a mi mente eran los continuos reclamos de mi papá y las meditaciones seudo filosóficas de alguien a quien ya es necesario dedicarle unas palabras.

Patricia Goldsmith es una mujer rubia y de ojos azules, que usualmente viste como si viviésemos bajo el clima gélido de Viena y que se pasea por el mundo —como diría Martha— apestada por el hecho de tener el clásico fenotipo nórdico en un país tropical. Cristipuchi cierta vez, en una resaca de su amistad con la Goldsmith que lamentablemente lograron superar, me explicó la sustancia metafísica de dicho apestamiento, el cual es inoculado por todos los que vecinos, tíos, etcéteras que al ver unos ojos azules hacen creer a esos seres desde infantes que ya lo merecen absolutamente todo. Hay que acotar que Cristipuchi también tiene los ojos azules y es catira, pero a diferencia de su amiga es bajita y genéticamente gorda, y eso marca una diferencia abismal con quienes parece que efectivamente nacieron con todas las cartas a su favor. Patricia estudiaba Filosofía en nuestra universidad y además escribía para varias revistas, entre ellas, un experimento de metapornografía que disfrazaban tras algunos guiños al mundo literario: *Tetas & Textos*. Mi relación con la Goldsmith siempre era de una tirantez permanente, ella me odiaba y yo la odiaba a ella, aunque eso en nuestro mundo era un estado habitual que hay que saber sobrellevar si acaso ambos *odiantes* son miembros del Country Club, del Rotary Club y de cualquier otro club que se forme para que nuestros padres no se sientan tan apartados de sus pares del mundo occidental. Así que en aras de cumplir con el papel de amigos comunes de Cristipu-

chi, nos soportábamos no sin hondas diferencias de perspectivas. Además ambos sabíamos que ya fuese en Venezuela, o en Australia, o en Inglaterra, igual íbamos a terminar coincidiendo en una cena organizada por alguno de los clubes antes mencionados, amén de logias, cofradías, hermandades, que sintieran siempre responsabilidad moral con reunir y agasajar la diáspora incomprendida de jóvenes venezolanos que no tenemos cabida en la Venezuela post 1999. En cualquier caso, de Patricia recordaba muchas cosas, pero lo que ahora me interesaba era su opinión sobre nuestra sociedad. Ella decía que sus pensamientos provenían de Heráclito, pero también de Kieerkegard y Ortega y Gasset, aunque a veces soltaba que nadie mejor para sentenciar nuestra naturaleza que Valenilla Lanz luego de una dosis de ajeno. Concluía que «Venezuela es como un origami». Por supuesto, Cristipuchi y yo nos quedábamos como diciendo «*WTF??*», y esperando que Patricia completara su supuesta genial frase con algo más que los movimientos erráticos de sus palmas tratando de armar una grulla con la servilleta de la mesa. A la Goldsmith poco le importaba que nos quedáramos petrificados ante tamaña sentencia y tomaba nuestro silencio como una prueba más de que había triunfado en el mundo intelectual de los *millennials*.

Ahora bien, también recuerdo que Martha compartía no mi odio hacia Patricia Goldsmith, sino más bien un cierto escepticismo de que los origamis epistemológicos de la rubia quizá escondían deseos reprimidos por tener verdaderamente orgasmos bastante lógicos. Y me advertía de que a pesar de atentar contra sí, había que evitar a las mujeres que estudiaran Filosofía, Psicología y Artes, al menos hasta después de que abandonaran la universidad. Porque era después, enfrentadas a la realidad del día a día que podían asentar sus alocados vuelos filosóficos y contrastarlos con una buena dosis de cuentas por pagar e idas a los supermercados y farmacias. Yo difería siempre con Martha en este punto porque nuestros conocidos, al menos aquellos que no abandonaron el humanismo para

entregarse a las fuerzas del mercado, iban igual a contar con una vida que ya estaba garantizada antes de que hubiesen nacido.

Por el otro lado de las reflexiones, estaba mi padre. El hombre que tenía una opinión para casi todo, pero en especial para clasificar a cada ser humano que se resiste a no ser como sus héroes intelectuales, que arrancaban con el primero que puso una cerca y gritó «esto es mío y aquello es tuyo», pasando por el avisado que cambió papeles por verdaderas riquezas y terminaba en Hernando De Soto, quien inventó que los barrios de Caracas podrían ser capitalizados casi al mismo nivel que las minas de diamante en Sudáfrica. Mi papá lo tenía bastante claro desde un principio y al contrario de la Goldsmith, no necesitaba peripecias intelectuales; simplemente se quitaba los lentes, apartaba su periódico tamaño tabloide y hablaba con absoluta confianza «Lo que tiene jodido a este país es que todo lo convierten en un chiste». A veces volvería a acomodarse los lentes y se hundiría en sus periódicos, pero puede que en otra oportunidad, quizá si había un *scotch* con hielo, alargaría la disertación algunos segundos más y diría que la vaina se jodió cuando nació Aquiles Nazoa. Para él, había que conservar el espíritu sobrio del inglés que refleja en su carácter las durezas propias del medioambiente. Sin juego, sin risas, preparándose siempre para un invierno cruel y resignado a la existencia de un sol que nunca se asoma entre las nubes. En todo caso —añadiría— eso apenas es una parte de la caribeñización del alma del venezolano que terminaba completada por los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo, y por su más odiado, aborrecido, tratado (no lo llamaba cuento) de historia cultural latinoamericana: «El diente roto».

¿Qué cambiaría de este país?, le preguntaba no a Mario y Laura sino a mi papá y a Patricia Goldsmith, quienes ahora llenaban con sus voces lejanas cada lugar de mi mente. ¿Qué cambiaría? No se me ocurría nada. Las caras de mis interrogadores me lo hacían más complicado. Por lo que traté de enfrentar la situación con una elegante respuesta:

—¿Qué cambiaría de este país? Bien... creo que su poca disposición a cambiar —contesté con las palmas en los muslos y el corazón en la boca.

Mario y después Laura, se explayaron en una risa que hasta creí era una invitación a formar un trío. Laura trató de controlarse aferrándose a su bolígrafo y libreta de notas, mientras se aclaraba un poco la garganta para decirme:

—No habría esperado menos de ti. Sabes que somos fans de tu papá... hemos leído casi todos sus libros y cuando te vimos en la lista de ingreso de este grupo, supimos de inmediato que este sí será el año —dijo Laura.

—Es cierto, por nuestra parte no queda más que decir: bienvenido —completó Mario.

Salí de la habitación bastante aliviado. Después de mí, entraron Melinda, Sexo Débil y por último Friki, que por difícil que pueda parecer fue quien más tiempo pasó con Mario y Laura. Una media hora después los seis nos reunimos en los jardines fuera de La Quinta. Varias veces tuvimos que apartarnos de los adolescentes que iban por todos lados, persiguiéndose con pelotas de playa o con las botellas de espuma a presión que se usan mucho en los momentos más cumbres de las fiestas. Hablamos de nuestra experiencia en las entrevistas y Friki juró que había logrado mantener en secreto la historia del pollo, aunque consideró que de haberla contado su puntuación hubiese sido mayor.

—Aquí no se trata de sacar veinte puntos —aclaró Claudio—. Nos están midiendo el carácter.

La secretaria llamó a Luis Fernando y habló con él algunos minutos. Luego volvió al círculo con el rostro cruzado por una expresión seria.

—Tengo dos noticias, una buena y una mala...

—La mala primero —se adelantó Sexo Débil.

—Que no podemos salir ya de La Quinta...

Todos quedamos enmudecidos. Yo al menos no sabía cómo asimilar aquello. Melinda también parecía estar a punto de explotar, pero se contuvo aunque dio una media vuelta y soltó una grosería que cayó como una gota incómoda sobre la grama verde del lugar.

—¿Cuál es la buena? —inquirió Claudio.

—Te la acabo de decir: estamos dentro —concluyó Luis Fernando como cansado ya de tener que contentar al grupo.

—Yo no me puedo quedar —le dije. A Sexo Débil lo único que parecía preocuparle era que no había traído su merengada de proteínas y a Friki le daba igual cualquier cosa.

—Nadie sale, es la orden, mi pana —respondió Luis Fernando—. El que se va, no vuelve...

Por supuesto que los iba a mandar a la mierda allí mismo. En un arrebato del propio fastidio con una circunstancia que tenía demasiadas aristas ocultas, levanté los hombros y solo atiné a decir «pregúntame» y empecé a alejarme de ellos. Pero no más di dos pasos, pude verla en mi mente. Melinda llena de preocupación y quién sabe si arrastrada a este lugar tanto como lo estaba yo. No entiendo si fueron mis propios deseos los que modelaron la realidad pero me di la vuelta, así como lo hizo Lot en la historia bíblica y el corazón se me hizo sal. Estaba en el medio de aquellos tipos y por vez primera no me pareció altanera sino muy desvalida. Me habló con sus ojos negros y sus labios se movieron sin emitir sonido alguno: «Por favor, quédate», creí que decía.

Me devolví y les dije que no iba quedarme allí sin avisarle a mi padre y mucho menos sin un mínimo de condiciones. Luis Fernando explicó que ellos se encargarían de toda la logística, pero aquello no me convenció, así que fui hasta donde estaban Mario y Laura y les expliqué que no podía quedarme de una manera abrupta, así que —y esto lo inventé— los muchachos necesitaban de un mínimo de

insumos de higiene personal. Ellos rieron, como medio alocados y dijeron que contaban con todo, aunque harían una concesión conmigo porque no querían que mi padre se preocupara. Así que me dieron esa noche con la promesa de que estaría a primera hora allí. Eso sí, yo era el único que tenía la opción de salir. Nadie más. Volví al grupo con la noticia y el celular que me habían retenido. Les expliqué que podría ir a la ciudad para buscar lo mínimo necesario y avisar a nuestros padres. A ninguno de ellos les preocupó que les explicara su situación a sus familiares, sin embargo, recibí de Melinda, Luis Fernando, Claudio y Sexo Débil la solicitud para que fuese a sus casas y les trajese algunas cosas. Anoté en la libreta de notas del celular la dirección de sus residencias, de algunos familiares y me metí en los bolsillos las llaves de cada uno de sus hogares. Luego fui a buscar la camioneta, no sin jurarle a Claudio que nada le pasaría, y salí de allí.

Entré a la ciudad recién caída la tarde. Pensé que lo mejor que podía hacer era ir por las cosas de los muchachos y dejar de último la explicación a mi propio padre. Así que me dirigí a Palo Verde donde vivía Luis Fernando. Más bien, un apartamento en un séptimo piso que no tenía reja pero sí una gran puerta de seguridad. A pesar de que me había dicho que no hacía falta, tomé la previsión de llamar a su madre para avisarle que un extraño iba a estar en su casa revisando sus enseres personales. La mujer fue muy amable, pero tenía un semblante de tristeza infinita, como si quisiera llorar o ya lo hubiese hecho. Dijo que podía pasar y que trataría de no entrometerse en mis asuntos, mucho menos en los de Luis Fernando. Su melancolía me arrojó hasta dejarme en su mismo estado, sentí mucha pena por ella, por su rostro arrugado de manera prematura y el ceño quebrado por un nubarrón que había encontrado en su pecho un lugar para quedarse eternamente. Antes de mostrarme el cuarto de Luis Fernando, me mostró su humilde apartamento de dos habitaciones con lavadero. Una cocinita minúscula con la

remodelación de fórmica beige y wengue, las infaltables baldosas con motivos de frutas o vegetales. Me ofreció un café y lo acepté solo para no alimentar más su tristeza. Abrió errática unas cuantas gavetas preguntándose a sí misma dónde había puesto el azúcar, pero mientras más puertas abría y cerraba, más podía penetrar en la ruina de aquella casa. Calentó el agua y coló el café y me acercó una pequeña tacita de plástico, muy manchada por los cafés pasados. Nos quedamos allí mirándonos sin hablar. Aunque no puedo decir que ella me miraba, parecía estar huyendo a su interior con los ojos abiertos. Despertó un segundo de ese estado letárgico para decirme que no le había puesto azúcar y volvió a la misma danza que ya había interpretado, a excepción que esta vez abrió la puerta de la nevera. Me impactó la soledad de aquél electrodoméstico. Una cuantas verduras desperdigadas sobre unas parrillas de aluminio bastante deterioradas. Un pedazo de lo que parecía queso y dos aguacates a punto de morir. Ella se quedó mirando al interior de la nevera con la mano en la cintura y se disculpó con la vista en el interior del aparato. «No, no tengo azúcar».

Luego me llevó al cuarto de Luis Fernando de dónde saqué dos franelas, un *blue jean*, interiores y los metí en un morral azul y naranja que estaba justo donde me dijo que estaría. Su cuarto contrastaba completamente con el resto de la casa. Estaba atiborrado de objetos costosos, video juegos, varias colecciones de figuras de acción, algunos posters del Real Madrid y un clóset en el que la ropa seguía un criterio de color. Absolutamente todo en perfecto orden, una habitación de revista. La mamá de Luis Fernando estaba recostada en el marco de la puerta con los ojos perdidos y tristes. Me supervisaba o eso creí yo, mientras miraba el teléfono e iba recolectando lo que se me había pedido. Solo me interrumpió con cierta alarma cuando me acerqué a la mesa de noche. «Ten cuidado con el juego de Luis» y me señaló la mesa. Al principio no capté lo que quería decirme, después al acercarme pude ver un pequeño ajedrez, de esos

de bolsillo donde las piezas son diminutas y se encuentran pegadas a través de un imán. Por lo que pude ver, la partida estaba a punto de concluir y la ventaja la llevaban las negras, aunque eso nunca se sabe a ciencia cierta. En el ajedrez, hasta el último minuto pueden darse las sorpresas. Un mal movimiento, producto de la desatención o de la voracidad ciega, puede quitarte la ventaja y entregarte a las manos del enemigo. Si a mí me preguntasen por aquella partida fantasmagórica, diría que las blancas perderían, pero en el fondo algo me decía que con ese juego había que esperar hasta el último movimiento. La mamá de Luis Fernando se dio cuenta de que me entretuve un rato en atención al pequeño tablero y me dijo: «Fue la última partida que jugó con su papá». Sus palabras convirtieron mi cabeza en una campana de catedral y el eco de unos recuerdos que no eran los míos me aturdieron. No sé por qué, quizá por el reflejo condicionado con que ahora dejamos en el mundo digital imágenes que solo debiesen estar en nuestra memoria, saqué el celular y tomé una foto cenital del tablero. La mamá ni se inmutó.

Me despidió en el límite de su apartamento y con la mitad de su rostro artificialmente recortada por la rendija de la puerta, me pidió que le diera la bendición a Luis Fernando. Luego cerró la puerta y pasó dos veces los pestillos de seguridad y de pronto creí saber lo que sintieron aquellos que dieron su último adiós a los faraones.

La casa de Sexo Débil no quedaba muy lejos de la de Luis Fernando, era también un apartamento. Aunque en él sí encontré los vestigios de una familia. Los que tomé como sus abuelos, resultaron siendo sus padres. Debieron haber tenido a Sexo Débil ya cercanos a los cincuenta. No era hijo único, pues en las paredes había fotografías familiares en la que se podía apreciar otro muchacho que por el mero análisis tenía que resultar su hermano. Esperé en la sala a que su mamá me trajese un pequeño bolso de gimnasio en el que introdujo dos potes de merengada de proteínas, multivitamínicos, adaptógenos, oxigenantes, y unas cuantas revistas *Men's Health*. La

mamá/abuelita me preguntó si acaso Natalio —al fin alguien me dio el nombre de Sexo Débil—, iba a ausentarse mucho tiempo. Le dije que de seguro no más de dos semanas que quizá podrían ser menos. El papá/abuelito, de un carácter pésimo, horrible y que todo el tiempo estuvo apoltronado en un sillón mirando la televisión, intervino en la distancia solo para decir que a Sexo Débil lo único que le importaba era su cuerpo, que podía volver cuando le diera la gana, pero que apenas llegara lo iba a mandar para el Ejército para que se volviera un hombrecito. La mamá/abuelita rió nerviosamente, me llevó hasta la cocina y rogó le llevara un mensaje muy importante a su hijo.

En el caso de Melinda, fue mucho más difícil que pudiera entrar a donde vivía. La razón es que su residencia, en verdad, era un local donde abundaban prostitutas que se venían del interior a la capital. Antes de que me hiciera una idea sobre la historia íntima de Melinda, la propia mujer que me atendió en la puerta y que se identificó como la administradora del lugar, se adelantó a mis prejuicios para hablar maravillas de Melinda. Dijo que era muy colaboradora y estudiosa, que lamentaba que su circunstancia familiar la hubiese enviado a un lugar como aquél «pero qué se le podía hacer a los designios de Dios», concluyó. Igual, aunque fue amable se disculpó por no poder hacer más. La razón es que Melinda estaba en un cuarto compartido con otra muchacha más y necesitaba del permiso de esta para dejarme pasar. Por supuesto que la compañera de Melinda no se encontraba y la administradora se escudaba en un supuesto robo de su celular para no darme el número telefónico. En cualquier caso, Melinda lo único que había pedido era su cepillo de dientes y un par de pantaletas limpias. Pensé que podría sustituir ambas cosas con una parada en alguna farmacia 24 horas.

Cuando entré en la casa de Claudio, un apartamento tipo estudio por El Marqués, pude descansar un poco del trajín del día. Estaba casi vacío a excepción de una cama, un televisor y una silla

de mimbre frente a él. La decoración la remataban cinco cajas de libros, cada una marcadas con grueso marcador negro y que avisaba de las tendencias intelectuales de Claudio. Entré a la cocina y la encontré acogedora. Un plato vacío en una mesa pegada a la pared cerca del microondas, era lo único que parecía advertir la vida humana reciente. Abrí la nevera, cosa que siempre disfrutaba al llegar a las casas de mis amigos, aunque en este particular día, no me había provocado más que sinsabores y pensamientos complejos. Se encontraba, conforme a lo que se pudiese creer del resto de la casa, llena de comida, especialmente del tipo gourmet, incluso algunas botellas de vino y unas cuantas cervezas junto con jamones curados y vegetales que lucían recién comprados. Tuve ganas de comer, sentí la necesidad de hacerlo, tomar quizá unas cuantas uvas, un vaso de vino tinto y unas lonjas de *roast beef* y sentarme a revisar los libros que formaban parte del sustrato intelectual de este recién conocido. Sin embargo, una llamada interrumpió la toma de decisión.

Del otro lado de la línea, Cristipuchi me preguntaba qué me había hecho y que necesitaba que la fuese buscar para salir un rato porque su mamá la tenía loca para que se incorporara en un rosario maratónico que se haría en las canchas de tenis de Santa Rosa de Lima, con el fin de reunir suficiente energía psíquica para vencer en la batalla espiritual con el sistema opresor que se había instalado en este extremo norte de Suramérica. Me lo dijo así, textual y con su tono de crisis al cual era muy difícil negarse. Así que tomé los tres libros que Claudio me pidió llevar.

Al abandonar la casa de Claudio, luego de robar dos vasos de vino tinto, pensé que si él fuese mi hermano, sería el favorito de papá. No sé por qué pensé en eso, quizá por el gusto hacia los mismos intereses intelectuales, o puede que necesitara distanciarme sentimentalmente para cuando tuviese que confesar la locura en la que me estaba metiendo de cabeza y que iba a poner en riesgo mi último año de universidad. Esa clase de ideas me mantuvieron ocu-

pado mientras manejaba hacia la casa de Cristipuchi. Le repiqué y en un ritual que ambos ya conocíamos, me esperó en la planta baja del edificio escoltada por uno de los guardias de seguridad y salió apagando la colilla de su cigarro antes de montarse en el carro. La Cristi vivía en un súper *penthouse* de dos plantas que creo fue construido expresamente para un presidente de una empresa petrolera que quería tener aquí un enclave en los años noventa. Era de tres niveles y provocaba tal grado de respeto que el resto de sus vecinos se rendían ante su familia como si llevaran a cuestas un pesado escudo heráldico. Era de las mujeres que de veras no se enrolla por nada, tanto así que ni siquiera me preguntó que hacía en esa camioneta. Me comentó que había terminado con Vanessa hacía unas horas y eso la tenía mal y necesitaba despejarse la cabeza. Sobre todo porque al otro día tendría una cena organizada por sus padres para presentarle a un prospecto de esposo, hijo de un nuevo socio de su papá. Eso ocurría cada vez que se cerraba un trato multimillonario —me refiero al hecho de que como en las guerras medievales, para sellar algún negocio pues concretaban matrimonio entre los desdichados herederos de las partes y eso consolidaba la alianza—. Hasta ahora la Cristipuchi se había salvado de unos cuantos armisticios, rendiciones, tratados de paz, victorias, etc., aunque sentía que se le agotaban las excusas y el tiempo. Lamentaba que su mamá hubiese perdido ese hijo varón que además de alejarla de su padre, la hundiera en la religión para siempre. «Esa era mi salvación», decía mientras encendía un nuevo cigarro. Se extrañó un poco que me detuviera en la farmacia, pero me acompañó sin cuestionamientos, al menos hasta que vio que iba por pasta dental, dos cepillos nuevos, y dos paquetes de pantaletas de algodón. Aunque al final terminé metiendo en la cesta un paquete de medias de colores y, no entiendo por qué, un paquete de condones. Cristipuchi arrugó el entrecejo y la boca, pero de todo lo que pudo preguntarme, interrogó por lo menos obvio «Conque condones retardantes... ¿no estás enviando un mal mensaje?». La frase fue tan contundente y atrajo tal atención

de parte del resto de la fila de compradores, que apenas si tuve tiempo de procesar una respuesta verbal.

Ya dentro de la camioneta, Cristipuchi inició su obra «Indignaos»:

—¿No piensas contarme?

—¿Sobre? —Nunca aparté los ojos de la carretera...

—Pantaletas, medias, condones, cepillos dentales... Estás armando tu fiestecita y a esta altura no me he enterado... tú sí que eres bien egoísta...

—No es nada, Cristi... En serio. Es más... ahora que lo preguntas, quiero pedirte algo —estacioné el carro para darle el tono adecuado a mis palabras—. Quiero que conserves esto, es lo más especial que tengo y no quiero arriesgarme a perderlo.

Quitó de mi cuello la medalla de oro con la fotografía de mi mamá y se lo entregué en las manos.

—Te ruego la conserves hasta que regrese...

—¿Qué significa esto? ¿Para dónde te vas? Tú estás muy raro... —Me tomó de la barbilla y examinó mi rostro, mis ojos—. ¡Ah, con que no piensas decirme...!

—No, Cristi. Es mejor así...

—Ok, está bien. Que el juego de los secretos comience —dijo cruzando los brazos.

Y vaya que comenzó. Para el primer acto, Cristipuchi me tenía reservado un asiento en primera fila en el Emo Bar, junto a la infaltable, inefable, calumniabile Patricia Goldsmith, quien —como era de esperarse— arribó desde lo más profundo del Ágora Ateniense acompañada de dos buenos muchachos que vestían pantalones y unas franelas coloridas donde en una extraña sincronía mostraban una estética pop art del tipo Andy Warhol. Cuando se sentaron, lo primero que pensé fue en pedirles una ronda de tequeños para ver

si aumentaban de peso, y luego les recomendaría que se hicieran un buen corte de pelo para que dejaran de parecer unos pastores ovejeros. Estaba incómodo de verlos allí, mirando sus celulares del tamaño de una carpeta manila, lanzándose bromas inentendibles sobre sus profesores de griego. Cristipuchi pidió por mí y por ella, dos applemartinis, mientras que los discípulos de Platón se decantaron por una Julepes de menta y la Patricia Goldsmith, haciendo honores a su neopobrismo, pidió un cocuy puro por sugerencia de un profesor de la facultad. Sin embargo, el deseo de la Goldsmith y su intensa interpretación de arraigo no tenían cabida en el Emo Bar... no esa noche. Le ofrecieron cambiar su escandalosa selección por algo más acorde pero que, sin embargo, guardaba la esencia de su placer: ron añejo 200 años.

La música se desató en intensidad y Cristipuchi empezó a con-tonearse con una alocada necesidad de desprenderse de la ruptura con Vanessa. Los amigos de Goldsmith movían ambos los piecitos tratando de seguir el ritmo de la guitarra de Cerati. Los tragos llegaron y con ellos, la primera banda, *Los vampiros energéticos*. Todos los aplaudimos, creo que por piedad, y también por costumbre. Cristipuchi y yo sonreímos de manera cómplice mientras los acordes sonaban y hasta coreamos en algún punto algunas estrofas de su canción más conocida «Bienvenidos a mi tristeza». Aunque haciendo honor al nombre de la banda, ya para la quinta canción nos habían chupado todo el entusiasmo y no pudimos siquiera saber cuándo tocaron su segunda canción más famosa (en el local): «Hijos de Sodoma». Patricia, alentada por la fermentación de las barricas, abrió el espectáculo disertando sobre la adolescencia y su culto por la muerte. Sus amigos asintieron, lo cual me dejó tranquilo, porque desde que llegaron no habían emitido ni un leve murmullo, siempre hundidos en sus celulares en actitud luctuosa.

—La primera batalla del hombre es contra su ser efímero — soltó la Patricia Goldsmith. Y la sentencia se fue a estrellar contra

el muro de sonido de *Las populares maquinitas*, la segunda banda de la noche.

—Vanessa me dejó, Patty... creo que me voy a morir —rugió Cristipuchi sin importarle que mi humanidad era receptora de toda su saliva.

—Eso se veía venir, Cristi —replicó Goldsmith—. Sos demasiado hembra para Vanessa.

—Pensé que me amaba, pero a las españolas no se les puede creer nada... ni a las españolas ni a las húngaras.

—El problema eres tú Cristi. Te lo había advertido. Vanessa es dj y cambia de pareja como cambia de canción. No es su culpa... tienes que comérsela a una poeta...

—Ya lo he hecho, pero son demasiado intensas... —replicó Cristipuchi.

No sé si fue por el efecto de los martinis en mí, o del ron en Patricia, pero sus palabras me encendieron. Estaban llenas de una levedad inédita y además eso de pensar que alguien es demasiado hembra, o de que tenía que hacerle sexo oral a una poeta, de pronto me llevó a Melinda. Creí, al tenerla presente, que lo mejor era nunca presentársela a Cristipuchi, porque era seguro que no iba a resistir el deseo de pedírmela un rato... solo un rato... «¿qué es un rato entre amigos?» —casi la oía decir—. Cristipuchi se puso a llorar de repente sin ni siquiera vaciar la copa de licor y gritaba «Te amo, Vane...» y alzaba su mano derecha para seguir una canción cuyo estribillo era dedicado al mosaico del ala internacional del aeropuerto de Maiquetía.

Cristipuchi se levantó y se disculpó por su actitud, luego se fue en dirección al baño. Así que tuve que quedarme con Patricia y sus amigos que para ese entonces se habían apartado el flequillo de la cara para al menos dejar evidencia de que no estaban dormidos. Los dos por cierto, tenían los mismos lentes de pasta que la Goldsmith,

exactamente iguales. Creí que era un buen tema para iniciar una conversación que espantara la incomodidad en esa mesa.

—Y... ¿En qué andas, Patricia? —le dije, casi gritándole al oído...

Ella me observó de reojo quizá resabiada con el hecho de que nunca tomaba la iniciativa para hablarle y de que la evitaba excepto para acotar sus desvaríos lógicos cuando intentaba dárseles de intelectual.

—Pensé que me odiabas —me dijo.

—No te odio...

—Tampoco me amas...

—No te amo, no... —Le sonreí—. Dime, en qué andas...

—Escribo, un par de artículos para la web...

—¿Sobre qué?

—Pues, de la vida de una joven noruega que conocí en una revista de fotografía.

—Ah, qué bien —en verdad no me parecía nada interesante.

—Una chama de 22 años, cuyo único trabajo es ir por allí recorriendo Europa, sacándose fotos. Lo que intento es demostrar lo lejos del primer mundo que estamos. Aquí todos nos la pasamos sobreviviendo. Latinoamérica odia a los jóvenes. Un gobierno ideal debería decretar que todos los chamos de clase media pudiesen vivir como esa modelo...

Patricia de manera muy diligente sacó su celular del bolso y me dijo que quería mostrarme la esencia del pensamiento de lo que debería ser la juventud en cada rincón del planeta. Lo peor es que para ello no podía recurrir a parafrasear a la modelo, sino a mostrarme de primera mano una de sus reflexiones. Puso el aparato en mis manos y leí:

Mi nombre es Susan O'Hara. Vine a Berlín hace dos años después de terminar la universidad. Acabo de graduarme en artes liberales y fotografía. Mi vocación es la moda, los eventos y cantar. Últimamente me he dedicado a modelar y representar distintas marcas y productos. Amo mi trabajo. Ponte en contacto conmigo, si deseas saber más sobre mí. Besos, Susan.

Al terminar de leer, devolví el celular. Patricia me miraba entusiasmada. Sin embargo, no compartía su alegría, o al menos un dejo de sentido común me lo impedía. Conforme ella seguía argumentando que todos en el mundo deberíamos vivir de sacarnos fotografías e ir a fiestas, creí que Patricia vivía en un mundo utópico de una nueva clase de culto creada para la Generación Z, en la que las ilustraciones de un mundo paradisíaco con blancos, chinos, indios, y zulúes comiendo frutas y verduras en una mesa al lado de leones y osos y ovejas, iba a terminar siendo sustituida por un reino de la eternidad en el que los únicos dignos para entrar serían quienes fuesen casi albinos, estuvieran en un rango entre 18 y 25 años, y además quisieran salir a festejar por los siglos de los siglos. En ese instante la mesonera, una chica normalita, sin atributos como para entrar en la fantasía post apocalíptica de Patricia, trajo otra ronda de tragos.

No quise ahondar en detalles, ni en consideraciones existenciales y mucho menos decirle a Patricia que su argumentación parecía calzar muy bien para una revista que quisiera restaurar la supremacía aria en el mundo. Así que le sonreí y le pedí que cuando terminase el artículo me enviara el *link* para leerlo y compartirlo. Ella quedó observándome extrañada, dándole algunos sorbos a su ron y preguntándome qué me pasaba. Que estaba demasiado potable y dócil esa noche. Su observación era valedera, pero no iba a reconocerle que mi cuerpo estaba allí pero mi mente en un lugar muy distinto. Patricia se acercó a sus amigos y le dijo algo que no pude escuchar pero fue suficiente para que se levantaran y se fuesen hasta donde

la tercera banda de la noche iniciaba su espectáculo. Así me quedé solo con Patricia, quien no sé en qué momento detonó por completo el concepto de espacio personal. Se me acercó al oído y en un mismo movimiento puso en mi mano lo que parecía una pastilla.

—No lo sé, Patricia. Hoy no estoy de ánimo...

—Vamos, una solita... y quién sabe... a lo mejor te animas...

Lo pensé unos segundos y creo que acepté solo porque sentía que una escena así jamás iba volver a repetirse. Pasé la pastilla con ron y luego me dejé llevar por Patricia a la pista. Estaba rodeado de gente que saltaban y aplaudían y gritaban el nombre de la banda. Salieron cuatro tipos, dos mujeres y un perro pitbull. Le colocaron al animal una especie de audífonos y se fue a acostar en un cojín mientras que el resto del grupo comenzó el repertorio. Una mezcla de música etíope y punk fresa que puso a todos a bailar. La Goldsmith me agarró por la cintura y me apretó contra ella marcando siempre el ritmo. La melodía llegó como una ráfaga que me alivió y me montó en una nube de vibración, siendo columpiado o abofeteado por las notas musicales que parecían transformarse en burbujas de jabón. Las luces multicolores convirtieron todo en un caleidoscopio y allí me derretí. Unido al movimiento comencé a pensar que no debía perder las llaves de la camioneta y mucho menos las cosas que había estado recolectando durante ese día. Pero después no me importó eso ni nada, solo escuchaba a la Patricia Goldsmith hablarme de sexo y de cómo quería que fuese penetrada o lamida o mordisqueada, y la escuché recitar un pasaje larguísimo de Valéry y luego cantar en francés una canción que se suponía hablaba del amor secreto entre la esposa de un general de la legión extranjera y de un rebelde argelino. Y de ese amor, lo único que surgió fue la espalda desnuda de Goldsmith y su larga melena rubia ocultando su rostro. La tomé del cabello y me lancé con ella a un lugar que no puedo asegurar dónde estaba. En un punto, creí que se había convertido la muy filósofa en una valquiria y yo estaba allí tomándola

desde atrás y haciéndola gritar a través del pedazo de cielo que se inicia al culminar la silueta del Ávila. Patricia me enloqueció porque gemía de una forma particular, como si leyera en latín los últimos vestigios de la poesía romana o tratara de recordar el testamento de Sócrates, así que sin saber si lo hacía en medio de la pista del baile o en algún callejón contiguo al Emo Bar, o en la habitación anónima de algún hotel, descargué sobre ella chorros tibios que me hicieron pensar en la lava asesina e incandescente de un volcán.

Desperté dentro de la camioneta en el garaje de mi casa, espantado por imágenes sueltas, humedecidas por la imposibilidad de saber qué había sido cierto y qué producto de la pastilla. Quise levantarme pero no pude, estaba agotado pero sin resaca, con dolor en los muslos y la espalda aleccionándome de mala manera. Supe que estaba a salvo y que en cualquier momento mi papá vendría a regañarme por mi comportamiento, pero mientras esperaba volví a cerrar los ojos y supe que lo único real eran mis manos explorando las zonas más profundas y menos complejas de Patricia Goldsmith. Dormí un rato más, un tiempo indeterminado que solo concluyó con una pequeña pesadilla: la idea de que el portón oxidado de La Quinta había sido clausurado y que yo me quedaba sin ver a Melinda en ropa interior fucsia.

CAPÍTULO 3

LA FAMILIA

Llegué a La Quinta con la mirada de papá persiguiéndome. ¿Qué tienen los padres para saber cuándo se les miente? No me dijo nada, pero me observó largamente, con sus ojos apenas asomados por encima del periódico, en silencio. Respiraba como tratando de conseguir que fuese yo quien se viese vencido con esa particular táctica de budismo paternal, pero me mantuve firme y le repetí la mentira cada vez más con mayor entereza: «Voy a quedarme en casa de Cristipuchi dos semanas. Necesito enfocarme en los exámenes finales». Era de esperar que dudara, sobretodo porque conocía muy bien mi temperamento y la personalidad de Cristipuchi. A lo mejor llegó a pensar que me escaparía unos días de rumba a Cuyagua, o alguna distracción menos peligrosa que ingresar dos semanas en La Quinta. Pasara lo que pasara por su mente no me lo dijo a excepción de una frase que podría significar muchas cosas pero que lograba un efecto único, un golpe como de yunque que se enredaba en mi corazón y me dejaba como pasmado con alguna forma de culpa indescriptible: «Confío en ti, hijo». Luego subió el periódico y dejé de verlo.

Le di un beso antes de partir, también a Maira quien sí que no se comió el cuento y me agarró de la manga de la franela para decirme que tuviese mucho cuidado con andar haciendo loqueras. Que terminara de graduarme para irme pa' guachinton con el amigo de papá. La abracé y también la besé y por supuesto le volví a mentir. Después tomé la camioneta y me deslicé como si las ruedas o el volante o toda la inmensa masa de hierro y aceites del vehículo supieran a dónde ir, y me permitieran ahorrarme los movimientos

para darme algo de tiempo y pensar en la vida que dejaba atrás. Volvía por Melinda, aunque no sabía por qué. En cualquier noche de fiesta podría hallar una mujer más bella, inteligente, dispuesta a dejar que mis manos acariciaran sus senos y muslos, pero no, como siempre acontece en eso que llaman el alma humana, la lógica se había lanzado de esa camioneta y la veía rodar en el pavimento, riendo salvajemente, mientras el corazón tomaba el volante y hundía el acelerador.

De nuevo frente al portón de La Quinta, no recordé cuál era la contraseña para entrar, hice cambio de luces y toqué la corneta varias veces, pero no salía el hombrecito a abrirme, a ponerme un collar y decirme que era bienvenido en la *Twilight Zone*. Esperé en la camioneta inundado por el frío y por un cierto dolor en los muslos; y así como afuera podía ver una tímida niebla, se empezó a manifestar en la bruma de mi conciencia Patricia Goldsmith declarando que sí echaba en falta, solo a veces, y solo cuando estaba muy sola, que la selección genética de su padre la llevara por las zonas de confort de las clases acomodadas directo a ese cuerpecito de bailarina del Bolshoi, y no le hubiese dado en cambio una madre que le legara un culo de negra congoleña. Cerré mis manos como si la tuviese allí, agarrada por la cintura, meciéndose sobre mí y recibiendo sus deseos reprimidos como escupitajos de una mente que no se hallaba fuera de la imagen que le devolvía el espejo. Quise sentir más de ese extraño recuerdo, que puede haber sido incluso un sueño, pero la figura espectral de un hombre vestido con chaqueta de cuero se asomó entre las rejas. Le expliqué quince veces quién era y no pareció satisfacerse hasta que llamó por *walkie talkie* y le dieron la orden de permitirme la entrada.

Atravesé los oscuros caminos hacia La Quinta, pero esta vez la noche me espantó. Me mantuve aplomado, pero las figuras que percibí entre los montes el día anterior, esta vez iban de mis recuerdos directamente al negro de los matorrales. Se me vinieron a la mente

las toneladas de películas de terror que había visto y pude percatarme que tenemos una maleta muy pesada de imágenes espectrales guardadas allí, esperando cualquier estímulo infeliz para salir disparadas como un payaso metido en una caja sorpresa. No me atrevía a usar el espejo retrovisor para no tropezarme con algún muerto que deseara ser mi pasajero, y tampoco quise indagar a mis costados, me puse unas gríngolas imaginarias y me dirigí a través del increíble túnel de plantas directo a la casa. Funcionó un tiempo hasta que en la lejanía, pude ver que la propia Quinta estaba completamente a oscuras. Se alzaba en la llanura simulando un colmillo de elefante entre el barro, con uno que otro destello producto de la débil luna, vacía de toda hospitalidad. Los campos que por la tarde eran verdes y llenos de muchachos y mujeres adolescentes estaban muertos, apacibles, sin generar ninguna impresión distinta a las llanuras cuidadas y despersonalizadas de un cementerio. Cuando dejé la carretera para entrar a las proximidades de La Quinta, vi que una figura envuelta en un impermeable naranja, estaba atascada en el panorama. No sentí miedo sino curiosidad. La figura levantó la mano e hizo señas para ir en esa dirección. Detuve la camioneta a esa distancia y la sombra se acercó en su impermeable naranja, sin ninguna intención de mostrar la piel que lo rellenaba. Fuera del haz de luz de los reflectores al fin, la capucha se deslizó y pude ver a Mario sonreír para darme la bienvenida por segunda vez. Me preguntó por mi padre y por cómo estuvo el viaje. Estaba particularmente interesado en mi estado de ánimo y en que haya tenido miedo al pasar por el túnel vegetal. Indagaba con la misma empatía de un psicólogo, y eso lo sabía porque había conocido a bastantes gracias a que mi papá no se conformaba con mis «estoy bien», que escupía luego de la muerte de mamá. Mario usaba una voz calma y anclada en el deseo de hacerme sentir cómodo. Caminamos hacia La Quinta y allí me hizo esperar en la recepción mientras rebuscaba en su oficina algo que parecía importarle. Al salir me mostró un pantalón y una franela amarilla con una pequeña insignia en la espalda.

—Tú debes ser talla M tirando a S, ¿no? —dijo mientras extendía la ropa a un lado.

Como no emití ninguna respuesta, pues la escena me había destruido la capacidad de comprender lo que sucedía, prosiguió.

—No queremos que el resto sienta que tenemos algún tipo de preferencia. Aquí somos una gran familia y cada uno tiene el mismo valor. Este será tu uniforme durante las próximas dos semanas.

No estaba entendiendo en lo absoluto lo que pasaba, pero estaba francamente cansado y quería saber si llegaba a algún desenlace. Le pregunté si podía cambiarme y dijo que no fuese tonto, que estábamos entre hombres, pero le insistí. Se lo pensó dos veces y entró de nuevo a su oficina. Sentí unos murmullos que salían de allí, unas vibraciones más bien leves que cualquiera pudiera confundir con el propio zumbido del silencio al entrar en el oído. Se acercó y me pidió el celular, luego dijo que podía cambiarme en la oficina. Tomé las cosas, entré en la habitación y cerré la puerta. Nada había cambiado, allí estaban los dos *puff*, algunas plantas y una gran silla negra pegada a la ventana. En ese cuarto no me sentí cómodo; achaqué la sensación al frío, al cansancio, a la falta de respuestas, a la propia incertidumbre.

Me enfundé en el traje amarillo y salí de allí. Mario me esperó para guiarme y comenzamos a caminar en dirección al bosque. Él no hablaba y yo tampoco deseaba una conversación; quería enfocarme en la ruta y en la noche fresca y limpia, tan distinta a la multitud de voces que me nublaban la cabeza. Casi al perder la visión de las llanuras, tuve un pequeño impulso de mirar de nuevo hacia La Quinta, fue una mirada tímida, por encima del hombro, una mirada náufraga que me acercó a la extraña idea de que quizá no caminaba hacia el bosque, sino que me había quedado en aquella habitación, hipnotizado por mi nueva piel, y que extrañado o abatido por la circunstancia me había sentado en esa silla cerca de la ventana para ver a dos hombres que se alejaban de la casa rumbo a los árboles, rumbo a la oscuridad.

Caminábamos por entre los árboles altos, a través de un sendero iluminado por una luna que iba y venía según fuese la separación entre las copas de los árboles. Podría decirse que Mario no la necesitaba, recorría el lugar con una inquietante tranquilidad, sin vacilar ni tomar descansos para guiarse. Me sentía como una especie de druida, explorando los campos salvajes en búsqueda de algún lugar mágico. De joven estuve bastante obsesionado con los celtas y cualquier historia o vestigio mágico religioso que albergaran las islas británicas. Mi padre solía comprarme grandes libros ilustrados, donde sin ningún pudor se hacían clasificaciones sobre los magos, desde aquellos que controlaban el clima, hasta los que hacían pactos con el demonio. A mi mamá le disgustaba en extremo esta clase de obsequios, pero él le decía que no había nada malo en dejarme fascinar por las mitologías europeas. Mario, en esa chaqueta con capucha, era lo más cerca que estaba de esos recuerdos, pero también del eslabón próximo a la idea de que la experiencia que vivía era de carácter iniciático.

—¿No te cuesta guiarte? —le pregunté, mientras hacía enormes esfuerzos por no tropezar con alguna piedra.

—He hecho este recorrido mil veces, lo conozco de memoria —contestó sin apartar la vista del camino.

—¿A dónde vamos? —pregunté sin pretender una respuesta inmediata.

—Ya es hora de dormir, mañana comenzaremos temprano.

A los diez minutos de recorrido, unas pequeñas luces rojas se asomaron desde algún punto del bosque y se fueron haciendo más nítidas y potentes a medida que avanzábamos. Abandonamos la maleza y caímos a un camino de tierra no muy ancho desde donde era posible ver la luna sin esfuerzo. Las luces servían de faro y nos permitían navegar la oscuridad sin mayor problema. El bosque fue cambiando su aspecto y comenzaron a verse unas cabañas con te-

chos semicurvos de acero y material sintético, dispuestas a lo largo de la ruta y apiladas unas con otras. Eran una cicatriz en la naturaleza, como esos campamentos vacacionales que comúnmente aparecen en las películas. Sin embargo, el aspecto sombrío y silencioso de las estructuras me hacía pensar que no estaba incorporándome a una comedia ligera. Caminamos en paralelo a las cabañas mientras Mario se agachaba para tomar una rama no muy larga que le sirvió para comenzar una breve introducción:

—Aquí somos una gran familia. La idea es que te sientas cómodo. Vas a divertirte, vamos a divertirnos, será una maravillosa experiencia...

Seguía hablando, pero creo que para sí mismo, apuntando la vara hacia el frente como si entablara combate singular con algún espadachín invisible. Decía que mañana iba a ser un día especial porque los entrenamientos iban a ser supervisados por el mismísimo líder de la organización. Mario se acercó a una cabaña y tocó la puerta de manera enérgica. Alguien corrió las cortinas de la única ventana y asomó dos ojos, luego se escuchó la puerta abriéndose. Se adelantó y luego entré detrás de él. La cabaña tenía la luz apagada, pero la persona que abrió la puerta encendió una linterna. Murmuró algo que no pude escuchar y fue cortando la oscuridad con su haz de luz. Aparecieron brevemente algunos rostros dormidos que se retorcieron al contacto del brillo. Unas cuatro literas fueron tocadas por la luz de la linterna y fui guiado hasta una de las camas. Mario no se despidió, apenas se preocupó de que estuviese instalado. La puerta se cerró y el cuarto cayó en un agujero negro cuya única conexión con el mundo exterior o con la realidad, era el sonido de las chicharras y de los grillos en el bosque. Recosté la cabeza y choqué con una almohada incómoda, carente por completo de cualquier vestigio de plumas. Traté de poner mis manos frente a mí y no vi nada, la oscuridad era densa como una espuma descolorida que me vaciaba de sensaciones. Fue difícil saber si dormía o

estaba despierto. Solo estaba la voz de mi cabeza, con las mismas preguntas que me llevaron hasta ese lugar y, sin embargo, hasta esa voz perdió fuerza y terminó tejiendo sobre mis ojos abiertos e inútiles, una trama que me llevó a descolgarme hasta que el sol entró por la única ventana de la cabaña.

Desperté con el sonido de una trompeta. Al principio me costó reconocer dónde me encontraba, pero la cara de Luis Fernando me facilitó el proceso. Estaba sentado en la cama inferior de la litera a mi lado derecho y no parecía decidirse a hablarme.

—Pensé que te ibas a rajar.

—¿Por qué habría de hacerlo? —le contesté sin incorporarme del todo.

—No sé, fue un pálpito. Me equivoqué...

De la cama superior, el rostro de Melinda se asomó para sonreírme.

—Yo en cambio siempre supe que volverías —me dijo.

—Gracias por la fe —le contesté.

Estaba feliz de verla. Aunque sin maquillaje y con los cabellos arrastrados por la gravedad no me pareció atractiva. Por un breve momento consideré que Patricia Goldsmith tenía algo que ver y me sentí como si estuviese traicionando a Melinda. Una infidelidad imaginaria digna de una relación que solo hallaba espacio en mi mente. Las otras literas estaban ocupadas por hombres y mujeres que se iban sumando al despertar poco a poco. Luis Fernando se agachó y sacó de abajo de la cama dos tazas de metal que tenían cada una un cepillo dental, crema para dientes y un pequeño jabón rosado.

—¿Y esto qué es? —pregunté.

—Vamos —contestó Luis Fernando—. Aquí no hay baños. Debemos salir a prepararnos.

Melinda se lanzó desde la parte superior de la litera y cayó sobre el suelo como una pantera. Su traje amarillo le sentaba bien sobre su tez morena. Se amansó el cabello liso con una trenza mientras Luis Fernando iba por todas las camas, asegurándose de que nadie se quedara amarrado a las sábanas.

Al salir de la cabaña, me vi inmerso en una película distópica. Puede que en 1984, o en todas las que vinieron después y que repitieron hasta el cansancio los argumentos y estéticas, la imagen de personas trajeadas en colores vivos, abandonando sus madrigueras para incorporarse a una rutina diaria. Sin embargo, aquí no parecía haber una distinción de castas, clases, anillos, gente mejor o peor, élites y gobernados, solo las franelas y monos amarillos multiplicándose a medida que todos abandonábamos las cabañas. Se suponía que al estar vestido al igual que cien personas más, era suficiente para obligarme a sentirme *en el lugar*, sin embargo me sentí ridículo, descolocado.

Mario se apareció con un megáfono y con el espíritu festivo de un guía de campamento. Daba órdenes y señalaba hacia unas estructuras metálicas a unos cincuenta metros de las cabañas. Luis Fernando me tocó el hombro y me informó que eran los baños. Allí estaban dispuestos en una hilera gigante, lavamanos de los cuales sobresalían tuberías que se perdían en el bosque, y baños portátiles de esos que se colocan en los conciertos y actividades de masas. No había distinciones entre géneros. Todo estaba disponible para todos. Mario lanzaba frases motivacionales expresando su agradecimiento por habernos sumado a una experiencia inédita en el país y nos garantizaba que sería sin duda alguna un antes y un después en nuestras vidas.

Alcé la vista por costumbre pero no conseguí un espejo en el cual ver mi rostro mañanero. Pensé en Elvis Presley y en esas cosas que decían los programas biográficos de que el hombre odiaba los baños públicos y los vestidores compartidos, pero no recuerdo si

la culpa de ese odio la tenía su paso por el mundo militar; y mientras me cepillaba las muelas y escupía la crema dental pensé en su famosa frase de que el ejército enseñaba a los niños a pensar como los hombres. Entonces miré a mi alrededor, sin soltar el cepillo dental ni escupir la crema, percatándome de las filas de gente y de la uniformidad y la palabra ejército vino a querer producirme un pensamiento incómodo, pero alguien detrás me gritó si acaso iba a quedarme allí todo el día.

Volví a la cabaña para dejar bajo la cama la taza de metal con el cepillo, y encontré a Melinda haciéndose un nudo en la franela amarilla. Me dijo que para verse mejor. Su cintura asomaba en esa pequeña brecha que abrió al acomodar su atuendo. La piel, esa piel parecía no haber sido tocada nunca, aunque no hubiese apostado nada a esa idea, lo consideraba más bien un deseo.

—¿Y? —preguntó.

—¿Qué?, juro que solo vine a guardar esto —me incliné para dejar la taza bajo la cama.

—No seas tonto... ¿Dónde está lo que fuiste a buscar? Necesito ropa interior, es en serio...

—Mario la tiene. Voy a pedirle que la traiga...

Melinda sonrió.

—¿Qué? —le pregunté.

—Es que hablas con esa... no sé, esa ingenuidad... No te va a dar nada...

—¿Por qué no lo haría? Son nuestras cosas...

—Tú crees que esto es un *resort*, ¿verdad?

Luis Fernando entró a la cabaña e interrumpió mi respuesta de «Por supuesto que no es un *resort*». Nos pidió que nos uniéramos con todos a las afueras de las cabañas. Salimos los tres y nos incorporamos al flujo de franelas amarillas que abandonaban el sector

de los dormitorios para adentrarnos a un claro en el bosque donde estaba una gran carpa y muchísimas sillas dispuestas en correcta alineación. Parecía un gran salón de clases, pues al fondo en una pequeña tarima estaba una gran pantalla. Fuimos tomando asiento mientras Mario y otros como él giraban instrucciones con un megáfono para organizarnos en las hileras de sillas. A esas alturas no había tropezado a Sexo Débil, Friki, o Claudio. Pregunté por ellos a Luis Fernando pero solo subió los hombros. Laura apareció vestida con un conjunto deportivo color naranja. Un muchacho que ayudaba a organizar le entregó un micrófono. El sonido usual de una corneta encendiéndose precedió al conocido «1, 2, 3 probando, probando». Laura le daba algunos golpecitos al micrófono para chequear su funcionamiento y luego preguntó «¿Me escuchan allá atrás?».

Nos dio la bienvenida. Dijo que éramos los pioneros, nos llenó de elogios, nos llamó «Líderes del mañana». Su exposición era similar a esas charlas TED —al menos en su gesticulación—, pero su contenido estaba trenzado de una idea que podría resumirse en la frase: «no le des el pescado al hombre, enséñale a pescar». La masa amarilla de espectadores estaba medio adormilada. Algunos sí prestaban atención, pero la mayoría parecía resignarse a ver un *show* que no les decía nada. Claro que todo cambió cuando Laura, con un preámbulo de unos cinco minutos cargado de adjetivos majestuosos, le dio paso a quien se convertiría en un hombre clave en mi vida: Elodio Mata.

A la tarima se subió un hombre blanco, joven, de cabello negro y cuerpo angosto que sin embargo transmitía fortaleza. Llevaba *jeans* y una camisa azul clara arremangada. Era un sujeto muy similar al de los videos que se proyectaban en la televisión de La Quinta. Elodio tomó el micrófono de manos de Laura y poco a poco fue soltando el carisma contenido y transmitiéndoselo a un público que parecía conocerle. Sentí que se revolvía una energía distinta que

no pudo ser contenida. Lo aplaudieron de inmediato, vitoreaban. Hubo unos cuantos gritos perdidos que sobresalían sobre el resto. Elodio no perdió la compostura pero sonrió. Comenzó diciendo:

—No tienen la menor idea de lo que siento al verlos de nuevo aquí. Veo muchas caras conocidas. Pero lo que más me llena, es ver a aquellos que se nos unen, que han aceptado el reto. Pido un gran aplauso para ellos.

Unos cuántos me dieron unas palmadas en la espalda, así como a Melinda y Luis Fernando. Los saludé de vuelta sin saber cuánto entusiasmo poner. Elodio continuó...

—Hay un gran cáncer en nuestro mundo. Ustedes lo conocen, lo han sentido. Es un peso que se nos quiere imponer, es una marca, un obstáculo para el espíritu. Saben a lo que me refiero: al pasado —hubo unos cuantos abucheos de parte del público y voces que apoyaban a Elodio—. ¿A veces no se preguntan ustedes, hasta cuándo van a hablar de Cristóbal Colón? De los errores de nuestros abuelos, tatarabuelos. ¿Qué culpa tengo yo? ¿Qué culpa tienen ustedes de esos errores? —El público volvió a apoyar con aplausos y silbidos—. Llegó la hora de mirar al futuro, sin rencores, sin resentimientos. Muy pronto vamos a dar un claro mensaje. Le diremos al mundo que queremos el futuro y que ese futuro es ahora.

El tono en que terminó la frase, la fuerza con que transmitió la idea, aunque pudo significar cualquier cosa, parecía contener una verdad inamovible en sí misma. Hasta a mí me pareció de lo más lógico. Incluso algunos matices me recordaron al libro que mi papá siempre me recomendó leer: *Del buen salvaje al buen revolucionario*, y al que le saqué el cuerpo hasta más no poder, porque me parecía de lo más pavorosa la forma en que murió el autor. «No leo libros de gente que quiere dar lecciones y después terminan suicidándose», le argumentaba a mi papá. Pero él constantemente contravenía el argumento con algo mucho más demoledor «Pues entonces te vas a perder más de la mitad de la buena literatura, la cual está casi por

completo compuesta de exitosos o fracasados suicidas, sin mencionar los esquizofrénicos y aberrados sexuales».

Elodio me trajo a la mente a mi papá y eso me gustó. Me sentí cómodo. Su discurso me atrapó al decir que estábamos en una misión casi espiritual por salvar el alma del país: «del verdadero país». Y planteó todo como si explicara las reglas de una gymkana. Al parecer, esas dos semanas íbamos a convertirnos en los promotores de una nueva sociedad, pero para ello necesitábamos herramientas, ideas, pero por sobre todo grandes dosis de motivación. Explicó el porqué de las camisas amarillas y, para ser honesto, la razón, quizá para mi pesar, se alejaba de las explicaciones tipo *Los juegos del hambre* y se internaba más en intereses de inducción psicológica para que nos sintiésemos iguales, como parte de una gran familia.

Pidió que a la tarima subiesen quienes iban a fungir de guías para nuestra estadía. Allí estaban Mario y Laura, otra mujer a la que llamaron Daniela, y otros dos hombres: Baltazar y Farías. Cada uno llevaba una camisa de un color distinto y no dejaban de sonreír, a excepción de Farías, quien no sonreía y solo parecía estar vivo por sus ojos abiertos.

Elodio nos pidió comprometernos, no solo con el entrenamiento y con nuestros guías, sino con las ganas de tomar las riendas de ese futuro y proclamarnos desde ya como motores del cambio. Hubiese querido preguntar más sobre las profundidades de esa palabra, de lo que se nos pedía, tratar de indagar al mejor estilo periodístico sobre las reales motivaciones, los hilos y las consecuencias invisibles. Y lo hubiese hecho, a no ser por las cien personas que me separaban de Elodio y también porque solicitó que nos levantásemos de las sillas y extendiéramos la mano derecha para prestar juramento.

Yo juré, así como lo hicieron todos. Era una cosa inofensiva y pienso que por eso lo hice. Miré a mi lado a Melinda, quien levantaba su mano con total seriedad y decía que iba a dedicarse en cuerpo

y alma para recuperar la libertad arrebatada y el destino inexorable del ser humano en la tierra, que era la gobernanza de sí mismo. Honestamente lo que más me gustó del juramento era verla con ese gesto de entrega. Luis Fernando también mostraba la misma templanza, una expresión hierática (una palabra dura, pero necesaria) que le daba a sus facciones la lejanía de un muñeco de cera. Elodio aplaudió luego del juramento y todos le siguieron. Luego le pasó el micrófono a Laura, quien explicó la dinámica que seguiríamos. Al parecer, tendríamos unas maratónicas sesiones con algunos profesores que venían a hablarnos de historia, política y economía y al siguiente día sí tendría lugar nuestro entrenamiento. Dijo que cada uno de los guías se acercaría personalmente para reclutarnos y explicarnos cuál sería nuestro talento a desarrollar. Sus palabras me parecieron una introducción que me recordó mi estadía de budismo turístico en Bali. Así que me sentí cómodo y solo seguí el juego.

Elodio se despidió tratando de abrirse paso en la masa de admiradores que buscaba tocarlo, hablar con él. Luis Fernando también se abrió paso para llegar hasta donde tenía lugar la rebatiña de un milésimo de atención del líder del campamento. No es que no me interesara conocerle, pues el Elodio expedía un magnetismo potente, pero Melinda y sus senos firmes le ganaban por completo en la competencia por mi atención. Colocaron música para acompañar la despedida de Elodio, una pieza de música instrumental que conocía, que había escuchado muchas veces pero que en ese momento no pude nombrar. Melinda volteó a verme.

—Qué bonita música...

—Sé que la he escuchado antes...

—Es raro, ¿no lo crees?

—¿Qué?

—Esa música hace que todo parezca un cuento de hadas, una película... mágica. Los árboles, la paz que se siente. Me gusta estar

aquí. Nada que ver con la locura de las calles, la inseguridad, el *stress*...

Me pareció tierno verla allí, envuelta en lo que fuese que le provocaba esa melodía, con su actitud defensiva completamente desvanecida. En mí explotó una extraña necesidad de protegerla. Como si fuese un pequeño pajarito que se ha caído del nido y que después del golpe, ya despierta en el asfalto, o en la grama, a unos centímetros o metros del árbol, sin poder hacer nada más que trinar por el mundo que conoce. Melinda cerró los ojos y siguió la melodía con sus manos, escapada por completo de la realidad. Mario apareció de algún lugar y tocó mi hombro derecho.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien, bastante bien —le dije mientras movía la cabeza para darle fuerza a las palabras.

—Qué bueno. Pensé que ibas a aburrirte.

Mario se sopló las manos como se hace cuando se siente frío, miró a Melinda de reojo y me hizo un guiño para indicarme que lo siguiera.

Me entró un profundo tedio. Dejar allí a Melinda, envuelta en un estado de bienestar, para irme con este tipo. Traté de que no se me notara en el rostro lo agónico que fue tomar la mano de Melinda, apartarla de sus pensamientos felices y decirle que cuando pudiese volvería. Ella miró por el hombro a Mario, y su gesto fue de completo entendimiento. Me alejé unos pasos fuera de las sillas y del lugar desde donde Elodio había pronunciado su discurso. Volvimos a caminar entre los árboles. No sé qué sentía Mario por los árboles, pero ya su manía de internarse en ellos me parecía una descomunal tontería. Incluso llegué a creer que iba a ofrecerme un porro o algo parecido. Pero no, se limitó a hablar sobre nuestra estancia.

—En serio, pensé que ibas a cansarte de inmediato. Aunque ya veo que tienes tus propias motivaciones —y sonrió apuntando con la boca hacia el lugar desde dónde veníamos, hacia Melinda.

—Estoy bien, en serio... prometido —levanté la mano derecha en un gesto demasiado sobreactuado.

Mario miró al piso y movió un poco la tierra con la punta de su pie.

—Me alegra. De todos modos, poco a poco le agarraremos el ritmo. Esta primera semana puede que sea la más aburrida —rió—. No todos los que llegan tienen las cosas claras. Quizá tienen el espíritu pero les hace falta pulirles un poco más los lentes. No sé si me explico...

Por supuesto que no entendía de qué hablaba, pero preguntarle era alargar más la distancia con Melinda. No estaba dispuesto...

—Sí claro, entiendo perfectamente...

—Bien...

—Todos avanzando hacia el futuro, como un cardumen —dije.

—Como una sola mente —añadió Mario entusiasmado.

—Eso es... una mente colectiva...

—Ah, pero la próxima semana... allí sí que no hay excusas, viene la diversión, ya verás.

Estuvimos un tiempo más entre los árboles, Mario añadiendo más detalles a eso que nunca terminaba de definir, pero que estaba allí en su cabeza. La única manera que conseguí para que me soltara era decirle que necesitaba ir al baño. Lo entendió y me acompañó, el muy pesado, casi hasta la poceta. Luego me fui a buscar a Melinda. Mientras me abría paso entre la multitud de franelas amarillas, me di cuenta de que a estas alturas seguía sin saber nada de Sexo Débil, ni de Friki... a Claudio sí lo llegué a ver de lejos, pero en honor a la verdad nunca me dio *feeling*, así que lo dejé allí, para otro momento en que fuese inevitable tropezarme frente a frente con él.

Luis Fernando me hizo señas desde una fila de gente que se preparaba para almorzar. El lugar era como un *buffet* al aire libre, todo meticulosamente preparado y atendido por unos cuantos sujetos

que portaban camisas negras y unas mallas en la cabeza. Los protocolos adecuados y conocidos en cualquier lugar de comida. De veras que a excepción de las incómodas literas, el campamento no estaba para nada mal. Melinda seguía sin aparecer pero era un buen momento para ponerme al día con Luis Fernando.

—¿Y qué opinas de Elodio Mata? —preguntó a baja voz.

Subí los hombros...

—Necesito hablar con él, a solas... —dijo sin mirarme. Como si pensara en voz alta.

—¿Para qué?

Luis Fernando se espabiló y parece como si hubiese caído en cuenta que ciertamente intentaba establecer un diálogo. Sonrió sin gracia, luego me dijo que me preocupara. Al tomar nuestras bandejas y pedir una idéntica selección de chuleta ahumada, puré y vegetales, nos fuimos a sentar en unas mesas larguísimas, desde donde se podía apreciar parte de las cabañas. El sol en ese momento no era fuerte, pero sí calentaba lo suficiente para que muchos desistieran de comer en las mesas e irse a sentar bajo la sombra de los árboles. Quise hacer lo mismo, pero Luis Fernando estaba imposibilitado para procesar cualquier información que no tuviese que ver con Elodio Mata.

Le conté sobre su mamá y eso pareció molestarlo. Me dijo en un tono bastante duro, casi como si tratara con un empleado, que si había traído lo que pidió. Tuve un arresto de pararlo en seco en su actitud de capo, pero preferí informarle que Mario tenía todo y que mientras estuve con él en los árboles prometió devolvería las cosas pronto, al menos antes de pasar a la segunda semana. Luis Fernando subió los ojos:

—¿Estás claro que ese Mario quiere contigo, no? Tas claro...

—¿Cómo? ¿Qué mierda dices? —En el fondo sospechaba algo, pero mi proceso de negociación natural asoció su trato especial a mi

genealogía, su posible formación en ciencias liberales, un refinamiento quizá ganado en algún colegio con nombre de santo. Solo me quedó contestar que esa era una alucinación.

—Ta' bien —contestó de vuelta.

—Dime algo, ¿sabes dónde están Sexo Débil y Friki? No los he visto...

Luis Fernando se puso un dedo en los labios, miraba a todos lados con una paranoia controlada, pero no me miró. Se limitó a decir que luego hablaríamos, después de la comida. Así lo hicimos, apuramos el almuerzo y salimos a dar una vuelta. Aunque era ciertamente imposible estar completamente solos en ese lugar a menos que camináramos muy lejos, de vez en cuando veías una pareja de franelas amarillas, un grupo de cuatro o cinco deambulando por allí, hablando de asuntos banales a la sombra de un árbol. Luis Fernando comentó que a Friki y a Sexo Débil se los habían llevado a otro lugar, que los montaron en un autobús junto con otros y habían arrancado fuera de La Quinta. También comentó que le había preguntado sobre el asunto a Laura, pero ella le pidió que no hiciera comentarios.

—Tengo que contarle algo a Sexo Débil. Su madre me pidió darle una noticia...

—¿Cuál?

—Te va a parecer una tontería...

—A ver...

—Su tortuga murió...

Luis Fernando se quedó estático mientras la información recorría quién sabe cuáles circuitos neuronales. Luego estalló en risa...

—No me jodas. ¿Estás hablando en serio?

—No te miento... pero no es un asunto para burlarse, su mamá me pidió que tuviese mucho tacto al informarle...

—Una tortuga, vaya que Sexo Débil no se cansa de darnos sorpresas. Una tortuga... qué muchacho tan raro.

El que Luis Fernando, precisamente él, se refiriera a su amigo como «raro», en ese tono tan específico de cierto desprecio, me dejó pensativo. Sus palabras no transmitían empatía de ningún tipo, sino una lejanía sentimental, así como cuando se ven fotos viejas del álbum de un recién conocido. Un ruido de hojas secas quebrándose nos hizo callar. La figura menuda de Melinda se abrió paso por entre los árboles con una meticulosa gracia. Como si hubiese caído en el planeta recién ayer.

—¿Qué hacen aquí? Las clases ya van a empezar, están llamando a todos —dijo Melinda.

Ella se quedó esperando una respuesta mientras yo esperaba que Luis Fernando la diera.

—¿Sabías que Sexo Débil tenía una tortuga de mascota?

—Sí, a veces hablaba de ella... creo que se llamaba Matea, o Teodora. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Luis Fernando volteó a verme, luego se dirigió a Melinda.

—Jamás escuché de ese animal... —Y se puso en marcha dejándonos atrás.

Melinda se fue tras él, pero luego de unos metros volteó para apresurarme sin muchas sutilezas. «Vamos, que no quiero llegar tarde», dijo urgida. Volvimos al lugar dónde algunas horas atrás Elodio Mata había hecho su aparición pública. Nos sentamos dispersos, porque ya quedaban solo unas cuantas sillas vacías. El tipo que nos hablaría esa tarde era un profesor, o al menos esa fue la presentación que hizo Laura, aunque no explicó en ningún momento cuál era su especialidad. Él mismo se definió como un motivador. Sus palabras ciertamente lo eran. Casi toda su exposición la versó en la importancia del liderazgo, y en que son los jóvenes los únicos llamados a tomar la antorcha para guiar al resto. De su conferencia,

lo que tuvo mejor prensa fue la idea de que los políticos no servían para nada, y que —de nuevo— eran los jóvenes quienes debían relevarlos. Su voz se encendía ciertamente, al hablar de la cobardía y el colaboracionismo de quienes nos habían precedido. Pero a pesar de que insuflaba las emociones con la arenga, en ningún momento dio detalles sobre cuál era el camino. En la ronda de preguntas, una muchacha le pidió que se extendiera un poco sobre lo que debíamos hacer y su manera de resolver la cuestión fue con esa especie de respuestas tipo: «los gatos siempre caen de pie» (¿?). Añadió: «La juventud, siempre sabrá qué hacer y qué no hacer». Lo cual era una línea tan elocuente, pero tan vacía en sí misma, que si hubiese juntado mil más como esas hubiese creído que el tipo quería quitarle el puesto a Walter Riso o a Og Mandino.

En todo caso dejó el ánimo bastante arriba para el próximo de los conferencistas, un muchacho menudo que parecía no tener más de quince años que al tomar el micrófono nos contó con una alegría desmedida que venía de una estancia por Serbia, y que allá estaban dispuestos a relatarnos sus experiencias en cuanto a los trucos para escalar con éxito la «montaña de la libertad». Volvió a decir «libertad», y todos aplaudieron, la volvió a repetir y el ambiente tomó tintes de concierto de rock. El chamo era un astro para captar la atención. Era como ver a Elodio Mata en una versión recargada. Hasta Melinda le sonreía al carajito y fue cuando decidí borrarle cualquier cualidad positiva, excepto por su forma de gritar «Libertaaaaaaaaaaaaaad», la cual parecía el estribillo hecho por el vocalista de una banda de *heavy metal*.

En eso pasamos toda la tarde y todos los días sucesivos de esa primera semana. En escuchar los testimonios de gente que nos trataban como si fuésemos a tomar La Bastilla o a emprender una cruzada para conquistar Jerusalén. No lo decían así de manera literal, tampoco es que pusieron algún objetivo concreto sobre la mesa, pero era lo que se podía sacar de sus reflexiones/testimonios/lla-

mados al combate. El más activo dentro de las conferencias era Claudio, quien hacía todo lo posible para que se le notara que había leído, que dominaba la historia, los autores fundamentales de las ciencias políticas y por sobre todo para no dejar lugar a dudas de que odiaba todo lo que empezara en *Bol*, y terminara en *Chevique*. Eran tan visibles sus ganas de sobresalir que no más pedía la palabra todos mostraban su gran cara de fastidio, incluidos Melinda y Luis Fernando. Aunque para mí era más que evidente que Claudio no le hablaba a esa audiencia, sino que sus disertaciones/juramentos de dar la vida, estaban dirigidos a un Elodio Mata ausente. Bueno, ausente al menos en cuerpo, porque en honor a la verdad no hubo ningún conferencista que al comienzo, en el medio o al final, o en cada una de esas partes, no se refiriera a Elodio Mata y sus cualidades excepcionales.

Por ellos me enteré de que el hombre había ganado varias medallas por cruzar el río Amazonas nadando, que había escalado el Everest dos veces y que en el segundo intento había muerto su guía nativo, al que por supuesto no abandonó en la nieve sino que tuvo el detallazo de traérselo en la espalda hasta su aldea para que lo enterraran en una ceremonia budista. Que era el político más joven en ser elegido gobernador, y que además se daba el lujo de balancear la gestión pública, con una vida sentimental que incluía modelos, princesas herederas y estrellas de cine. Que abandonó el mundo empresarial, para dedicarse a ayudar a la gente y que deseaba trasplantar su exitoso modelo de negocios a la política, a través de una idea que por supuesto era su marca registrada: «acabar con los pobres».

Para ser honesto, todo el campamento giraba en torno a Elodio Mata. Era imposible no terminar hipnotizado por tal figura, que se daba el lujo de hablarnos de vez en cuando mientras compartía un viaje en helicóptero con los más famosos multimillonarios de Silicon Valley y nos juraba que pronto veríamos en el país algo muy similar o mejor. Melinda estaba francamente obsesionada con la

figura de Elodio, al igual que Luis Fernando. En Melinda privaban más las cualidades del héroe legado por las comedias románticas, donde es capaz de desviar su jet privado para rescatar un gato que se ha quedado varado en la copa de un árbol. En Luis Fernando, sin embargo, la cosa era de otro tenor, iba hacia la imitación. Copiaba gestos y palabras, y en muchos casos lucía mucho más convincente que el propio Claudio.

Por mi lado, no puedo decir que lo adorara, no al estilo del resto, quizá porque estaba más acostumbrado a ver esos personajes en mi día a día, los hermanos de Martha por ejemplo, eran igualitos, o los primos de Cristipuchi. Tampoco me desagradaba, creo que en ese momento la idea que más calaba en mí, era que deseaba que un tipo así llegara a presidente. Quizá pensé que transmitiría a la política la misma magia que destilaba en cada aspecto de su vida personal.

Esa primera semana fue bastante ligera, casi como unas vacaciones. La rutina ayudó mucho, también la música y el sentido de pertenecer a algo más grande. Por las noches, luego de las conferencias, organizaban fogatas y nos sentábamos a charlar, comer y beber. Era muy difícil no sentirse en familia. Estaba siempre con Melinda y Luis Fernando, más los compañeros de cabaña. No eran muchos, unos cinco que no parecían diferir mucho de cualquier Melinda, Luis Fernando o Claudio del mundo. A veces, luego de la cena nos internábamos en el bosque para fumar, mientras contábamos las parejas que tenían sexo tras los grandes árboles.

Era en esos momentos que quería evaporar a Luis Fernando y al resto de la humanidad, solo para quedarme con Melinda tirado en el medio de la nada, disfrutando de humedecerle los muslos con una lengua que tenía muchísimo que prometerle. Creo que en no pocas oportunidades, ella pensó lo mismo, al menos lo sentía en la manera en que me rozaba la mano o me hacía un guiño mientras se ajustaba su sostén.

Pero ese estado no duraría. La noche del domingo, antes de iniciar la segunda semana, se nos llamó a una reunión de emergencia en el área de conferencias. Allí estaba Elodio Mata y no tenía muy buenas noticias para nosotros.

En esa ocasión no fue para nada festivo. No podía serlo. Confirmó lo que los conferencistas ya nos habían advertido: que a espíritus indomables como al de Elodio les es imposible promover transformaciones benéficas para la sociedad, sin que surjan enemigos. Y sus adversarios estaban por todos lados, incluso llegó a sugerir que hasta entre nosotros. Eso me llenó un poco de pánico, puede que por la hora y por la misma circunstancia en que fuimos convocados a escucharlo. Todos estábamos muy alterados; sin embargo, existía un cierto consenso que podía sentir y que fue resumido por Claudio con el grito de: «Con Elodio todo, sin Elodio nada». Empezamos a corearlo, decenas de voces que hasta ayer provenían de gargantas infantiles, y que ahora sonaban poderosas bajo esas estrellas; unas trompetas similares a las que inundaban las obras de Wagner. Voluntades que no iban a permitir que se desmoronara este mundo nuevo al que nos habíamos acostumbrado.

Al despertar, el lunes, me sentí renovado, con una energía desconocida. Veía al resto de los muchachos, y puedo asegurar que compartíamos la sensación. Como si fuésemos parte de un enjambre, o al menos de una manada que se prepara para emprender la larga marcha en busca de otros pastos, de la supervivencia. Al amarrar mis zapatos, meditaba que en esta tarea por salvar a Elodio, parecíamos estar abandonando nuestro yo inmaduro, egoísta y superficial, para convertirnos en algo más, donde el capricho individual se somete a la voluntad popular. Era tan extraño, tan difícil de describir. Cuando vi a Melinda levantarse esa mañana, también la percibí cambiada. La sentí con un propósito vital, su rostro ya no parecía reflejar el hedonismo ignorante de quien solo vive la vida, sino que ahora su cuerpo entero era una máquina al servicio de una causa.

Verla tan determinada me hizo querer decirle que iba a estar a su lado hasta la muerte si era necesario. Sin embargo, uno de nuestros compañeros de cabaña nos llamó la atención sobre un hecho que podría ser considerado minúsculo, pero que visto en el tiempo era el punto de arranque para nuestra transformación.

—Nos quitaron los cepillos de dientes —dijo este compañero, un muchacho pequeño y bastante raquítico, que se agachaba cama por cama para corroborar la misma información—, nos han quitado los cepillos de dientes.

—Debe ser un error —añadió Luis Fernando uniéndose a la búsqueda.

En un momento no hubo nadie en la cabaña que no considerara de suprema urgencia conseguir los cepillos dentales. Desde la puerta, Mario informó que era inútil continuar en esa frenética actividad. No había nada que buscar. Desde ahora las reglas habían cambiado, los niveles de alerta habían subido de intensidad y estábamos en la etapa naranja. El tiempo debía irse en prepararnos para lo peor, para el Día del Juicio Final, no para acicalarnos para ir a desayunar. Dijo aquellas palabras con mucha autoridad, sin debilidades y con alto convencimiento. Luego bajó el tono un decibel nada más, para preguntarnos si acaso no entendíamos que íbamos a jugarnos el destino de ese país en unos cuántos días, si no podíamos ceder un tanto en nuestras comodidades cotidianas, si acaso la recompensa no era la libertad para todos.

Hubo alguien que desde una litera bromeó con el asunto y dijo que entonces nadie iba a hablar y mucho menos a escuchar, y que olvidaran por supuesto de los besos o de coger entre los árboles. Mario fue inflexible con el muchacho. Le pidió que saliera de la cabaña y no lo volvimos a ver. A partir de allí estaba más que claro que la rigidez sería la norma, pero tenía mucho sentido si tal como lo planteaba Mario, estaba en juego el futuro. Ese día se comenzaron a leer unas listas y cada persona que se nombraba debía irse

con alguno de los guías, los cuales ahora portaban franelas distintas y alzaban una pequeña pancarta con el nombre del grupo. Laura se llevó unas quince personas para vestirlos de morado y ponerles el apelativo de «Caras y voces», entre ellos iba Claudio. A Luis Fernando y Melinda los pidió Baltazar, quien les proveyó unas franelas de color azul. Su pancarta decía: «Avanzada». Daniela aglomero a otro contingente que con mucho entusiasmo vistieron de verde y se reconocían bajo el mote de «Apoyo». Farías no estaba, por lo que quedaba Mario y la cizaña de Luis Fernando revoloteando en mi mente «Quiere contigo, quiere contigo». Traté de desprenderme de esa idea para aceptar con gusto la casaca naranja y enarbolar mi nueva identidad: «Mediática». De este modo, ya ordenados como si estuviésemos a punto de iniciar una partida de ludo humana, comenzamos a caminar hacia el área de conferencias donde Elodio Mata nos daría algunas palabras.

Nos dejaron sentar sin obedecer ningún orden. Mezclando los colores de manera azarosa y solo rogándonos máxima atención a Elodio. Este habló, pero yo no podía concentrarme en otra cosa que no fuese esas decenas de jóvenes sentados en el medio del bosque, desprendiendo hacia el cielo una imagen multicromática y experimental que de haber sido recogida por algún observador extraterrestre de seguro la habría catalogado en su archivo de excentricidades humanas, como algún montaje de Cruz Diez en el ocaso de una vida cansada de manipular objetos inanimados. Pude haberme extraviado aún más tratando de recordar cuanto mosaico famoso albergara mi memoria, considerándolos metáforas extrañas de la vida en el planeta; como que el característico boulevard de Ipanema, no eran baldosas negras o blancas o grises, sino el movimiento de una procesión atravesando los linderos sinuosos y constantes de algún pueblo brasileño, o que Jesús Soto no pintaba cuadrados coloridos sino el recorte cenital en la malla inverosímil que deben formar los techos de los edificios caraqueños. Poco a

poco, mientras regresaba al instante que vivía, al discurso de Elodio, sentí una vibración potente que me sacudió. Eran los aplausos, las lágrimas de muchos allí —incluida Melinda—, que vitoreaban «Te queremos Elodio, te queremos».

Laura subió a tomar el micrófono de manos de Elodio y a despedirlo mientras la masa de gente volvía a irse tras el líder para intentar alzarlo en hombros. Pero desistieron porque Elodio volvió a la tarima a decirnos que el mejor regalo, el mayor aporte que podíamos darle era entregarnos en cuerpo y alma a la labor encomendada. Yo de pronto me sentí mal por haberme puesto a meditar sobre el potencial artístico de las ropas que vestíamos y dejar sin atender lo que parecía algo en extremo importante. Elodio se despidió y esta vez la turba de admiradores sí lo dejaron marcharse sin saltar por un autógrafo, beso, abrazo o palmada en la espalda. Laura pidió que nos fuésemos con nuestros guías y nos preparásemos mentalmente para lo que venía.

Cada uno de los grupos tomó caminos distintos. Me despedí de Melinda, desolado por no haber quedado en la misma franja de color. Ella me sonrió y dijo que no importaba, que todos al final seríamos útiles y que para ella lo que tenía mayor valor era que había regresado. Se marchó con Luis Fernando y su guía Baltazar y se enfilaron por un camino arcilloso que los elevaba fuera de mi vista. Mientras veía a Mario acercarse muy contento, pensé en Melinda y en su agradecimiento por volver a La Quinta, por estar allí, por no marcharme. Estaba cada vez más convencido de que muy pronto tendría que decirle de una buena vez: «Oye, chamita... me gustas. Eres la única razón por la que soporto toda esta parafernalia. La única razón por la que no estoy con Cristipuchi recorriendo las casas de sus amigas, las tiendas, las bancas menos soleadas de la universidad». Aunque de pronto, caí en cuenta que al pensar en Cristipuchi sentí aburrimiento de volver a lo que ya conocía, a lo que en mi vida ya no sería más satisfactorio. Quizá no era solo

Melinda el motivo de mi regreso, y no era ni siquiera Elodio Mata y su cruzada libertaria quien me hacía quedarme. La imagen que se formaba en mi mente era la de una pirámide como las Mayas, y arriba de ella en el tope, un sacerdote de nombre Maslow me explicaba que mis problemas no están relacionados con la base, la comida o el sexo, ni siquiera con la seguridad que otorga el dinero, y mucho menos con las filiaciones familiares y los círculos sociales o el autoestima; mi rollo estaba fundamentalmente en esa cúspide toda chata, muy suramericana, en la que faltaba un pedazo: la autorrealización; o como gritaba el Maslow desde su nuevo oficio de sacerdote tribal: «Si lo tienes todo, ¿por qué carajo aún no te sientes completo?». No lo sabía. Supongo que alguna relación tendrá con el mismo síndrome que afectaba a los chamos de los países nórdicos, que viven suicidándose o dedicándose a salvar especies en extinción del cambio climático, o a viajar por la África menos sahariana y más desnutrida para saldar la deuda moral de sus ancestros a través de fotos que luego venderían a Reuters o a la BBC. En cualquier caso, no pude llegar a una respuesta porque un hombre se acercaba a mí con aires de felicidad y plenitud.

—¿Estás listo para la aventura de tu vida? —preguntó Mario con un tono entre lo capcioso y lo violatorio.

—Estoy en tus manos —contesté sin poder recoger el chinazo en mi respuesta.

Mario me llevó hasta un grupo de unas veinte camisas naranja y me los presentó uno a uno. Había mucho ánimo y eso se notaba en los apretones y las sonrisas. Una energía superior que solo albergan los muchachos sin hijos, los acostumbrados a consumir cocaína y quienes recibieron sus primeros ascensos dentro de la larga, voluntariosa e infinita escala de la organización Herbalife. Comenzamos a caminar detrás de Mario mientras nos pedía enfocarnos en la naturaleza y decía que habíamos sido elegidos por nuestros talentos para comunicar. Puso por ejemplo algunos estudiantes de periodis-

mo, a otros que eran potenciales estrellas del panorama de la *social media*, y a unos cuantos, entre los que me contaba, que mezclábamos ambas características.

El viaje duró unos veinte minutos, recorriamos la montaña en fila india admirando a lo lejos lo que parecía ser Caracas. Mario seguía en un monólogo muy bien hecho, considerando que la naturaleza solo existía cuando alguien podía describirla. Explicó, basado en su experiencia, que la gente había abandonado por decisión propia el mundo material para sumergirse en uno mucho más amplio y ameno. Un panorama virtual construido a imagen y semejanza del usuario, y donde se podía ir a donde se quisiera apretando un botón. Entonces, al llegar a una pequeña cabaña, cuyo interior era semejante a un salón de clases, Mario detalló que nuestra misión era ser una especie de guías turísticos en el vasto mundo de lo imaginacional.

A sus palabras le agregó una pantalla y un *videobeam* que se mantuvo encendido las tres horas que pasamos allí. El asunto era bien simple, seríamos reporteros de lo que vendría, pero no unos simples reporteros; seríamos cronistas, unos alfareros de lo real que llevaríamos la verdad hasta los rincones más profundos de la mente. Lo haríamos, en palabras de Mario, de manera *cool* y genial, lo que implicaba que íbamos a abandonar cualquier cosa aprendida en las universidades o las malas costumbres de los noticieros venezolanos, y nos íbamos a introducir en todo lo que las tecnologías tuvieran que ofrecer. Pero explicó que lo más importante, lo que debía ser nuestro credo diario, se resumía a «dejar que la gente complete la frase». Y nos lo explicó de la siguiente manera:

—Hay muchos críticos de este modelo comunicacional. Pero los que se la dan de éticos son cobardes que nunca han logrado nada en su vida. En fin, pongan un peluche, un osito puede servir, cerca de la rueda de un carro, agreguen o no algo parecido a la sangre... —de inmediato apareció en la pantalla el cuadro que nos describía—. ¿Qué piensan que pasó allí?

Uno de los compañeros levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó Mario.

—¿El carro atropelló a un niño...? —dijo titubeante.

—¿Quién más piensa que eso fue lo que ocurrió?

Todos levantamos la mano.

—Bien —dijo Mario—. Bien...

La imagen era un fotograma de un video que Mario reprodujo de inmediato. En él se apreciaba una mujer, al parecer una madre ajetreada, que trata de sacar del carro una bolsa de compras y lidia, además, con un niño inquieto. El resultado es catastrófico, pero no del modo que pensábamos: el niño le lanza su peluche y este hace que la mujer deje caer un frasco de salsa de tomate que tiene en la bolsa. El video se detuvo con la imagen inicial. Mario pausó y se dirigió a nosotros.

—Todos estaban equivocados, no ustedes, me refiero a los sabios. El medio no es el mensaje; *los prejuicios son el mensaje*. Ustedes solo tienen que poner los puntos, la cultura televisiva hará el resto...

—No lo entiendo —dije.

Creo que la respuesta de Mario fue la clase magistral más importante de mi vida. En todos los años de periodismo en la Católica, nunca supieron compactar en unos cuantos minutos los mecanismos fundamentales por los cuales pensamos lo que pensamos o creemos lo que creemos saber. Para nuestro guía, las lecciones que debíamos aprender ya las teníamos metabolizadas de manera intuitiva solo por haber nacido en plena era del internet; sin embargo, no estaba mal traerlas al consciente con el fin de hacerlas una herramienta del día a día. Desde ese momento, Mario no me pareció ya un tipito más limpiando la estela que dejaba el paso de Elodio, sino un verdadero líder, al menos uno intelectual, que me aportaba un punto de vista del que carecía. Nos explicó de manera breve, porque además era humilde, que esos conceptos se los debía a otros, a

quienes les estaba agradecido, y puso a nuestra disposición toda la bibliografía disponible «para una época de paz», pues porque tal y como él lo veía, íbamos a adentrarnos en una situación muy complicada que iba a requerir toda nuestra concentración y esfuerzo.

Las máximas de Mario se podían sintetizar en un único razonamiento: todo está inventado. Nos pedía no perder el tiempo en filosofar porque cualquier cosa que viviéramos, viéramos, o pensáramos, ya la habían vivido, visto o pensado en cualquier otro lado del planeta en esta época o en otra diferente. Y para eso estaba el internet banda ancha, para servir de gran archivo de la humanidad. Se aplicó en serio, a través de unas cuantas láminas que brillaban en la pantalla de la cabaña, a meternos algunas ideas que nos iban a ser de mucha ayuda en los momentos más confusos. Para ello apelaba a tácticas pedagógicas, casi socráticas, es decir, preguntándonos una y otra vez, hasta que fuésemos nosotros quienes halláramos las respuestas. Fue así que llegué a la conclusión de que casi cada imagen que pasa por nuestra mente tiene un referente audiovisual legado por 100 años de industria cinematográfica. Cuando pensamos en las guerras, en los malos o en los buenos, cuando tratas de responderte sobre la riqueza o la pobreza, lo que tu mente engendra sin que te lo propongas y con una velocidad increíble, son las miles, millones de imágenes que te legaron las películas, comerciales, series de televisión. Y lo mejor de todo es que Mario no se quedaba allí, fue más profundo, nos habló de toda la experiencia sensorial. Puso ejemplos clásicos, y otros no tan conocidos, agregó sonido, añadió música y melodía. «¿Quieren sentir terror?», preguntaba y allí mismo le daba *play* a *Carmina Burana*, y nuestros cuerpos se estremecían al compás de los tambores y las voces dramáticas. «¿Quieren romance?», volvía a preguntar solo para soltar las notas de alguna pieza suave de Claude Debussy o Philip Glass. Creo que en un momento, entre sus palabras, y las imágenes y sonidos, sentí que la cabaña se

convertía en un verdadero cuarto oscuro en el que se nos estaba revelando una verdad superior. No es que desconociera sobre psicología del color, o el efecto de la música en las zonas más primitivas del cerebro, pero creo que había algo más. Mario nos proveyó de un propósito: convertirnos en una especie de directores de una película que no íbamos a producir o dirigir, pero de la cual efectivamente íbamos a ser unos grandes editores.

Casi todos los días de esa semana pasaron de la misma manera, algunas clases más aburridas que otras, pero siempre con algo nuevo para aprender. Lo único que lamentaba era que apenas tenía tiempo para hablar con Melinda, pues cuando nos liberaban de nuestras responsabilidades volvíamos a las cabañas con ganas solo de dormir. Aunque, a decir verdad, ese no fue el único cambio que sobrevino en la última semana. La propia Melinda se hallaba particularmente distante, no descortés o evasiva, pero sí como si su mente no estuviera procesando lo que vivíamos sino que calibrara un porvenir sin límites ni formas. Una de esas noches, puede que haya sido a mitad de semana, le pregunté por su entrenamiento, pero no supo contestarme de manera habitual. Ahora me nombraba a Clausewitz, a Sun Tzu, Jomini. Me preguntaba que si los conocía. Yo le contestaba que sí, pero no de forma personal sino más bien de vista, y a ella esas respuestas no le gustaban en lo absoluto. Se subía en la litera sin molestarse en dar las buenas noches. Me acercaba a ella para disculparme, pero decía que para mí eso era un juego, todo lo que hacíamos en ese lugar, que por ser rico no tenía nada que perder, y que si fracasábamos, o si a Elodio lo metían en la cárcel o, peor aún, si lo mataban, pues yo simplemente iba a tomarme un avión para irme del país sin importarme en lo más mínimo lo que pasara con todos ellos. En un momento, al verla tan estremecida pensé en agarrarle la mano y decirle que no tomara las cosas tan a pecho, pero eso la iba a molestar aún más. Así que hice lo que hacen en situaciones similares en todas las telenovelas que

he visto (y vaya que Mario tenía razón en sus apreciaciones), le dije mientras la mitad de su cara reposaba en la almohada que pasara lo que pasara siempre iba a estar a su lado.

Ella abrió el ojo visible, el que no estaba contra la almohada y me dijo «¿Es en serio?». Le respondí con absoluta sobriedad, «Claro que sí» y volví a apretar su mano mientras sentía su piel, que no era igual a la piel suave de Martha, ni a la de Cristipuchi o la de Patricia Goldsmith, o la mía propia, sino que transmitía la aridez de quienes no la tuvieron fácil en sus vidas. Creí que si les contaba esto que vivía a mis amigos de la universidad y a mi padre, me iban a terminar acusando de ser un acomplexado con la buena suerte que me cayó del cielo desde el mismo momento que nací, y que por tal razón vertía en Melinda, en su cuerpo, en su vida, algo de mi bondad: una acción para no sentir culpa por el sufrimiento del noventa por ciento de la población mundial. Al mirar su mano aferrada a la mía, al reparar que Luis Fernando verificaba la escena desde un lado de la habitación con una expresión de «me importa un carajo lo que hagan ustedes dos», sentí que mi proyecto, mi propósito vital, no era lo que promulgaba Elodio Mata, sino Melinda y aquello que todavía no podía nombrar pero que estaba en mi pecho creciendo, ardiendo con un suave pero constante ritmo.

La última semana no resultó tan traumática como lo llegué a pensar. Quizá lo peor de todo era el entrenamiento físico, el cual, argumentaba Mario, sería parte esencial de nuestra rutina de trabajo. Hasta los momentos, lo único que sabía era que Elodio iba a dar una declaración el lunes por la mañana y que ese sería el toque de diana para activarnos desde nuestros respectivos frentes. Sentía que las dos semanas en La Quinta me habían sentado de maravilla, que estaba fortalecido y con la energía y disposición suficientes para lo que fuera. Puedo hasta decir que el no haber bebido o tenido sexo fue un añadido que jamás pensé iba a darme tanta vitalidad. De alguna manera, podría decirse que era otra persona, y ahora cuando

estaba tan próxima la conclusión de nuestra estancia me hallaba melancólico por tener que dejar La Quinta.

Para el sábado tuvimos nuestra última clase. Estaba muy ansioso porque Mario nos prometió que sería la más divertida, la más útil de todas cuanto habíamos presenciado. Esa mañana me despedí de Melinda con un medio beso que a ambos nos puso a sonreír. Mario reparó en nosotros y no se portó de mala manera, pero sí nos alentó a darnos prisa. Así que ella tomó el camino junto a Luis Fernando y sus franelas azules y yo me fui en dirección contraria siguiendo el camino a la cabaña de aprendizaje. Mientras subíamos la colina escuché a lo lejos unos pequeños ruidos secos, similares al traqueteo de un arma automática, que sin embargo allí en el bosque parecían más bien nueces cayendo de manera sincrónica sobre un suelo húmedo. Me rezagué buscando el origen del sonido y aprecié a lo lejos una columna de sujetos vestidos de negro que parecían representar una batalla. Llevaban los rostros cubiertos, mientras se desplegaban sobre el terreno en formas que desde la altura semejaban ángulos, líneas horizontales; la formación característica de un ejército romano, una falange. Sentí que alguien me tomaba del antebrazo de manera enérgica.

—¿Qué haces? —preguntó Mario.

—Solo miraba... —Señalé en dirección a los sujetos vestidos de negro. Mario ni siquiera me prestó atención.

—Camina, tenemos aún mucho trabajo por hacer —replicó sin contemplaciones.

Llegamos a la cabaña de últimos. Ya todos estaban sentados esperando que se encendiera el *videobeam*. Cerramos las ventanas y en la pantalla apareció un texto, no muy largo:

Un afiche debe ser como un grito desde el muro. Es un medio de comunicación instantáneo. Su función reside en conseguir que el

espectador obtenga, de inmediato, toda la información del contenido. Lograrlo es combinar, felizmente, una estética original con la facilidad de la lectura. (...) El afiche es una síntesis, la comunicación efectiva e inteligente de la información.¹

Mario dejó que leyéramos mientras caminaba de un lado a otro de la cabaña. Cuando el tiempo se volvió incómodo mostró otra imagen, esta vez de una batalla con soldados desparramados por doquier, descuartizados o paralizados en gestos de desesperación, horror o auxilio.

—¿Podrían considerar que esta imagen es bella? —preguntó Mario.

La pregunta era confusa y nadie contestó, yo al menos no lo hice para no quedar como una especie de sádico, amante de la sangre.

—¿Qué es la belleza? —Continuó.

Yo hice que tomaba apuntes para que no me fuese a preguntar tamaña cuestión.

—Vamos a verlo de otro modo... a ver. ¿La imagen los conmovió? ¿Sentieron algo al verla? ¿Rabia, dolor, tristeza, miedo?

Allí todos comenzaron a murmurar. Yo al menos sentí una especie de vértigo. Mario no esperó las respuestas para comenzar a divagar.

—Estamos viviendo una batalla, quizá la guerra más grande a la que se haya sometido el ser humano: la batalla por la atención. En un mundo atiborrado de imágenes, de sensaciones, de aparatos e interfaces, de ruidos, atrapar la mirada, pero por sobre todo el alma, es lo más difícil. Es lo más importante que debo enseñarles.

Desde su posición, ya no de profesor, sino de especie de gurú postindustrial, Mario confesó que la verdad estaba sufriendo una

¹ Carlos Cruz Diez (París, 2012).

metamorfosis, un cambio que no avizoraron ni McLuhan ni santo Tomás, puede que sí, hasta cierto punto, los físicos de la era nuclear. «Es un cambio superior. La verdad ya no existe allá afuera, como algo ajeno, la verdad es *atrapada* por esto», y alzó su celular.

—Si tal como dijo Jean-Luc Godard «el cine es la verdad a 24 cuadros por segundo», estos aparaticos —y seguía señalando su teléfono— y las redes de comunicación que tejen son más grandes, más poderosas, más infinitas. Las redes sociales son la verdad a 1.000 *likes* por segundo.

Para terminar, se subió sobre una de las sillas, al estilo de *La sociedad de los poetas muertos*, y nos conminó, nos ordenó, nos impuso la tarea de ver la realidad con los ojos de un dios. Nos dijo que éramos una especie de prometeos;

—Con cada foto, cada video, cada mensaje viralizado, estarán entregándole la verdad a los hombres, a los mortales. Que cada imagen cuente... *carpe diem*. —sentenció.

La noche de ese sábado nos permitieron permanecer fuera de las cabañas y hasta nos hicieron una pequeña celebración que incluía ver, por vez primera en dos semanas, algo de televisión. Ya la noche había caído y los integrantes de los grupos naranja, verde y morado, nos lanzamos con mucho entusiasmo sobre el *buffet* al aire libre que prepararon con mucha dedicación. Me senté a comer, tratando de pescar a Melinda por algún lado, pero ninguna franela azul se tropezó conmigo. El que sí se tropezó fue Claudio, el intelectual amigo de Luis Fernando que ahora con su franela morada pulcra, se colocaba a mi lado para buscarme conversación. Estaba mucho más egótico que de costumbre, explicando que a partir del lunes íbamos a tener que trabajar «hombro a hombro» para llevar el mensaje a la mayor cantidad de gente posible. Le contesté que no había recibido ninguna pauta, pero que sí, que no había ningún problema. Guardé silencio, esperando que me preguntara por su camioneta, pero no lo hizo. Me preguntó si acaso Elodio Mata nos había vi-

sitado esta última semana. Le contesté que no, que iba a resguardarse un poco o que al menos eso fue lo que entendí de su última alocución pública. Claudio me comentó que al grupo púrpura sí les prestó especial atención, pues ahora serían sus voces, sus rostros, y para ello necesitaba cero equivocaciones, además de un particular interés por las ideas. Quería que se callara, pero tampoco iba a ser descortés, así que tomé la opción más elegante, que era mantener la boca llena de comida para así evitar hablar. Por suerte —nunca habría llegado a pensar que me causara tanta alegría— Mario llegó para comer con nosotros. Le dijo a Claudio que Laura lo necesitaba y este se levantó con bandeja y todo para ir a buscarla. Tenía tiempo sin ver a un sujeto tan adulator.

—Te salvé, ¿no? —preguntó Mario—. Tu cara era de fastidio nivel superior...

—Sí, algo... no por él... *anyway*. ¿Cuándo llega el grupo azul?

Mario me observó fijamente, sin una expresión definida. Luego miró el reloj.

—Ya deberían estar aquí. A veces Baltazar se toma más tiempo con el entrenamiento de los muchachos. En fin... te traía esto —y puso sobre la mesa un pequeño cuadernillo anillado, la cubierta de vinil transparentaba el título *Manual de estilo*—. Quiero que lo tengas, he decidido que tú serás el «nodo matriz» de la red. Los demás dirán lo que tú digas, lo que tus ojos vean; serás la mirada de millones —su voz se crispó un poco en una leve exaltación de felicidad.

Subí los ojos y tomé el cuaderno, lo hojeé de manera desordenada, luego lo puse de nuevo sobre la mesa. Mario seguía allí, sin espabilar un segundo, como si esperara algo. Una respuesta que yo intuía que él estaba deseando pero que no podía darle.

—Oye, hermano... lo lamento pero no...

—No lo digas... puedo entenderlo. Es tan poco profesional de mi parte. Pero bueno, somos humanos, ¿no? Tampoco soy estúpi-

do, puede que sí algo soñador, pero no estúpido... he visto cómo miras a la chamita esa... es que no sé... En fin, tocar la puerta no es entrar, ¿verdad? —Sonrió.

—Sí, bueno...

—Vale, te dejo, no es la idea arruinarte la cena...

—No lo haces...

—Tranquilo, no tienes que ser condescendiente... En cualquier caso, vamos a seguir viéndonos hasta que recuperemos nuestra libertad.

«¿Pero cuál libertad?» Quise decirle, pero no lo dije. Preferí lanzar una frase menos polémica:

—Por supuesto, hasta que lo logremos —y puse los pulgares arriba.

Mario se levantó y me recordó a esos soldados aliados de la Segunda Guerra Mundial que aparecen en las películas taquilleras, esos que dejan el tarro de cerveza a medio terminar y se ajustan el sobretodo antes de salir a alguna misión entre Dunkerque y Calais. Miró hacia el resto de las mesas, sin moverse. Puso una mano en mi hombro y me transmitió una tonelada de preocupaciones.

—Puede que me esté equivocando contigo... pero tampoco quiero que pese ninguna decisión sentimental. Sería tan poco profesional de mi parte —cada vez que repetía esa frase sonaba más como un robot—. En todo caso, seguiré mis intuiciones, pero sí debo advertirte sobre esa muchachita. Ellos tienen su misión y tú otra, no dejes que sus tetas y su culote nublen tu mente: vas a una guerra y en una guerra no hay espacio para distracciones...

—¿A una guerra? ¿Pero qué carajo?

—Ay, por Dios, tampoco te me hagas el inocente... que en este planeta el único inocente es el que no ha nacido. Te lo repito... no pierdas de vista *la misión*.

La manera en que habló de «la misión», me llevó al cuarto oscuro, a la cabaña. Desaparecieron de pronto las dudas, los conflictos. De una manera extraña, me apacigué...

—De acuerdo —le dije—... Cumpliré.

—Bien...

Mario cambió la expresión, ahora volvió a ser el sujeto afable y de talante relajado que conocí en La Quinta. Se levantó y puso su dedo índice en el cuadernillo. «Te hice una dedicatoria», dijo. Luego se dio media vuelta y se alejó.

Miré hacia los árboles y pensé en Melinda, en la misión, en la guerra y en la belleza de los cuerpos desarticulados entre bombas de humo y alambradas. El recuerdo de la pantalla iluminada por el *videobeam* se expandía en mi mente y me conducía a un futuro repleto de preguntas y confusas expectativas. Al fondo de todos esos pensamientos y de las imágenes que luchaban por abrirse paso, vi el bosque oscurecido y la dedicatoria de Mario flotar entre las hojas como lo hacen las luciérnagas perdidas: «Lo primero que muere en una guerra no es la verdad, es el corazón», escribió.

CAPÍTULO 4

REPORTERO DE GUERRA

Me cansé de esperar a Melinda en medio de la multitud de franjas decoloradas por la noche. Decidí irme a descansar y quizá toparme con ella en la oscuridad de la habitación, aprovechar el relajamiento, la brecha en la férrea disciplina para meterme en su cama. Me despedí de algunos compañeros naranja y me preparé para dormir. Llegué a la cabaña y al encender la luz pude ver a un lado de mi cama todas las cosas que había recolectado la noche antes de ingresar a La Quinta. De seguro había sido Mario quien hizo llegar aquellos paquetes para concluir de manera simbólica el entrenamiento. Pensé que lo mejor era entregar cada encomienda de manera particular, aunque desistí de mantenerme insomne por la llegada de Luis Fernando y Melinda. Así que coloqué en cada una de sus camas el paquete que les pertenecía y dejé a un lado lo que era propiedad de Claudio y Sexo Débil.

Me lancé en la cama y repasé el breve diálogo con Mario durante la cena y su dedicatoria a modo de aforismo. No supe en qué momento me dormí, pero desde que llegué a La Quinta fue la primera vez que pude recordar mi sueño. En él, estaba en el Emo Bar tocando «Blackstar» con una guitarra acústica, completamente solo en el escenario y con una única espectadora. Sentada frente a mí, en una mesa, fumando y bebiendo una gran copa de algo que parecía un coctel de pisco sour, estaba Melinda, sonriéndome y aplaudiendo la canción que no sonaba nada mal, pues lo que yo hacía era simular que cantaba mientras la pista de Radiohead inundaba cada rincón del bar. Ella se levantó de la mesa y fue a donde yo estaba, y conforme se acercaba la luz de la escena se fue achicando hasta arro-

parnos solo a nosotros. Quise besarla, pero tuve miedo de que eso me hiciera despertar. Dejé la guitarra y me arrodillé en el escenario para acercarme. Melinda se adelantó muchísimo a mi rostro y buscó mi oído. Me dijo: «No es pisco sour, gafito, es Preveral con vodka». Abrió sus piernas y vació poco a poco su bebida en su vientre, ordenándome que la bebiera directamente del fondo de sus muslos. Me arrastré hasta allí y la escuché gemir un poco, de manera leve, pero a medida que me tomaba del cabello y me empujaba hacia ella, los gritos se tornaron poderosos. El licor me secó la lengua y fue cuando me pidió que la escuchara decir «Si me la sigues comiendo así, te pico la torta toda la vida».

Desperté de inmediato. Hacía un calor tremendo esa noche. Me quité la franela y me recosté de nuevo. Cuando quise volver a dormir sentí unos murmullos que llegaban desde afuera. Poco a poco se acrecentaron hasta que fueron perceptibles las voces humanas. Vi entrar a Luis Fernando y unos segundos después a Melinda. Me levanté para recibirlos, pero Luis Fernando cruzó hacia su cama y se echó allí sin emitir ningún sonido. Melinda me miró, sus ojos estaban vacíos o muy llenos de algo que no entendía.

—¿Estás bien? —le pregunté, pero no me respondió. Lo único que hacía era mirarme.

Pensé que a lo mejor hablar de su regalo la alegraría.

—Te tengo una buena noticia —la tomé por la cintura y la levanté sin ningún esfuerzo hasta su cama. Empecé a mostrarle lo que había comprado para ella. La ropa interior, las medias. Ella se sonrió levemente y metió la mano en la bolsa. Sacó la caja de condones.

—¿Y esto? —preguntó.

Me sentí como un idiota. Lo único que hice fue quitárselos de la mano y lanzar la caja en mi cama.

—Anda, dime, ¿te gusta lo que escogí?

Ella miró la bolsa y levantó la ropa interior. Palpó la textura.

—No quiero hablar... ¿podemos dejarlo para después?

—Claro, Mel... mañana. Trata de descansar.

Volví a meter todo en la bolsa y le hice espacio en la cama. Le quité los zapatos llenos de barro, luego las medias. Vi sus pies desnudos y me parecieron muy lindos, le di un suave masaje para transmitirle algo de confort. Ella puso la cabeza en la almohada, luego la arropé. Me detuve un rato para verla dormir.

—Mel... —dijo de forma suave.

—¿Cómo? —pregunté pasándole la mano por su cabello.

—Mel... me gusta que me digas Mel —dijo antes de cerrar los ojos.

Me quedé un tiempo parado allí acariciando su pelo. Cuando sentí su respiración cambiar de intensidad supuse que se había dormido y me fui a mi propia cama. Tomé la caja de condones y los puse bajo la almohada. Sonreí antes de entregarme a un nuevo sueño.

El domingo nos levantaron temprano. Esta vez sí teníamos los cepillos dentales bajo las literas y hasta un regalo institucional, con folletos, y una taza con la leyenda «Soy Líder». De algún modo este gesto fue extraño, al menos para mí. Fue como volver al día 1 de la experiencia y además convertir La Quinta, y el propio bosque en un entorno mucho más institucional. Incluso nos dejaron vestirnos con la ropa con la que ingresamos, lo cual fue la señal definitiva de que ya estábamos concluyendo nuestro entrenamiento. Estuve toda esa mañana con Luis Fernando y Melinda en el espacio de las conferencias esperando que nos dieran más instrucciones. Al poco rato se nos unió Claudio. Llegó con una muchacha a la que presentó como Chichita Carrió. Una mujer bellísima que parecía haber sido traída desde la mismísima alfombra roja de Cannes. Todos la saludamos. La muchacha no más se sentó quiso secuestrarnos toda la atención. Luis Fernando y Melinda la miraron de arriba abajo y adquirieron una postura de desinterés total. Así que tuve que salir como el último mártir de

las normas de cortesía, para socorrerla en su intento de conversar sobre «todo lo que la había cambiado este lugar».

Para Chichita Carrió, a quién Claudio miraba con absoluta adoración, La Quinta era un antes y un después en su vida. Al parecer se había dedicado, al menos desde los 14, a modelar y servir de portada de revistas en lo más prestigioso que hubiese en el mundo de la alta costura. Estaba absolutamente convencida de que ahora, no es que iba a dejar el modelaje o su programa de cocina *fitness* que tenía gran éxito en las capitales de Latinoamérica, sino que invertiría un mayor porcentaje de tiempo a darle sustancia a cualquier cosa que hiciera. Incluso llegó a confesarnos que iba a escribir unas memorias que sirvieran de inspiración «a los que venían detrás». Claudio suspiró. Le pregunté la edad, no para sonar pesado, sino para corroborar la brutal tendencia de algunas celebridades a escribir sus memorias o libros de lecciones profesionales a los veintisiete años. Ella me dijo que recién cumplía 22.

—Están muy *trendy* los libros... —dijo Chichita Carrió enfocándose en Claudio y en mí.

—¿Los libros? —pregunté. «Sí, están muy *trendy* desde los años 1400», pensé sin decirlo.

—Déjala terminar —me increpó Claudio.

—Sí, los libros... esos de reflexión. ¿Cómo les llaman? De auto-superación, inspiradores...

—¿Autoayuda? —Volví a preguntar.

—No... no, autoayuda no... —dijo Chichita muy concentrada.

—Déjala terminar —repitió Claudio.

Chichita miraba al cielo y nunca perdió su talante fresco y despreocupado mientras pensaba.

—Quiero inspirar —dijo resuelta.

Lo que vino de inmediato, fue la explicación de Chichita Carrió acerca de cómo llevar un país a la autosuperación. Al parecer, según detalló en unas pocas palabras, antes de su experiencia en La Quinta, solo deseaba enfocarse en «levantar el ánimo de toda esa gente *nerdy* que siente que no es posible ser “bonita” cuando todo el mundo sabe que la verdadera belleza está aquí, aquí» —dijo tocándose sus senos copa D—. Ah, pero eso era antes, porque luego de las conferencias y grandes enseñanzas recibidas de su guía Laura, se preguntó por qué ayudar solo a los «perdedores», si podía «reunirlos a todos en una especie de gran hermandad y meterlos —¿en un horno crematorio...?, me dije a mí mismo—... en un país y avanzar juntos como una gran masa» concluyó Chichita...

—¿Cómo es que lo decía Laura... mi pequeño Clau?

—Empoderada, Chichita... masa empoderada...

—Eso es, masa empoderada. Debo inspirar a todo un país.

Entonces, para Chichita la fórmula era simple. Según su reflexión harto revolucionaria, si lográbamos embellecer al país, la gente dentro de él iba a sentir la necesidad de no quedarse atrás. En su mente, había que lograr un proyecto piloto, concentrarse en lo pequeño y luego saltar a lo macro. Primero arrancar con un municipio y de allí irradiar la belleza al resto del país.

—Vamos a estar claros, a quién se le ocurre ponerle «Carapita» a una estación de Metro, si eso es lo que nombras, pues es lo que obtienes. ¿Chacao? ¿*Jeloiü*?... estás condenando todo al atraso...

En su futuro libro ya tenía al menos resuelto el apartado dedicado al «Transporte y Obras Públicas», donde iba a luchar por posicionar una nueva nomenclatura del Metro de Caracas, para que sirviese como punto de partida de un nuevo proyecto de sociedad. Pero no solo que no le bastó con exponer la idea, quiso —puede que por un asunto de propiedad intelectual— enunciarlos:

—Sé que no soy muy asidua al Metro, pero solo imaginen —lanzó sus brazos al cielo—, estaciones cuyos nombres sean *Venezuelan Square*, *Green Stick*, *Black Cat*, *Two Roads*, y para que no se nos acuse de tener preferencias agregar *Le Silence* y *Cité Universitaire*.

El *feedback* de las grandes cornetas del lugar nos sacó de las reflexiones de Chichita Carrió. Mario se preparaba para hablar, pidió a los guías Laura, Daniela y Baltazar que subieran a la tarima. Se disculpó porque Farías aún seguía en entrenamiento. Pidió un gran aplauso para todos nosotros, pues habíamos logrado completar todos los módulos y ahora nos graduábamos de Líderes. Luis Fernando y Melinda, a diferencia de Chichita Carrió y Claudio, no mostraron gran entusiasmo. Mario dejó que los aplausos se extinguieran para cambiar el tono. Comentó que ahora comenzaba la etapa más difícil, pero seguro estaba que todos sabríamos qué hacer y cómo actuar. Solo pidió estar muy atentos a la declaración que Elodio Mata haría por todos los medios, pues ello significaría el comienzo de nuestra gesta. Volvió a pedir un gran aplauso y dio por concluida nuestra estadía.

Laura tomó el relevo para explicar el retorno a La Quinta, el cual se haría a través de unos autobuses que llegaron por el camino de tierra. Le pregunté a Luis Fernando si sabía que había pasado con Friki y Sexo Débil, pero solo subió los hombros.

Fui unos de los últimos en abordar porque deseaba despedirme de Mario. En ese momento y no podría decir por qué, creí que le debía mucho más de lo que me admitía a mí mismo. Lo vi despidiendo los contingentes de jóvenes y me acerqué. Él fue el primero en hablar.

—Bueno, creo que este es el fin...

—Gracias por todo y disculpa lo malo —le contesté.

—No, vale —me agarró del bíceps derecho—. No hay nada que agradecer, ni disculpar. El destino es el destino. Allá afuera haz lo que mejor sabes hacer...

—Pero igual no vamos a perder contacto. No tengo teléfono, pero puedes darme el número...

—En La Quinta, antes de marcharse les devolverán los celulares...

—Perfecto, dame tu número...

—Después, ya habrá tiempo...

Uno de los autobuses tocó la corneta dos veces y el resto de ellos hizo lo mismo.

—Ya debes irte...

—¿Qué pasa si necesito consejo? ¿Cómo te ubico?

Mario se quedó pensativo. Laura, que asistía a la escena de manera periférica, se incorporó al diálogo.

—Se te hace tarde...

Mario carraspeó la garganta y secundó a Laura. Sonrió.

—Siempre voy a estar allí —tocó mi frente con su pulgar, el resto de sus dedos rozaron mi cabello—. Bueno —volvió a toser un poco—... es tiempo de que te vayas.

Nos marchamos de La Quinta en la camioneta de Claudio. Esta vez Chichita Carrió ocupó el lugar de Luis Fernando en el asiento delantero y a este le tocó ir atrás junto a Melinda y a mí. La cara de Luis Fernando era de absoluto disgusto. Pensé, mientras el hombre se acomodaba en el lugar de la plebe, que la experiencia de algún modo había derivado en una especie de segregación por clases. Aunque si fuese así, yo debería estar conduciendo y los demás tomando un taxi, incluida Chichita. De cualquier modo, estaba tan feliz de estar tan cerca de Melinda que apenas le puse energía mental a los complejos de Luis Fernando.

Encendí el teléfono y el resto hizo lo mismo con sus propios aparatos. Quedamos en silencio un rato, puede que todos compartiendo la misma interrogante.

—Eh, quiero preguntarles algo chicos —dijo Chichita desde el asiento delantero—. ¿Sus celulares funcionan?

—El mío encendió... —le dije.

—Formatearon los teléfonos —completó Luis Fernando.

Revisé mi propio celular y comprobé que en parte era cierto. No había ni una foto almacenada. Esperaba que empezaran a sonar una tras otra las notificaciones, las llamadas y mensajes perdidos de mi papá. Me preguntaba qué le habría dicho la Cristipuchi en el caso de que él la llamase o fuese hasta su casa. Creo que no habíamos preparado unas coartadas para todos los casos. De todos modos, la Cristi era bien hábil y de seguro iba a encontrar una solución.

Les propuse que fuésemos a comer algo, recargar los celulares, llamar a nuestras familias, puede que aprovechar e intercambiar números telefónicos. Todos acompañaron la idea. Cuando empalmábamos con la autopista para irnos a algún centro comercial, vimos que los carros comenzaban a aglomerarse cerca de un elevado. Se detuvo por completo el flujo. Estábamos en un gran estacionamiento que se expandía conforme llegaban más vehículos. Le propuse a Melinda bajarnos para investigar el origen de aquella monumental tranca, pues la otra opción era escuchar a Chichita Carrió a relatar sus planes para convertir el Museo de los Niños en una sucursal del *Smithsonian Institute*, y así enseñar a los infantes pobres de Katia (Con K para así ser coherente con su idea de que «en el principio fue el Verbo»...) sobre indígenas «no desnutridos, como los que se veían en los semáforos, sino vigorosos como los apaches o los vikingos...».

Melinda aceptó de inmediato y nos alejamos del zumbido en el que se había convertido la voz de Chichita. Luis Fernando se quedó atascado en el asiento trasero, a merced de la perspectiva desarrollista de nuestra nueva compañera de viaje. No pude hacer más por él.

—¿Te sientes bien? —le pregunté a Melinda, mientras caminábamos por entre los vehículos atascados.

—Sí, es solo... la verdad no quiero volver a la residencia. Esa pensión me deprime... —contestó sin dejar de mirar el asfalto.

—Ah, pensé que era por la pesada de Chichita...

—Bueno, ella también me deprime...

—¿Te gustó lo que te compré?, no me has dicho nada...

Unos gritos, a unos doscientos o trescientos metros de dónde estábamos, interrumpieron la respuesta de Melinda. Contrario a lo que hubiese hecho en otra oportunidad, corrí en dirección al ruido que poco a poco ganaba en intensidad, ayudado por la mezcla frenética y nada melódica de cientos de cornetas. Cuando llegamos a la mayor concentración de personas, vimos el origen del caos. Un camión cargado con cientos de cochinos —no puedo precisar la cantidad— se había volcado. Algunos cochinos, gigantescos como hipopótamos, corrían desorientados por toda la autopista, otros tantos luchaban por no morir ahogados dentro de sus jaulas. Muchos de los cochinos quisieron saltar la defensa que separaba las direcciones de la autopista y colisionaron con carros que iban en dirección contraria, incluso vi a unos cuantos motorizados deslizarse por el asfalto sin posibilidad de esquivar a los animales. No existía adjetivo para lo que veía. Sentí que no había nada mejor que sacar el teléfono y registrarlo todo. Incluso, llevado por un deseo de lograr una toma ideal, me subí al capó de un carro.

El ojo de mi cámara, que era mi propio ojo, registró los acontecimientos con una meticulosidad que hubiese sonrojado a cualquier documentalista de la vida salvaje. Unos veinte minutos allí, y lancé todo aquello al ciberespacio para que flotaran en la mente de quienes se habían perdido semejante espectáculo. Estuve satisfecho, consciente de haber vivido un hecho inédito y verdaderamente sin igual. Lo que sí se me escapaba en ese momento, y que no pude

entender sino hasta mucho después, es que aquel accidente no era producto de la casualidad, ni de la decisión de un dios vegano, la realidad es que aquel suceso iba a marcar el inicio de todos los acontecimientos raros, imprevisibles y desgarradores que tendrían lugar en la Caracas a la que regresaba luego de haber sido admitido en La Quinta.

Media hora después, las autoridades, con la displicencia digna de una vulgaridad, lograron abrir un canal para el paso vehicular luego de matar a balazos a unos cuantos cochinos. Algunos conductores agradecieron el gesto policíaco y recogieron los cadáveres, metiéndolos en las maleteras de los carros o donde fuere. Pensé que soñaba y en mi mente apareció Cristipuchi escandalizada con su muletilla favorita «Solo en Venezuela».

Cuando fue nuestro turno de pasar por el canal habilitado, vi los grandes animales desperdigados en el asfalto y los hilos de sangre saliendo de los agujeros que las balas habían causado. Chichita Carrió cerraba los ojos y decía no haber visto algo semejante desde el *remake* de la película *Masacre en Texas*. Melinda también cerró los ojos, pero Luis Fernando asistía atento, casi como si su mente quisiera grabar para siempre las dantescas escenas. Claudio comentó, mientras acomodaba el retrovisor para mirarme, que aquello parecía la escena bíblica donde Jesucristo libera a un pobre infeliz de la posesión demoníaca, ordenándoles a los seres malignos ocupar el cuerpo de cientos de cerdos que terminan suicidándose en masa al tirarse por un precipicio.

—«Ese Jesucristo es un loquillo... o un policía de El Hatillo», concluyó con una carcajada que desentonó en el ánimo de todos.

Terminamos comiendo en un restaurante al que nos llevó Chichita. Un sitio de comida vegetariana en honor a lo que recién vivimos en la autopista. No hablamos al principio, todos concentrados en los celulares, supongo que poniéndonos al día. Al activar las notificaciones para llamadas y mensajes, comenzaron a llegar en

una catarata que golpeó la boca de mi estómago. 134 llamadas perdidas de mi papá, y mil y tantos mensajes sin leer de la Cristipuchi. Estaban disgregados en todas las aplicaciones del teléfono, correos, SMS, redes sociales. Era una locura. De inmediato quise llamar a mi papá. Pero Chichita me sacó del plan anunciando con una risotada:

—Eres la estrella del internet —dijo alcanzándome su celular.

Vi que el video de los cochinos marcaba tendencia y amenazaba con llegar a los primeros lugares de favoritismo. El celular de Chichita rodó por todas las manos, mientras corroboraban la rapidez con que la muerte de los animales llegó hasta los cibernautas polacos. Al principio no supe cómo procesarlo, pero de inmediato, al analizar la publicación, supuse que mucha de la culpa la tenía el título «Masacre en Venezuela», y los chillidos agudos, espantosos de los animales cayendo uno a uno gracias a las balas. Pero un fenómeno aún mejor me dejó sin poder disfrutar la comida. Cientos, diría que miles de personas comenzaron a agregarme en sus propias redes, con mensajes como «Sos un capo», «Crack», «Dios», «Nunca cambies». Aquella exposición fue una energía indescifrable y muy embriagante, debo reconocer. Me abstraí absolutamente de aquel restaurante y floté a un lugar donde solo tenía cabida *eso* que había puesto en movimiento. Olvidé a mi papá, olvidé a la Cristipuchi... de pronto solo vivía para aquel video.

Chichita pagó la cuenta de todos y nos invitó a su casa. Dijo que era suficientemente grande como para pasar allí la noche y esperar el anuncio que Elodio Mata daría en unas pocas horas. Ninguno se opuso. Llegamos a un edificio cerca de Los Palos Grandes, recién caída la noche. El apartamento de Chichita era inmenso y muy bello. Había cuadros con su rostro por toda la casa y en todos los estilos pictóricos. Un verdadero homenaje a sí misma. Claudio veía cada pintura con absoluto detalle y le hacía preguntas verdaderamente estúpidas que a ella o a su ego le encantaba responder. Chichita fue hasta una pequeña terraza y abrió la puerta. Tres perros medianos

aparecieron para darle la bienvenida. Claudio se acercó con la misma aprehensión del novio que conoce por primera vez los hijos de su novia ex divorciada.

—Les presento a Sir Winston Fulgencio —el perro bulldog—, Walley Filiberto y Toby Arturo —un shishon y un schnoodle, según nos explicó.

Los perros, después de desvivirse por Chichita, salieron a olfatearnos. A Claudio no le pararon, pero con el que sí se entretuvieron fue con Luis Fernando.

—Les diste *feeling* —dijo Chichita mientras el rostro de Claudio se fracturaba de los celos.

Luego de que Chichita se quejara del estado de inanición en que tenían a sus bebés y de jurar que botaría a su mucama, Melinda, Luis Fernando y yo nos fuimos a la terraza para ver la impresionante vista que había de la ciudad.

Arropados por el silencio que imponían los hermosos puntitos parpadeantes de la noche caraqueña, Melinda suspiró. Volteó a verme y me preguntó cómo era mi casa. Al principio tuve cierta vergüenza de responderle, no por mí, pero sí por Luis Fernando y su hábitat de clase media desamparada. Dejé que la pregunta reposara entre nosotros, hasta que Luis Fernando decidió entrar de nuevo al apartamento.

—Es distinta —le dije.

—¿Distinta cómo?

—No sé, es que no es un apartamento. Es una casa...

—Quiero que me la describas —Melinda dio un paso hacia mí.

En el apartamento, Chichita rebosaba de alegría, puso música vieja. Canciones de *rock 'n' roll* de las cuatro décadas que nos antecedieron. Sacaron una botella que parecía vino tinto y comenzaron a beber sin copas. Volví a Melinda, quien no soltaba un segundo

su interés en que le hablara de mi vida. Así que traté de no ser pedante, a pesar de que es prácticamente imposible, a los oídos de quienes menos tienen, sonar como un miserable que merece ser fusilado por las tropas del salvaje de Mao. Al menos eso decía mi papá, que aconsejaba hablar de riqueza solo con otros que pudieran sentir empatía y no desprecio o envidia. Melinda sonreía y me alentaba, así que me sentí dispuesto a decirle lo menos ostentoso, como que teníamos un cuarto para huéspedes (realmente teníamos tres) y que en el garaje cabían dos carros (¿siete? Quizá diez, cuando quitábamos las motos). Seguí así, pero en un punto puede que por esa particular forma de mirarme o porque me llegaban los acordes de «*In my life*», la canción favorita de papá, fui soltándole la verdad, como la piscina temperada y bajo techo, las canchas de tenis y el invernadero victoriano que perteneció a mi mamá. Ella no paraba de poner esos ojos que parecían buscar en su mundo semántico la palabra invernadero y victoriano, así que le tomé la mano y la hice ver hacia el rastro luminoso de Caracas, y usé su dedo índice para señalar no al cielo, sino a la ciudad, y ella me acompañó en un gesto dócil hasta que las imágenes de su mente encontraron un punto de luz que le agradó.

—¿Es allí? —preguntó.

—Sí, es allí, ese es mi hogar —le dije casi como si el Principito me hubiera susurrado las coordenadas de su asteroide.

Su mirada decía lo que su boca no. Soñaba despierta sin atreverse a compartirlo conmigo. Una pizca de melancolía me llegó de pronto y creí que no era un buen sentimiento para culminar esa noche. Así que traté de llevarla por otros rumbos imaginarios e inflar con cualquier artificio su globo de expectativas.

—No hay nada que no podamos alcanzar —le dije.

Sin embargo, mis palabras no levantaron suficiente su ánimo. Tuve que buscar muy dentro para encontrar una base de apoyo que

la sacara a flote. Me acerqué y tomé su mano.

—Sabes Melinda, alguna vez alguien me dijo que la aventura más maravillosa no está en llenar de sueños nuestras vidas, sino en hacer algo tan fuera de lo común que parezca que vivimos en un sueño...

Melinda dejó el horizonte oscurecido para sonreírme. Pasó sus dedos por mis cejas, mejillas y los ancló en mi boca. Al regresar de la nada o de los sueños, percibí realmente que sus ojos no eran negros, ni café, ni azules, ni verdes, sino una mezcla de esas que tiñen el cuerpo de emociones y lo convierten en el mapa ilegible de un país extranjero.

Fue el primer beso que nos dimos y diría que el más lindo. No sé cuánto duró. Quizá no pasó de los cinco segundos, quizá no jugué con su lengua. En cualquier caso, lo recuerdo como un momento que me hizo sentir bien, no eufórico, pero sí placentero. Cuando nos soltamos, ella me tocó la mejilla y entró al apartamento. Desde afuera se veía a Luis Fernando y Claudio envueltos en gestos que delataban una pelea en desarrollo. Los perros habían tomado su bando; Sir Winston Fulgencio le lanzaba a morder a Luis Fernando cuando éste levantaba los puños amenazadores, y Toby Arturo y Walley Filiberto gruñían cuando Claudio contraargumentaba de manera visceral. ¿El debate? A qué banda le debía más la humanidad ¿a Metallica o a Nirvana? El asunto fue escalando y se puso más alucinante porque Chichita Carrió se había puesto a fumar un porro con Melinda, y el fondo musical convertía la inútil batalla entre Luis Fernando y Claudio en una comedia o en una profecía. Si no hubiesen estado tan ebrios o drogados, y estuviesen allí en el sofá mirándose a sí mismos, se habrían reído de verse tan enojados, pero sobre todo de que *The Hollies* regresara de los sesenta para regalarles un memorable *soundtrack* a su nada memorable pelea:

It's a long, long road
From which there is no return
While we're on the way to there
Why not share
And the load
Doesn't weigh me down at all
He ain't heavy he's my brother
He's my brother
He ain't heavy, he's my brother...²

Sí, de seguro se reirían mucho de sí mismos... yo, al menos, no paraba de reír.

Desperté en el mismo sofá, recordando que no le había dicho a Melinda que a pesar de tener un comedor para dieciséis personas, usualmente las cenas de Año Nuevo las pasábamos en compañía de Francis Mallman en su restaurante de la Patagonia. Nunca le hablé del asunto.

Chichita tenía una muchacha que la ayudaba a cocinar. Ella nos preparó el desayuno y se propuso lavarnos la ropa. Atendía a los perros con extrema meticulosidad y no paraba de llamar a Chichita «señora Carrió». Nunca supe su nombre porque era en extremo diligente para captar casi con dos segundos de anticipación cuándo sería requerida para alguna labor tediosa. Melinda era la única que la ayudaba, ya fuese a levantar la mesa o a lavar los platos, a pesar de que la muchacha le pedía no lo hiciera. Al fin, tuvo que ceder en su

² «He ain't heavy, he is my brother», *The Hollies*. Trad.: Es largo, un camino largo/ Del que no hay retorno/ Mientras estamos en el camino de allí/ Por qué no compartir/ Y la carga/ No me pesa en absoluto/ No es una carga, es mi hermano/ Él es mi hermano/ No es una carga, es mi hermano.

solicitud y quedó aquella mujer atendiendo los caprichos de todos más o menos hasta las once, que fue cuando comenzó la rueda de prensa de Elodio.

No era una alocución extravagante, solo un atril de madera con el logo «Líderes» y Elodio vestido con camisa azul clara arremangada hasta el antebrazo. Estaba flanqueado por unos tres personajes políticos conocidos y otros rostros en su mayoría jóvenes. La escena, o al menos los rostros, eran unidos por el mismo ceño fruncido y una mirada que no parecía presagiar buenas noticias.

Elodio hizo un breve resumen sobre historia política contemporánea, para luego caer en su plegaria permanente: el cambio. Me llamó la atención cuánta energía puso en el discurso, cómo movía su brazo derecho mientras el izquierdo lucía estático, casi muerto. Hablaba como de medio perfil, sin despeinarse mientras hacía énfasis en las palabras, en cada acento. Era muy bueno discursando, al menos a mí me lo pareció por la manera en que usaba esa técnica «arranca aplausos» que consiste en ir incrementando el tono hasta lograr una respuesta emocional. Lo único que no me gustó fue que no pestañeó una sola vez durante los diez minutos que habló.

Por supuesto, no comenté ninguna de mis apreciaciones. Pienso que para no romper el silencio profundo con que mirábamos la televisión. Claro, que el estado de concentración-devoción hacia las palabras de Elodio, lo quebrantaba de vez en cuando la muchacha que limpiaba, quien extrañamente no se veía en lo absoluto dispuesta a dejarse atrapar por la dimensión e importancia de lo que ocurría. A veces era un ruido de grifo abriéndose por allá, una escoba tropezando con un mueble por acá... Su desinterés no pasó inadvertido para Chichita:

—Pero, mi amor... ¿Cómo puedes estar limpiando en un momento así? ¿Estás escuchando lo que dice Elodio? Su lucha también tiene que ver contigo... —dijo con molestia.

La muchacha salió del trance que le imponía el proceso de limpiar los azulejos de la cocina y trató de atender a su jefa.

—Disculpe, señora Carrió... No era mi intención... ¿Qué necesita? —preguntó apenada.

—Elodio, hija, Elodio... te estoy diciendo que cómo puedes estar limpiando cuando estamos viviendo momentos tan cruciales para nuestro país...

—Disculpe, Señora Carrió, no volverá a ocurrir —la muchacha dejó de limpiar y se acercó, no mucho, lo suficiente, a dónde nos encontrábamos para ver la televisión. Cruzó los brazos y se recostó de una pared.

Chichita arqueó las cejas con la satisfacción de haber ganado algo y volteó para continuar en la apreciación extasiada del discurso de Elodio. Yo me quedé allí, escrutando el rostro de la muchacha y mucho más sus ojos. Eran el compendio de una mirada que a pesar de la aparente sumisión, no era mansa. De haber sido Chichita habría atendido menos la televisión y mucho más la expresión de un rostro paciente, que parece estar procesando mucho más de lo que se percibe a simple vista. La muchacha apartó por unos segundos, puede que menos, su atención de la rueda de prensa y se percató que la miraba. Sentí que le habló a mi cabeza, y de pronto fui yo quien se vio obligado a esconderse en la televisión.

Elodio terminó su mensaje y me sentí empujado a aplaudir, puede que hasta se me hubiese salido una lágrima. Chichita fue la primera en hablar para dirigirse a mí:

—Pero de veras que eres una máquina, ¿cómo lo haces?

No entendía en absoluto a qué se refería.

—La rueda de prensa —continuó Chichita—. Apenas concluye y ya están sus mejores frases en la red...

Tarde unos segundos en responder, pero mucho más en percatarme de que estaba escribiendo en mi celular casi en simultáneo y

sin la menor conciencia, conforme Elodio daba sus líneas maestras. Cerré la palma de la mano y me aferré al aparato telefónico.

Salimos de la casa una hora después, pero la conversación seguía siendo la misma. Para Claudio era una especie de James Bond de las redes sociales, armando la pistola 9 mm con los ojos vendados. Yo miraba el celular al vuelo de la metáfora. No obstante, Luis Fernando quiso bajarle intensidad a cualquier comentario que me exaltara. Prefirió darle todo el mérito al nuevo ecosistema en que son criados los niños hoy, es decir, con las computadoras como nuevos parques infantiles. Claudio y Luis Fernando, como para no perder la costumbre, se trabaron de nuevo en una pelea inútil para imponer su punto. Chichita los cortó de plano:

—Se llama *multitasking* —les dijo a ambos.

Melinda no intervenía aunque no dejaba de mirarme. Sentí en ella un cierto orgullo, lo que me hizo creer que ciertamente estaba dotado de un don que no había notado. Acerqué mi cuerpo al de ella y dejé reposar un poco mi ego allí. Revisé mi celular, y resultaba impresionante cuán rápido crecía mi popularidad. En poco menos de 24 horas, el incidente de los cochinos ya había recibido más de 48.000 vistas, pero los comentarios de quienes asistieron al espectáculo eran el verdadero néctar. Eran esos «hilos» que conectaban el suceso a los espectadores, los que movían los ladrillos del imaginario. En menos de 150 mensajes y comentarios ya la gente, con una facilidad que hacía reír, tenía sus teorías acerca de lo que había ocurrido; por un lado hablaban de una conspiración para acallar a punta de balas una enfermedad porcina, y por el otro decían que a diferencia de otros países aquí los policías no estaban preparados para enfrentar el trato interespecies. Uno de los mensajes más dramáticos era: «Estuve en la autopista con mis hijos, y solo tengo que decir que ya el cuento de los Tres Cerditos no será lo mismo».

Chichita Carrió interrumpió mi momento de lectura para pedirme que por favor cambiara la biografía de mis redes sociales,

porque a su juicio la manera en que me definía parecía avisar de un problema con la eyaculación precoz. Sin que lo viese venir, en la camioneta surgió un breve pero intenso problema acerca de la importancia de transmitir una identidad correcta, sobre todo considerando que ahora fungiría como el reportero del grupo. Las opciones que surgían no me gustaban en lo absoluto y el arqueo de fuentes de Luis Fernando, incluía a un bloguero que se atribuía la autoría de la frase «Marico el que lo lea». Las propuestas fueron acrecentándose en originalidad y decadencia, por lo que les pedí que nos concentráramos en llegar a la plaza a donde Elodio había convocado a quienes se sintieran parte de los hombres y mujeres «de buena voluntad», y que allí decidiéramos. Estuvieron de acuerdo. Claudio encendió la radio y allí pudimos hacer seguimiento a las reacciones que la rueda de prensa había causado en el mundo político venezolano. Nos sentimos, pues las sonrisas y comentarios así lo mostraban, muy entusiasmados y ansiosos por lo que íbamos a encontrarnos. Chichita aprovechó el tiempo para empolvase y hablarle al espejo de la guantera como si fuese una cámara de televisión. Opinaba ante un público imaginario cuán trascendente había sido el llamado de Elodio mientras «exhortaba» y «conminaba» a los ciudadanos a sumarse a la causa y rechazar a los enemigos del cambio. Por supuesto, era de esperar que Claudio no quisiera quedarse atrás y repasara también unas cuantas líneas donde abundaron palabras rimbombantes como «oprobio», «ignominia» y «satrapía». Luis Fernando lucía fastidiado de escuchar a los que «viajaban en primera clase» y los mandó a callar diciendo que nada iba a resolverse dando discursos ante las cámaras sino en la calle. A Claudio, el argumento no lo intimidó y defendió su posición explicando que nadie iba a salir a pelear si no era persuadido antes, y para eso ya tenía preparado un discurso monumental a prueba de periodistas incómodos. Volvieron a trabarse en combate argumentativo, mientras Chichita seguía maquillándose y Melinda se mostraba ajena, con la mirada fuera de aquel vehículo y una mano sobre mi muslo.

La plaza ya estaba atiborrada de gente cuando llegamos. Había una gran algarabía, banderas, carritos de perros calientes y buhoneros queriendo vender franelas con la cara de un Elodio mucho más joven. En el centro de la plaza había una tarima y luego de estacionar fue el lugar en el que acordamos atrincherarnos para estar cerca de donde Elodio hablaría. No fue nada fácil; tuvimos que atravesar un grupo de señoras vestidas de blanco y con lentes de sol que parecían multiplicarse conforme parecíamos dejarlas atrás. Llevaban paraguas, casi todas, para protegerse del sol de esa hora y hablaban entre sí usando un vocabulario donde estallaban frases como «esto es fin de mundo» y «éramos felices y no lo sabíamos». Esas dos líneas eran usadas de múltiples formas, en muchas oraciones y sentencias y se adaptaban a muchas épocas históricas. Les presté suprema atención, porque a medida que nos acercábamos a la tarima tuve el impulso de entrevistarlas para tocar unas cuantas fibras sensibles con sus testimonios.

Otro de los grupos clasificables que se dieron cita en la plaza, eran hombres de mediana y tercera edad, vistiendo *blue jeans* o bermudas, chemises unicolor y sandalias de cuero con medias. La combinación denotaba que o bien vivían muy cerca como para no sentir vergüenza por su estilo de «veré la vida pasar desde una hamaca en el balcón de mi apartamento», o simplemente la situación política era tan grave que les anulaba cualquier interés por estar vestidos más acorde. A diferencia de las mujeres con paraguas, estos hablaban muchísimo menos, pero sí compartían de vez en cuando alguna opinión de orden económico; sobre el precio de los repuestos de los carros, el de la comida en los supermercados y sobre que ya los sábados en la tele no eran los mismos desde que no presentaban a «Yuyito o la brasileña esa... Xuxa». Coincidían que el declive de la sociedad comenzó en el momento en que Gilberto Correa sustituyó a Amador Bendayán como animador, y aunque todos asintieron, prefirieron concluir que la verdadera decadencia

llegó: «cuando salieron esos hombres con abanicos en la televisión». No pude escuchar más, porque Melinda me arrastró hacia unos metros de la tarima. Se disculpó de sus formas, pero no de sus intenciones. Me dijo que en vez de estar perdiendo el tiempo escuchando estupideces debería estar arriba de la tarima junto con el resto de periodistas, para cuando Elodio llegara. Eché una ojeada, pero allí solo tenían cabida quienes podían sostener un cubo con el logo de un canal de televisión, y yo lo único con que contaba era con mi teléfono. «Es todo lo que necesitas». Su voz me dio vitalidad y mucho de virilidad. Así que para no decepcionarla, fui hasta la parte de atrás de la tarima y traté de subir. Por supuesto, unos gorilas me pararon en seco. Me levantaron de la camisa y me preguntaron qué hacía allí. Les expliqué pero no quedaron conformes. Trataron de arrancarme el celular para saber que no era un espía. Eso me ofendió. Iban a zarandearme cuando empezaron los gritos enardecidos de las personas de la plaza. Elodio estaba llegando. Abrazó a niños y ancianos, cargó bebés, y tuvo hasta tiempo de amarrarle las trenzas de los zapatos a un joven para que no se tropezara. Todo lo hizo sin sudar ni dejar de sonreír. Pensé que lo mejor era desistir de subir a la tarima y documentar su llegada, pero había tanto alboroto que apenas si podía moverme. Conforme Elodio fue acercándose, el oxígeno disminuyó por la aglomeración. Los de seguridad no se decidían a soltarme. Querían entregarme, decían, como un trofeo al jefe de seguridad de Elodio. Un tal «Estrada», dijo uno, aunque el otro rápidamente corrigió «Herrada». Elodio llegó casi flotando entre la gente, ayudado por sus escoltas. Antes de subir a la tarima se tropezó conmigo y me dedicó dos segundos de mirada fija. «Oye, muchacho, ¿qué haces aquí? Sube conmigo, para que veas cómo se escribe la historia». Los escoltas quedaron en una pieza. Ambos miraron a un hombre canoso de barba que les hizo un gesto de aprobación. Así fue que logré trepar a las cumbres más altas, detrás de Elodio y amarrado del brazo derecho de su jefe de seguridad.

Desde arriba, la plaza estaba distinta, multicolor y llena de ojos, y caras y brazos que se elevaban. Banderas ondeando y un sol que caía sin hacer estragos en los cuerpos de quienes se apretujaban para escuchar a Elodio. Este se paseó por la tarima, saludó desde allí a la masa que comenzaba a corear su nombre. Saqué el teléfono celular y empecé a registrar todo. Pensaba que de algún modo al intervenir mi propia mirada a través del lente de la cámara, no era yo quien vivía la experiencia, sino alguien más, puede que los miles que presenciaban en directo lo que ocurría. Hubiese preferido echarme a un lado y solo ver, sin la necesidad de captar las expresiones, las lágrimas, los gritos. Aunque es innegable que una parte de mí, sobre todo cuando Elodio se aproximó al micrófono, sentía que todo lo que había aprendido en La Quinta tenía al fin un propósito, un objetivo. Así que a partir de allí y por los próximos tiempos, ya mis ojos no eran esas esferas que llevaba en la cabeza, sino el lente, cuya imagen maximizada por la pantalla del celular, convertía la realidad en una experiencia que existía en la medida que fuese vista por otros ojos, atestiguada por otras mentes.

Elodio comenzó a hablar de una forma completamente nueva. Estaba mucho más exaltado que otras veces y en esta ocasión se le escaparon unos cuantos «carajos». Su visceralidad le hizo brotar el color rojo en el cuello y la cara, y puso a más de una viejecita a delirar y pedir ayuda a los paramédicos que observaban la dinámica del mitin con mucha atención. Habló del Ávila, diciendo que cada mañana se levantaba a admirarlo, y a rezar a Dios porque aquella montaña le diera la fuerza de seguir luchando. Luego insistió en que estábamos en una encrucijada en la que debíamos escoger si estábamos del lado del bien o del mal, y que el olor del mastranto comenzaba a perfumar el valle de Caracas y eso era señal más que definitiva de que llegaría la primavera. Para finalizar, usó la típica expresión de «cuando más oscura parece la noche es porque se aproxima el amanecer», lo que desató una oleada de desmayos y gritos de éxtasis del público.

Hice un paneo por los frenéticos asistentes, y en mi celular comenzaban a brotar miles de notificaciones de quienes seguían cada detalle de manera remota. Cada vez que se sumaba un nuevo espectador, sentía que mi corazón vibraba. Pensé en Mario y en cómo agradecerle, pero también en Luis Fernando por incluirme en la experiencia y mucho más en mi papá, quien de seguro iba a sentirse más que orgulloso de lo que hacía. Creí conveniente que apenas bajara de la tarima debía apertrecharme de algunos implementos básicos para continuar esta rutina. Podía ver a mis pares, los de otros medios, con toda la parafernalia, equipos costosísimos, logos de las empresas, pero sobre todo esos rostros que tenían tatuada la palabra: PRENSA. Me dio orgullo estar entre ellos, aunque muy dentro sabía que algo me faltaba para completar mi bautismo.

Elodio dijo a los asistentes que debía hacer un último anuncio y pidió guardar silencio. Se cubrió la plaza con un lúgubre silencio que arrasó con el alegre ambiente inicial. Habló en palabras muy grandes como para poder procesarlas de inmediato. De su boca salieron escenarios terribles tanto para él como para la «salud de la República». Argumentó que la clandestinidad posiblemente sería su acompañante y que la muerte tenía su nombre en la agenda. Quienes más gritaron con desesperación era un grupo de mujeres que portaban imágenes de Vírgenes de todas las advocaciones que movían hacia el cielo con una fuerza increíble. Elodio acusó a sus enemigos de cualquier cosa que pudiese pasarle e informó que esto no era sino el inicio de nuestra liberación definitiva. Quise aplaudirlo, pero la transmisión estaba por encima de mi emoción instantánea.

Elodio se despidió y comenzó a bajar por la tarima seguido por sus guardaespaldas. Las señoras que llevaban las Vírgenes lo cercaron y luego de llenarlo de besos y bendiciones procedieron a ponerle cuanto escapulario tuviesen. Tomé cientos de fotos del momento, y acompañaba cada imagen con leyendas impropias en mí, que acudían desde lo más olvidado de mis conversaciones con la mamá

de Cristipuchi. Estuvimos un rato allí, yo desde lo alto de la tarima y un remolino de gente queriendo algo, cualquier cosa de Elodio. Al final, este logró llegar hasta una moto que lo esperaba y desaparecieron al final de la avenida. Hubo segundos de angustia, como si de pronto en una película de acción muriera el héroe en la primera escena. ¿Y ahora qué hacemos?, escuché decir no muy lejos de mí.

Un muchacho que reunía 20 de 21 características para ser catalogado como *hipster*, tomó el micrófono. Saludó, gritó, casi lloró, cada cosa en un ciclo que se repitió unas cuatro veces, hasta que comenzaron a prestarle atención. Era una máquina para lanzar palabras, comenzó sin mucho protocolo a girar instrucciones, y a dar a conocer la agenda de protesta que vendría. No buscaba aplausos, ni tampoco que le adoraran: su papel, de comunicador, lo cumplía a cabalidad. Pensé que era importante apuntar cada dato, pero no hubo necesidad porque conforme avanzaba en su discurso llegaban a mi buzón de correo electrónico los detalles de cuanto decía. Así supe que esa misma noche se haría en la plaza una vigilia organizada por un grupo de mujeres, para luego en la mañana marchar hasta el mismísimo Palacio de Gobierno. Ya después, la semana se nutría de una infinidad de actividades cuya diversidad consideré mejor profundizarlas a través del PDF que habían enviado a mi correo electrónico.

Bajé de la tarima y traté de encontrar a Melinda. No reconocía a nadie, y tampoco me sentía muy cómodo entre los grupos de gente que buscaban agua y provisiones para pasar la noche. Pude ver que poco a poco la plaza, con un disimulo muy bien sincronizado, se llenó de baños portátiles, grandes pantallas de tela, y la propia tarima subió varios niveles al incorporársele más cornetas y toda una estructura de luces similar a las que se usan en conciertos. Pusieron algo de música para amenizar la espera y las esquinas se llenaron de buhoneros que vendían desde jugos hasta gorras y franelas con la cara de Elodio y una leyenda bajo su rostro: «Nos une».

Cuando llegó la noche las antorchas comenzaron a encenderse. A alguien le pareció «cuchi» proponer hacer una pequeña procesión por los alrededores de la plaza, portando las luces y leyendo fragmentos del discurso de Elodio. Las que encabezaban la marcha eran las mujeres de las Vírgenes. Todas ataviadas de escapularios, pero también con mantillas que parecían bordadas y les daba el aspecto de las campesinas a quienes la Virgen de Fátima les reveló unos cuantos misterios. Como no encontré a ninguno de los muchachos y tampoco contestaban sus teléfonos, creí que debía poner manos a la obra y aprovechar para recoger algunos testimonios. Entrevisté a unas cuantas señoras, pero no aguantaron cinco palabras sin decir alguna vulgaridad o ponerse a llorar. Había gente más joven, muy entregados también a la cadena de oraciones que le rogaban a Dios que recuperara el carácter que mostró en el Antiguo Testamento y arrasara en una noche a todos los que quisieran atentar contra Elodio. Pensé que podría sacarle algo de provecho si enfrentaba en algún video al Dios opresivo de los babilónicos, que no comía cuento para echarse por el pico a cuanta mujer o niño no se le hincara, y ponerlo a pelear con el Dios posmoderno que apelaba más a la intermediación diplomática de su hijo Jesús. Aunque creo que desistí de la idea porque no iba a tener muy buena prensa si me ponía a relucir las incongruencias sagradas. Así que seguí enviando mini crónicas a medida que bordeábamos la plaza y nos deteníamos en las puertas de los edificios donde un grupo de clones de las señoras que iban en la procesión tenían levantados algunos altares con figuras de santos. En uno de los edificios reconocí a la mamá de Cristipuchi, quien le lanzaba pétalos de rosas a una Virgen de casi tamaño natural que alguien bajó de su apartamento para ser bendecida por las llamas de quienes caminaban esa noche alrededor de la plaza.

—Hola, señora Cristina —la saludé.

Ella al principio no me ubicó pero luego se acomodó los lentes y abrió sus grandes ojos azules.

—Muchacho, ¿dónde te has metido? La niña estaba muy preocupada...

—Prometo que la voy a llamar, al final de la noche. Luego de la procesión.

La señora Cristina dejó de prestarme atención para admirar el paso de sus correligionarias. También les lanzó pétalos a quienes iban en la vanguardia.

—¡Ay, mijo!, esto es lo que le falta a este país. Volver a la senda de Cristo. A que la Virgen nos envuelva con su santo manto y nos proteja de esta caterva de malnacidos que parece, eso dicen por allí, tienen pactos con el diablo —su rostro se cruzó de líneas de expresión.

Dirigí el teléfono directamente a su rostro, era el mejor testimonio que tendría esa noche.

—¿Por qué está en la plaza hoy? —pregunté.

—Para ver si salimos de una buena vez de este infierno —contestó decidida.

—¿Cómo cree que podamos lograrlo?

—Ay, hijo... humillándonos ante Cristo. Encomendándonos a la Virgen del Rocío... no sé si a la del Valle o a la de Coromoto, porque... a ver cómo te lo explico... son Vírgenes, sí, pero menores. Dios les dio la misión de aparecerse a los indios de por aquí, pero ya ves... no entendieron *nothing at all*. Fíjate que aquí en este saco tengo tierra directamente del Monte de los Olivos y en este frasquito, un poquito de agua del río Jordán a ver si nos ayudan...

—¿Cómo los obtuvo?

—Los compré por internet. Pero vienen con su certificado de autenticidad. Aquí puedes verlo —puso las etiquetas frente al lente del celular—. La niña, tu Cristipuchi, se burla de todo esto... porque se ha apartado del camino de Dios y yo sé que en el fondo la

culpa la tienen todos estos años de comunismo en que hemos vivido. Cada noche le rezo a Dios porque los barra de la faz de la tierra o al menos que nos guíe con su mano santa para exterminarlos para siempre —su ceja saltó levemente.

—Han incluso pretendido legalizar el aborto. ¿Qué opinión le merece eso? —le dije para azuzarla un poco.

—Ay, mijo... eso sí que no, todos somos hijos de Dios, y solo él da y quita la vida...

Me despedí de la mamá de la Cristipuchi, prometiéndole que apenas pudiese llamaría a su hija. Ella me hizo la cruz en la frente con cenizas que ella misma recogió de una fogata que vio cuando visitó Jerusalén. Aunque inmediatamente reconoció que no tenía certificado de autenticidad y que era mejor no hablarle de eso a la Cristi, porque «la niña» iba a dar su versión falsa de que aquellos no eran residuos santos, sino probablemente los restos de una casa que casi seguramente le habían destruido a una familia palestina.

Me alejé de aquella devota, recordando que Cristipuchi ya me había contado la anécdota de la supuesta ceniza bendita de su mamá. Aunque también recuerdo que no tenía una única versión para hablar de su origen nada divino. En cualquier caso, la cruz de ceniza en la frente me abrió la oportunidad de ser recibido con entusiasmo por el ala radical de la procesión, que eran las viejitas que llevaban las Vírgenes de yeso. No sé si era por la hora o por los cánticos, pero cuando ya llevábamos unas dos horas de actividad, comenzaron las experiencias extáticas que por supuesto, lo percibí como un regalo de la providencia, para darle el toque de interés que hacía falta.

Una muchacha era cargada por un grupo de jóvenes para llevarla hasta los paramédicos, pero las líderes de la procesión detenían a cada desmayado, escrutándoles en el rostro y en el cuerpo cualquier cosa que pudiese ser considerada una señal divina. Con los

tres primeros, el síntoma médico de deshidratación hacía tambalear las ansias de todos, pero el cuarto desmayo, no sé si por urgencia o por verdad, fue catalogado como un caso «místico». Una de las señoras que portaba una pequeña Virgen gritó: «Es escarcha, es escarcha»... y la señaló con su dedo generador de mitos, con lo cual logró no solo que decenas detuvieran la marcha para arrodillarse y rodear a la mujer tocada por la santidad, sino que activó una lluvia de flashes y periodistas curiosos que no querían perderse el acontecimiento. Logré sortear los cuerpos de creyentes para tomarle una foto en primer plano a la mujer, pero al ver su rostro no pude ver lo que otros veían. «Es solo sudor» dije en voz baja... y quise hacerlo saber de buena manera al resto de los asistentes, pero sus caras, sus posturas, parecían necesitar con severa urgencia ese milagro o como pudiera llamársele, así que opté por no acotar nada.

Cubrir la marcha nocturna fue un verdadero éxito. Tuve miles de seguidores en la transmisión en directo y una cantidad nada despreciable de excelentes comentarios. Claro que no faltaron los pesados que deseaban hacer un paralelismo entre la magnífica iniciativa de las viejitas de las Vírgenes con las escandalosas jornadas que protagonizaron los Ku Klux Klan en la Norteamérica de siglo xx, sobre todo por la imagen de las antorchas encendidas o los mapas de Venezuela que construían usando velas encendidas. Aunque al revisar las fotos, ciertamente algunas rememoraban uno que otro ritual satánico o wicca. Fue un duro golpe, me refiero a comprobar que no todos compartían la misma idea del significado de lo que hacíamos al batallar por y para Elodio.

Al principio optaba por ignorarlos, pero en un punto comencé a responderles con cierta visceralidad. Mis seguidores me apoyaron, así que al cabo de unos minutos no tuve que ser yo quién blindara la causa. En cualquier caso, la experiencia me sirvió para ser mucho más cauteloso con lo que hacía, pero también me dio más ímpetu al comprobar que estaba bajo la atenta observación de los enemi-

gos y que tenía una gran responsabilidad en educar a esa masa de incrédulos que aún se mantenían alejados del mensaje de cambio que defendíamos.

En la plaza, pude comer gracias a las contribuciones que llegaban a toneladas. No eran grandes manjares pero al menos me permitieron sortear las horas más difíciles. El frío era terrible a eso de las dos de la mañana, y aunque recorría los grupos de gente que hablaban de Elodio, del futuro y de lo que ellos mismos debían hacer, no lograba entrar en calor. Posteaba fotos, los entrevistaba; sin embargo, me tenía desconcentrado que Melinda, Luis Fernando, Chichita y Claudio habían desaparecido. De algún modo podía entenderlo, ya desatados los acontecimientos cada quién tenía una tarea que cumplir, y había reglas a respetar. No llamar por celulares era una de ellas, quizá en la que más hicieron énfasis. En La Quinta nos advirtieron que no más Elodio lanzase la declaración, todos seríamos objetivos a perseguir. Así que lo más conveniente era no graficar la cercanía de nuestras relaciones a través de mensajes de texto, llamadas, mucho menos cometer la estupidez de etiquetar a nadie en las publicaciones que hacíamos virales. Pensé de pronto en lo que le había prometido a la mamá de Cristipuchi y tomé la determinación de mantenerla a ella y mi papá lejos del radar. Sentía que ellos y yo estábamos más a salvo si no podíamos comunicarnos. De seguro serían unos días nada más, así que los bloqueé a ambos en mi celular. Sé que podría parecer una tontería, pues en este mundo de hoy es prácticamente imposible desaparecer del todo y nada más tener el aparato en mis manos me volvía vulnerable. Mi seguro de vida, mi estrategia de camuflaje, era mantenerme en movimiento.

Esa noche dormí profundo en una gran tienda de campaña que instalaron en el centro de la plaza. Tuve las mejores atenciones de un grupo de voluntarios que reconocían mi labor como muy importante por llevar la verdad al mundo. Por la mañana tuve la oportunidad de cepillarme y lavarme la cara en un restaurante cercano

que brindaba ese servicio a cualquiera que se identificara con la causa de Elodio. Me sentía en algún festival de música, en Woodstock o en Lollapalooza, rodeado de comunes que nos reconocíamos sin necesidad de estrechar nuestras manos y decir nuestros nombres. Era una grata experiencia. A eso de las diez de la mañana, un hombre que hablaba desde la tarima de la plaza comenzó a informar que en unas horas íbamos a comenzar a concentrarnos para salir en una marcha hacia el centro de la ciudad.

La plaza fue llenándose de gente de todas las edades, que traían pancartas de diversos tamaños. Estaban muy entusiasmados, como si en efecto la metáfora del festival de música hubiese calado silenciosamente en ellos. Me impresionaba que los mayores contingentes de personas pudieran dividirse entre muy viejos o muy jóvenes. Puede que haya sido una apreciación sin asidero; sin embargo, me hizo creer que era posible que Elodio hubiese logrado conectar dos generaciones que aunque no convivieron la mayor parte de las épocas políticas, sí coincidían acerca de la necesidad de ir en otra dirección. Sentí que en esa intuición había una veta que valía la pena abordar, así que comencé a escarbar en la masa de gente, buscando «mi pepita dorada», mi declaración soñada, que lograra corroborar la intuición. Abordé a un grupo de hombres y mujeres que se cubrían con unos paraguas con motivos florales. El sol se filtraba a través de las flores y les pintaba la cara de colores violetas y rosa. Me presenté y mostraron muchísima disposición a dejarse entrevistar. Hablaron con soltura sobre una época pasada o dorada, dónde no se recordaba hambre o enfermedades, y en la que solo bastaba desear para obtener cualquier cosa que se soñase. Algunos acotaban que extrañaban beber leche Klim y también ser directores de empresas ligadas a la actividad petrolera. Ese tiempo, otro y mejor, que fueron los años de los que también hablaba mi papá, era narrado a la cámara del celular con un enamoramiento que tenía tiempo sin ver y me recordó la escena de *Casablanca* en la que Bogart le

dice a Ilsa «Siempre tendremos París...»; con la diferencia de que ellos estaban sin poder irse en el avión sino atascados allí, con una nostalgia y una desdicha que les rellenaba el ánimo a partes iguales. En cualquier caso, cuando les contaba que teníamos espectadores de gran parte del mundo, se les reactivaba la sonrisa y continuaban divagando en detalles que hubiesen sido del agrado de Chichita Carrió, especialmente cuando mencionaban la cultura ciudadana que existía en el Metro de Caracas y que lamentablemente nunca llegó a trasladarse a la superficie de la ciudad.

Con los grupos de jóvenes, los testimonios resultaron, debo reconocerlo, más aburridos. Muchos de ellos mostraban disposición a hablar; sin embargo, no profundizaban tanto en el país como sí en sus sentimientos. En la desesperanza que les provocaba que hubiese una parte de los ciudadanos que se negaran a evolucionar y dar un paso al costado justo en el preciso momento en que se anunciaba con mucha esperanza que en muy poco tiempo comenzarían los vuelos turísticos a Marte. Les pregunté por Elodio y qué opinaban de su llamado.

—Me gusta —respondió uno. Un muchacho de ojos café y cabello recién cortado.

—¿Y qué te gusta? —Indagaba.

—Bueno, no sé, que él es él, ¿sabes?; que quiere que el país salga adelante y cambiemos. Fíjate, yo lo veo así, por un lado están quienes no quieren un cambio y solo hablan del pasado, y del otro está Elodio que quiere llevarnos al futuro.

—¿Y cómo imaginas ese futuro?

—Bueno, como el pasado, es decir, como los tiempos que vivieron mis padres... yo quiero la Venezuela de la que me hablan mis padres...

Luego de esas declaraciones, el muchacho fue a refugiarse bajo el paraguas floreado de quienes había entrevistado antes. Desde allí,

todas las generaciones me saludaron con afecto y me mostraban sus celulares para agradecerme la rapidez con que sus impresiones de política interior comenzaban a producir efectos positivos en aquellos que no podían acompañarnos en la plaza ese día. También los saludé y les agradecí, pero justo cuando me disponía a tomarles una foto grupal que me pedían con excesiva urgencia, comencé a verla.

Fue una experiencia muy extraña, que no sé cómo explicar. Detrás de ellos, del contingente de personas que deseaban ser retratadas, pude ver la cara borrosa, desenfocada de una mujer que vestía de negro y dorado. Dos círculos, en el lugar en que debían estar sus ojos, brillaron de forma horripilante. Me espanté. La visión duró unos segundos, fue demasiado efímera como para que pudiese saber si acaso era alguien real. Restregué mis ojos y eso pareció preocupar a quienes esperaban la foto. Cuando la tomé, me acerqué a ellos para mostrárselas y preguntarles si no se habían dado cuenta de la mujer que estaba detrás de ellos. Ninguno dio una respuesta afirmativa, aunque atribuyeron el fenómeno posiblemente a infiltrados de los cuerpos de inteligencia que buscaban información.

—Están donde menos lo imaginas —me dijeron casi que en coro.

Tuve que apartarme del celular e irme a sentar al borde de la fuente principal de la plaza. Respiré. Aún tenía la piel erizada y cuando apretaba los ojos para sacudirme el brillo del sol o la propia impresión, lo único que se formaba era esa cara aterradamente fugaz. Pensé que lo mejor era irme a desayunar, o a refrescarme. En cualquier caso alejarme un poco del bullicio del lugar, al menos hasta que dieran la orden de partir. Encontré algo de paz en un café cercano. Allí puse a cargar el celular y pedí un desayuno americano. Comí más por necesidad que por ganas, mientras veía la televisión. En un programa, a eso de las once, aparecieron Chichita y Claudio como entrevistados. No me sorprendió verlos allí. Se notaban más ansiosos que nerviosos, con una actitud de quienes sienten que ha llegado su momento. Terminé de comer y pagué la cuenta. Luego

me acerqué al televisor y vi parte de la entrevista. Chichita lució sólida y sin fisuras, nada de teorías o propuestas estrambóticas sino más bien reflexiones que apelaban a cierto lado sensible de la audiencia. Claudio se extendió más en explicar la base fundamental de la propuesta de Elodio, no sin aprovechar en varias ocasiones de pedirle a quienes lo sintonizaban que visitaran su blog personal. Ambos hacían muy buena pareja, y supuse que iban a terminar de novios en algún momento.

Regresé a la plaza, después de que lograra zafarme por completo de la extraña experiencia que había vivido. Había cientos, puede que miles de personas congregadas, una energía difícil de describir, por lo que preferí que fuesen otros quienes pudieran adjetivarla luego de tropezar con las imágenes que lanzaba de manera vertiginosa al ciberespacio. Volví a llenarme de vitalidad y entusiasmo. Desde la tarima dieron la instrucción de avanzar y aproveché para correr hasta los primeros manifestantes. Iban detrás de una gran pancarta que decía «Elodio somos todos».

La vanguardia era un grupo de jóvenes que llevaban tambores. Amenizaban la experiencia política dotando el viaje por la ciudad de un ambiente entre lo circense y lo fiesta patronal. Portaban, muchos de ellos, los uniformes de su colegio de secundaria, lo cual generaba una ternura automática de quienes les lanzaban bendiciones y gritos de apoyo desde los balcones de algunos edificios a lo largo de la calle. Se mostraban alegres de recibir los elogios, aunque no tanto como para perder la solemnidad del por qué marchaban. Detrás de ellos venía un contingente de mujeres vestidas de blanco que repartían estampitas de santos, abrazando las figuras de Vírgenes que habíamos visto la noche anterior. Muchas de ellas me reconocieron y me colgaban del cuello escapularios para que me protegieran durante la jornada. Lo agradecí, aunque mi cuerpo ateo resintiera el regalo. No quise quitármelos, porque de algún modo me hacía parte de lo que vivía y eso valía mucho más que un chaleco antibalas con la palabra *PRESS*.

Me quedé estático en la jardinera de un edificio que me permitía una toma bastante decente de la enorme manifestación pública. Pero al rato sentí que me estaba perdiendo lo mejor y entré al río de gente. Quería atrapar la esencia misma de lo que ocurría, tomar fotografías, titular, mover las emociones a través de una imagen de algunas mascotas que nos acompañaban o de los personajes más pintorescos que pudiese hallar. La propia gente, al ver mi interés por recopilar cuánto pudiese me guiaba. Fue así que llegué hasta un hombre sin camisa que tocaba un cuatro e iba improvisando letras contra los adversarios de Elodio. Me dejó grabarlo unos segundos, antes de hacerme saber que lo estaba retrasando. Luego me pareció conveniente inventariar las pancartas que fuesen más llamativas y concluí mi primera incursión fotografiando a un grupo de actores y actrices que hacía muchísimos años no veía en televisión.

Me hiqué en el suelo para grabar una bandera gigante que pasaban sobre mí. Ondeaba llenando el asfalto de amarillos, azules y rojos. Pensé en si sería verdad eso que le escuché decir a mi papá, de que hubo un tiempo en que a la gente le daba vergüenza usar prendas con el color de la bandera y que el «Alma llanera» sonaba en las fiestas solo para que los invitados entendieran que ya era hora de irse a su casa. Eso me parecía tan extraño al estar allí, cuando todos estaban felices de estar rodeados de colores primarios. En cualquier caso, recuerdo que no me lo decía con espíritu aleccionador o de crítica, sino para demostrarme una vez más que la fragilidad de Venezuela residía fundamentalmente en que «aquí a la gente le gustaba barrer los problemas bajo la alfombra antes que verle la cara a sus propios demonios».

Cuando las detonaciones comenzaron, yo estaba en la cola de la marcha. La había recorrido por completo y había olvidado que la cobertura más importante estaba en la vanguardia. Cuando empecé a correr hacia adelante, una masa caótica de rostros espantados que venían en dirección contraria me derrumbó. Comencé a sentir la asfixia

de la embestida, los pisotones de aquellos que apenas se percataban estar aplastando a un hombre en su huida. En varios momentos tuve arrestos de levantarme, pero con la atención puesta en evitar se me cayese el celular, no pude mantener el equilibrio. Alguien me tomó de la franela y me arrastró con extrema fuerza lejos de lo peor de la locura en que se había convertido la calle. Un hombre de unos cincuenta y tantos, macizo y con unos rasgos extranjeros se arrodilló. Me preguntó cómo estaba, si necesitaba ayuda médica. Le contesté con negativas. Me dio agua y se quedó allí, hasta que pude levantarme por mis propios medios. Le agradecí la ayuda y él solo se me dijo que el truco era «dejarse llevar por la estampida».

—Fluye con ella, nunca te resistas —y me dio un espaldarazo. Luego desapareció.

Seguí corriendo, esta vez con mayor decisión, hasta que el aire se volvió irrespirable. La mayor parte de quienes venían en la marcha ya no se encontraban, al menos el escuadrón de las Vírgenes y los tambores carnavalescos. Ahora se había formado una línea de gente distinta. Estaba compuesta exclusivamente por muchachos que se cubrían el rostro con franelas y devolvían las bombas de gas que la policía les lanzaba. La escena era conocida, y bajo la óptica de la cámara, se activaba una memoria recurrente de las luchas civiles en Latinoamérica. Sin embargo, a medida que se estabilizaba la refriega, apareció un grupo de hombres y mujeres que se protegían con escudos pintados de diversos motivos y diseños. Ellos sí portaban máscaras antigases y avanzaban con mayor orden en el campo de batalla en que se había convertido la autopista.

La dinámica consistía casi por completo en devolver las bombas de humo que lanzaba la policía, hasta que el grupo se fue haciendo más homogéneo y se materializaron las primeras cien páginas del *Libro de cocina del anarquista*. Allí fue cuando comenzó la verdadera guerra.

Sentí que era mi gran oportunidad y aunque no era el único que reportaba los sucesos, era quien más se arriesgaba. Hacía videos y conforme lograba las tomas que requería aprovechaba para uno que otro *close up*. Supe en el instante más fuerte de la pelea, que si esto se extendía debía trabajar en campo con algo más que un celular. Tal vez una cámara con *zoom*, un aparato que me permitiese captar con mayor detalle las estampas que se quedaban pegadas a mi retina. Los cuerpos volando por efecto del choque de los potentes chorros de agua, el sudor que corría por las frentes de quienes portaban los escudos, las máscaras improvisadas por franelas o por la conocida de Guy Fawkes que se popularizó con la película *V de venganza*. En un atisbo de surrealismo que me provocó un protestante que atravesó la autopista completamente desnudo, pensé con qué se cubrirían el rostro si *V...* no se hubiese filmado. Creí que una buena publicación para algún blog político tenía que explicar cómo Hollywood provee la mercadotecnia de las rebeldías sociales alrededor del mundo. Aunque ese pensamiento apenas si logró algo de atención ante las monumentales imágenes que tenía frente a mí. No puedo decir que sintiese indignación, solo quería registrar cada movimiento, cada gota de sangre que surgiese, cada lamento, no perder la forma en que, por ejemplo, una joven levantaba una piedra del suelo y la proyectaba a través de una resortera contra los policías sin temor a represalias. Esos eran los cuadros que buscaba y que necesitaba perpetuar en otras mentes fuera de allí, que pudiesen vivir en sus sofás y cómodas poltronas la lucha que tenía lugar en las calles de Caracas. La batalla que protagonizaban decenas de manifestantes poseídos por fuerzas más allá de la condición humana, y cuyos rostros bien podían ser como los de Melinda o... ¿Melinda? ¿Qué hace Melinda?

La mujer de la resortera, era Melinda. Mi adorada Melinda, reconocible solo al quitarse la máscara, aunque las curvas de sus nalgas filtraran algo de su identidad. Se restregaba los ojos y marcaba su

rostro con una crema blanca. Estaba preocupado, sensiblemente mal por lo que pudiese ocurrirle; sin embargo, también estaba conmovido por su temperamento, por la manera en que se abría paso por entre otros igual de salvajes que ella y lanzaba sus proyectiles contra los carros blindados o contra el cuerpo de otros humanos. El campo de batalla de pronto fue reducido a ella. No existía nada más. Ni gases, ni cohetones saliendo desde la brecha que dejaban los escudos, ni explosiones multicolores que se mezclaban con la luz de la tarde.

Melinda era mi mujer maravilla o al menos así la empezaron a catalogar en el *feedback* generado por mi reporte de los hechos. Pienso que la impresión que me causaba era porque en el fondo yo no era como ella, y con esto me refiero a la capacidad para enfrentar tan terribles circunstancias. Mi papá me había criado con el temor sobrenatural de un niño hemofílico y después de la muerte de mi madre, el nivel de protección creció hasta el nivel de David Vetter, el niño burbuja. Esa obsesión era comprensible, y no se lo echo en cara, pero al menos habría requerido un poco más de coraje, no solo para lo que tuviese que ver con los desafíos físicos, sino de alguna manera también para las relaciones interpersonales. La filosofía de papá podía resumirse en la expresión: «Caer como los gatos. Siempre sobre las patas». Lo que equivalía a una ideología moral omniabarcadora que implicaba no comprometerse con nada ni nadie, y mucho menos tomar partido sin antes ver de qué lado caía la moneda. Al ver a Melinda metida de lleno en la batalla, sentí vergüenza de la lógica paterna y entendí que en parte había aceptado ir a La Quinta porque algo muy dentro me pedía huir de esa auto preservación egoísta. No ir contra mi padre, sino contra la manera en que me protegía del mundo.

Seguido de cerca por todos esos sentimientos, corrí como un loco, o como corren los enamorados, lo que es igual, cuando me di cuenta de que unos policías habían logrado atrapar a Melinda. Ella

daba patadas, mientras que sus compañeros de armas, o de resorte-ras, cohetones y bombas caseras, la dejaban a merced de su propia suerte. Metí el teléfono en el bolsillo, contraviniendo los mandamientos de la cibercultura y estrellé mi cuerpo contra los policías.

No supe más de mí, por un rato. Apenas pude abrir los ojos, me dolía todo el cuerpo. Me costaba moverme, pero sabía que estaba tirado allí en la autopista, sobre el asfalto caliente y con la mente más llena de cuestionamientos que de respuestas. Una cara se atravesó en mi observación obligada del cielo.

—Tú sigues empeñado en no dejar que fluya... —dijo un hombre que reconocí más tarde, como el mismo que me había salvado de morir aplastado en la estampida una hora atrás.

Me ayudó a incorporarme y me arrastró hasta el hombrillo. Allí me sentó y me dio un poco de agua. Ya las cosas estaban más cal-madas y algunos carros comenzaban a circular ante los gritos de uno que otro manifestante rezagado que les gritaba vulgaridades por no sumarse a la lucha.

—Es mejor que nos vayamos de aquí... creo que necesitas re-ponerte —me dijo.

—Disculpe, amigo, pero necesito encontrarla —miré a todos lado buscando a Melinda—. ¿Sabe si se la llevaron?

—Mira muchacho, lo mejor es que te curemos esa herida de la cabeza...

Me llevó hasta donde un grupo de personas que vestían de verde y enarbolaban una gran bandera del mismo color con la cara de José Gregorio Hernández. Allí me lavaron la herida y vendaron la cabeza. El hombre me dijo que se llamaba Belisario y propuso su casa como un lugar seguro, al menos hasta que todo se calmase. Acepté seguirlo, en parte por agradecimiento, pero también porque necesitaba recostarme en un lugar cómodo.

Su casa no quedaba muy lejos, era realmente un *penthouse* gigantesco que se encontraba en un edificio que debía tener no menos de cuarenta años. El sitio parecía más el taller de un pintor que la residencia de alguien. En el fondo de lo que podría ser considerada la sala, había un cuadro inmenso que semejaba la pintura mural de Diego Rivera. Tenía una gran leyenda que lo atravesaba de lado a lado «La paciencia es la única gula que puede permitirse el pobre». Las imágenes eran ranchos desperdigados en una gran sabana y de las ventanas y las puertas solo salían perros famélicos. No había humanos en el mural, por lo que no entendí el mensaje expuesto. Belisario se acercó con un vaso de agua y se quedó junto a mí viendo la pieza de arte.

—Para el poder todos somos unos perros —dijo.

—¿Es usted pintor? —le pregunté.

—Sí y no. Algún día lo fui... pero ya no. Me cansé de ver el mundo que quería o aborrecía en mi mente. El artista está condenado a sufrir y me harté... ahora solo miro el mundo, sin juzgarlo, sin quererlo pintar.

—¿Y no lo extraña?

—Nah, llegas a un momento de tu vida que ya empiezas a preocuparte por el tiempo que te queda. Extrañar es para los que no se han enterado que se van a morir...

Comenzamos a caminar por el apartamento, o bueno fui yo quien empezó a recorrer los espacios. Tenía cientos de cuadros, de todos los tamaños, también una que otra escultura, paletas tiradas en el suelo, óleos abiertos, lienzos rotos y sucios.

—¿Y vive aquí solo?

—Nunca estoy tan solo como en verdad quisiera... cuando no hay alguien como tú por allí, pues estoy yo... ya ves... es imposible la soledad total.

—Disculpe que le pregunte... pero, ¿tendrá algo de comer? —
Me sentí de pronto como un indigente o un leproso. Podía bajar y pagarme algún restaurante; sin embargo, tuve ese arrebato de no querer volver a la calle, al menos no de inmediato. Belisario sonrió y se mostró cortés, me pidió que lo siguiera a la cocina. Era un lugar avejentado, pero que mostraba los signos de haber sido de una opulencia respetable puede que dos décadas atrás.

Abrió la nevera y estaba repleta de comida. No habría apostado por ello, no al ver el estado del apartamento. Agradecí por haberme equivocado. Comimos salchichón, pan y vino. También aceitunas y queso madurado. Apenas si tardé cinco minutos en acabar con todo. Belisario no comió, aunque parecía disfrutar que yo lo hiciera.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Cuál es tu afición por barrer el piso? —rió, no de manera estruendosa, sino más bien amistosa.

Creo que tampoco había pensado mucho en una razón para lo que hacía. Tuve que improvisar.

—Reporto lo que está pasando en las calles...

—Eres una especie de periodista...

—Sí, algo así...

—Ahora todos los que tienen un telefonito ya se creen reporteros y no tienen un mínimo de respeto por la profesión, espero que no seas de esos —dijo sin tacto.

Me sentí un poco apenado aunque también irritado por el comentario. Lo hubiese hecho por sus palabras, aunque su tono no parecía acusador o moralista así que me lo tomé como un desahogo que no me incumbía. Él, creo que entendió que estaba en terreno movedizo y se echó para atrás, se disculpó y luego me contó que había estado casado con una gran periodista a quien admiró muchísimo hasta que lo abandonó para irse con un escultor; un pseudoartista, según Belisario, que había construido su fama a costa de fundar una escuela que prácticamente se dedicaba a edificar

«falos de mármol gigantes» en sitios como grandes bancos, corporaciones y sedes de gobierno para denunciar que el mundo no era redondo sino un «gran y maldito glande que viola todo lo que ve», Belisario citaba al artista. Le dije de una manera bastante superficial y quizá para congraciarme con él, que a veces sentía que los artistas actuales abusaban en su crítica anti sistema, pero él no estuvo de acuerdo, me paró en seco para decirme: «El muy maldito se habrá cogido a mi mujer, pero le reconozco que tiene razón». Entonces, allí escuchándolo, no supe con quién estar de acuerdo, o si tenerle rabia o simpatía al artista de los falos. Belisario se levantó y se fue hasta un grupo de cuadros que tenía arrumados en un rincón y sin mucho cuidado, sino más bien haciendo lo posible para que en la manipulación algo se rompiese, sacó un cuadro donde sobresalía la imagen de un hombre barbudo con el nombre de Abraham, quien parecía estar a punto de sacrificar a otro sujeto; sin embargo, este último en vez de rostro, tenía un pentagrama con una única nota musical. Belisario lo puso frente a mí, informándome que esa basura no era arte: «El cuadro se llama *Patriarca-Do*. ¿Puedes creerlo?» y se rió de manera estruendosa y desproporcionada. La pintura era bastante vanguardista y aunque no era de mi gusto, podría apostar que Cristipuchi lo hubiese comprado solo para cagarse en su mamá y las historias bíblicas. Sin embargo, me apuré, cosa que no volví a hacer en lo sucesivo, en decirle que también me parecía una basura. Belisario vio el cuadro y resopló:

—Sí, lo pinté el día en que mi esposa me abandonó —dijo.

El resto de la tarde conversamos de cualquier otra cosa. Me escuchaba de forma paciente mientras le hablaba de Elodio y de mi aporte en la lucha. No emitió ningún comentario; sin embargo, su cara tampoco parecía juzgarme, lucía más bien como un padre preocupado porque sabe que su hijo está entrando en la adolescencia y tendrá que lidiar con el desbarrancadero que las hormonas son para el alma y la razón. En un momento me dijo que parara de

hablar porque tampoco era posible disertar sobrio en torno a la política. Fue por unos tragos de whisky y los sirvió en dos vasos de cristal, sin hielo. Sentí el líquido en el paladar y pensé en las calles de Pompeya al enfrentarse con lo peor del Vesubio, después también me vino un recuerdo vago de haber leído en alguna revista de variedades que el trago favorito de Elodio era el whisky de malta con agua *sparkling*. Hice el comentario, no a Belisario sino a mí mismo, aunque quizá lo hacía en voz alta para que él escuchase. Por supuesto, lo hizo y me dijo que él en eso era muy mente abierta y que una vez escuchó decir al mismísimo dueño de una famosa empresa de whisky escocés, que no existía una forma correcta de beber, sino que uno debía hacer lo que le daba la reverenda gana sin someterse a ninguna regla o convención artificial. Así que Belisario concluyó que ante tal opinión experta, uno lo que debía era hacer caso.

Cuando el licor empezó a desbalancearme, le pedí que me dejara dormir un poco. Estuve al menos dos horas pensando en hacerlo. No me parecía lo más conveniente cerrar los ojos y abandonarme por completo en la casa de un extraño, pero la verdad es que el golpe recibido, y las pocas horas que dormí en la plaza terminaron por ganarle a mis mecanismos de defensa. Mientras me recostaba en el sofá, pensé que la gran culpa de haber dinamitado la confianza con los semejantes la tenían las series de televisión. Me fue imposible dormirme sin pensar en Cristipuchi y en que era adicta a todos los programas que se encargaban de detallar con excepcional saña los crímenes más horribles que se pudiera uno imaginar. Además de que gracias a esas traducciones chileno-mejicanas (dizque latinas) uno terminaba creyendo que todo el mal estaba concentrado en Austin, Texas, escenario predilecto de la mayoría de las mutilaciones, decapitaciones, enterramientos, incineraciones y apuñalamientos que tenían lugar en el mundo. Eso sin contar que ya era imposible pensar en una casa con sótano y que uno no se preguntara si habría alguien sodomizado o secuestrado en él.

Por andar meditando en esas cosas, la siesta no fue placentera sino más bien pesada, como un mal polvo mezclado con una horrible resaca. Al levantarme del sofá, estábamos en pleno ocaso y el apartamento había sido reducido a la mitad por la ausencia de luz. Había una quietud excesiva y las sombras al caer sobre los cuadros y pinturas, no hacían sino avivar mi deseo de marcharme. Llamé a Belisario y nadie contestó, comencé a buscar un interruptor de luz pero algunos no funcionaban y otros parecían haberse movido de los lugares lógicos donde se suponía debían estar. Escuché la puerta de la casa abrirse poco a poco y en mi cabeza, sin poderlo evitar, escuché la presentación de la serie *Mentes asesinas: Nunca te quedes solo con extraños II* y una voz comenzó a narrar con absoluta calma «Oh, vaya, todo estaba muy oscuro, me encontraba nervioso y me dije ¡santo cielo!, voy a morir, oh, vaya». Mi cerebro reptil me hizo moverme, busqué algo que pudiera usar para defenderme y encontré, en el mismo momento en que la luz se encendía, un pincel que a lo mejor pensé podría clavar en alguna córnea y así huir.

Cuando el apartamento recobró el brillo, me vi empuñando ese objeto en medio de la sala y apuntar a Belisario quien entraba por la puerta con unas cajas de pizza. Nunca me sentí más estúpido en la vida.

Belisario me dijo que podía quedarme allí todo el tiempo que durara mi lucha a favor de Elodio. Creí que era un sitio conveniente, pues era invisible para cualquier agente de seguridad que quisiera rastrearlo. Además estaba en un punto céntrico y el mismo Belisario comentó que esa casa necesitaba albergar con urgencia a otro ser humano. Me comentó que la plaza andaba revuelta porque luego de la manifestación, los ánimos estaban en plena ebullición y se sospechaba que esa noche la policía tomaría el lugar para apresar a todos.

Ya para esa hora, sabía a través de las noticias que llegaban a mi teléfono que Melinda había sido liberada y que además mi desmayo fue captado en muchísimos ángulos por las cámaras de otros

reporteros. Igual, a pesar de que verdaderamente lucía no como un luchador sino como el típico actor que siempre muere primero en las películas de terror, la gente hablaba de mí y los videos que publicaba demostraban una audiencia fiel y cautiva. Belisario me informó que para el día siguiente Elodio, desde la clandestinidad, llamó a trancar todas las calles del país. La directriz era que nada circulara. Debíamos dar un mensaje claro acerca de nuestra determinación de luchar por la libertad de los individuos y se alertó que lo mejor era quedarse en sus casas. Aquellos que quisieran romper el cerco, debían ser considerados sospechosos colaboradores y señalados. Era necesario que se entendiera que la libertad era lo más importante, aun cuando se limitara la misma. Belisario fue bastante proactivo en hacerme llegar el mensaje y también en evitar comentarios. Lo único que pidió es que tuviese mucho cuidado con meterme en problemas, pues no estaba muy seguro de poder salvarme de nuevo. Se lo juré y él quedó satisfecho con esa pequeña promesa porque en el fondo veía en mí algo de su yo joven. Fue hasta la despensa, subió a un banquito, abrió una gaveta y de allí extrajo de un tarro un pequeño sobre. Descendió solo para dármelo y decir que él no era muy dado a quebrantar sus pactos pero sentía que hasta en eso podía ceder un poco. El sobre estaba cerrado con unas cuantas cintas adhesivas y se podía leer por todos lados, las palabras «No abrir». Dudé antes de romper los precintos, pero fue él quien lo hizo. Me quitó de las manos el pequeño paquete y dijo «Ya está. Solo trata de no traer gente a la casa... y de no despertarme si llegas después de las doce... ah, y de no robarme, excepto por la maldita pintura *Patriarca-Do*. Esa sí te la puedes robar».

Cené con Belisario esa noche y me fui a dormir al sofá con la llave de su apartamento. Pienso que no le importaba ya nada de la vida y por tal razón era tan flexible conmigo. Jamás había visto o escuchado que alguien le diese las llaves de su casa con tal ligereza a un recién conocido. Ni siquiera lo vi con la empleada que trabajaba

en la casa de Martha, quien a pesar de que prácticamente está con ella desde que nació, debe anunciarse en la puerta del vigilante y aguantar, supongo, que la mamá de Martha le dijera, por las dudas, «Sí... ¿Qué se le ofrece?». Una vez le pregunté a Martha, cuando éramos novios y frecuentaba su casa, por qué su mamá hacía eso, si el intercomunicador tenía una cámara y podía ver que se trataba de la misma mujer que conocía desde hacía no menos de veintitantos años, pero Martha no me contestaba, o le molestaba la interpelación, o simplemente se remitía a confesar que su mamá decía que con la «servidumbre uno tenía que ser frío porque si no, después empezaban a creer que se les iba a incluir en el testamento».

Dormí sin soñar y prácticamente en la misma posición en la que me acosté. Belisario me levantó en la madrugada para informarme que desde la ventana podía verse que ya comenzaban a trancar las calles. Me incorporé de inmediato y me asomé sin encender la luz. Efectivamente a unos doscientos metros unos tres muchachos arrasaban cuanta cosa encontraban en su paso y la arrojaban en mitad del asfalto. Lo hacían con naturalidad, casi como si fuese un trabajo al que asistían cada mañana. Me recordó a quienes trabajan en el aseo urbano, pero al revés. Algunos peatones comenzaron a incorporarse a su rutina a medida que el sol se acentuaba. Ese día tropezaron con la sorpresa de que la cotidianidad cambiaría. Yo grababa desde el *penthouse* de Belisario cada acontecimiento. Los carros dando vuelta como podían al encontrarse con la barricada y las amenazas de quienes aseguraban que aquella era la única forma de alcanzar la felicidad. Mientras colaba café, Belisario me pedía que le fuese informando lo que ocurría. Con el teléfono en la mano, hice mi mejor esfuerzo por narrar sin permear emociones o adjetivos. Sentía que debía estar en el terreno, pero Belisario me dijo que me tomara el café antes. Se quedó conmigo mirando por la ventana, sin ninguna expresión, podría decir que era quizá más parecida a una actitud de quien está juzgando todo sin atreverse a reconocerlo. Cuando los carros ya no pudieron retor-

nar, se formó un embotellamiento que llenó la calle de estruendo, maldiciones y bocinazos. A los tres que trancaban se le sumaron cinco más y aquello pareció ser suficiente para consolidar su posición. Había uno que otro que se aventuraba a hablar con los encapuchados que habían trancado la calle, pero aquellos eran inmunes a los petitorios, o eso parecía desde la altura. La policía llegó, pero extrañamente no retiró a los ciudadanos sublevados, sino que llegó a ordenar un poco el tráfico o como Belisario calificó «hacer más vivible el caos». Tuve que parar el video porque aquella opinión se había filtrado por la corneta y ahora no podía enviarla como reporte de la situación. Me enfurecí, sin traspasarle a Belisario mi reclamo. Solo le dije que deseaba irme, porque sentía que hoy era un día importante. Él, sentado en una pequeña mesa amarilla, me dijo que antes me tomara el café y escuchara lo que tenía que decirme. Creí que le debía, al menos por cortesía, aceptar su recomendación, así que decidí someterme cinco minutos a lo que de seguro era un sermón al mejor estilo de «el cura que todos llevábamos dentro». No fue eso lo que me tenía preparado el pintor.

Belisario me preguntó si creía en el destino. Lo pensé solo un momento y contesté que no. Después me preguntó si creía en segundas oportunidades. No lo pensé, le dije que sí. Él sonrió. Luego me extendió la mano y concluyó «Puede que después de todo, Elodio me haya traído algo de suerte».

Salí de donde Belisario, envuelto en su críptica sonrisa, solo para comenzar a tropezar con la realidad. Cuando me acerqué teléfono en mano a los sujetos que trancaban la calle, uno de ellos me agarró por la franela y me lanzó de largo a largo al piso. Escuché un zumbido y la brusca solicitud de que dejara de grabar. Allí entendí dos cosas, una que definitivamente las nuevas generaciones tenían el celular literalmente pegado a la palma de la mano. Segundo, la maravillosa utilidad de no usar muchos filtros en la foto que se pone de perfil en las redes sociales.

—Epa, *magüevo*... deja al convive tranquilo. Es el de los videos...

La misma bestia irracional que me había lanzado al suelo, me levantó. Me limpió el sucio de la franela y del pantalón. Se carcajeó. Todos se carcajearon. Se pusieron delante de los escombros. Luego hicieron un alto en su afán destructivo para abrazarse y pedirme que guindara una foto de ellos. Por supuesto, no se conformaron con ver que el flash se disparase sino que revisaron varias veces el celular hasta que estuvieron conformes. Unas señoras que veían la escena desde una cierta distancia, fueron las únicas que se atrevieron a acercarse, pero cuando me preparaba para decirles «No se preocupen, estoy bien... no me ocurrió nada, pudo haber sido peor», me pasaron por el lado si ni siquiera atender que yo existía. Se acercaron a los encapuchados para alabarlos y agradecerles que habían trancado la calle. Los tipos las miraban sin decir nada, aunque unos minutos después le dijeron que necesitaban agua porque se les agotaba la resistencia. A una de las señoras se le ocurrió sacar una libretita para anotar y no la soltaron hasta que la lista de peticiones estuvo completa. Veinte minutos después, las señoras traían una jarra de jugo de naranja, galletas y algunos sándwiches. La ofrenda se extendió unos minutos más y solo terminó cuando un grupo de habitantes de los edificios próximos se acercaron para alimentar la barricada con toda clase de enseres viejos. Tomé fotos, no solo para apoyar la iniciativa, sino también porque pensé que ni yo mismo iba a creermelo en el futuro que la gente había bajado a la calle desde colecciones enteras de los libros *Almanaque Mundial*, revistas *Mecánica Popular*, pocetas, mecedoras, hasta una muñeca inflable que según denunciaba una pequeña anciana de acento portugués, había sido la perdición de su hijo mayor. Pensé que la barricada no estaba funcionando de método de presión, como sí de contenedor improvisado para que los vecinos tuviesen la oportunidad de deshacerse de aquello que ya sea por vergüenza o pereza aún permanecía bloqueándoles las buenas energías en sus respectivos hogares. Dejé ese

lugar cuando las exigencias de los *freedom fighters* era que los próximos sándwiches viniesen rellenos de queso fundido.

Creí que al separarme unas cuadras de la casa de Belisario, la cosa fuese más seria, pero esquina tras esquina, choqué con toda clase de especímenes, desde grupos de yoga, hasta, jugadores de dominó que se resguardaban del sol bajo una sombrilla. Aquello no era precisamente lo que necesitaba mi ánimo.

Ya hacia la autopista, la concentración de personas aumentó... sentí de nuevo que me inflaba de ganas y puse todo mi empeño en rescatar la actividad de Elodio del foso al que la habían arrojado los golosos de la tranca o el anciano que cerró una calle guindando una hamaca. Pensaba en cómo estábamos quedando ante quienes pudiesen estar asistiendo vía satélite a nuestra batalla por la libertad. Era claro que al contrastar las cruentas imágenes de la guerra en Siria, en Yemen o los naufragios masivos que tenían lugar en el Mediterráneo, unos sujetos disfrazados como robots o superhéroes, como los que ahora me cercaban para hacerse famosos y virales, no le daban mucha credibilidad a la tragedia que aquí se vivía. Así que además de recopilador de imágenes, tuve que convertirme en psicólogo improvisado y explicarle a quien avanzaba metido en una armadura de la época de las cruzadas, que aquello no tenía la menor relación con nosotros a no ser que su deseo fuese revolver los recuerdos infantiles de cuando pasaban en la tele las películas del mago Merlín. El tipo me entendió y dijo que solo lo hacía para no quedar detrás de sus vecinos que ya venían en camino vestidos como los Storm Troopers de *La guerra de las galaxias*. Quise que me tragara la tierra. Le agradecí el dato para huir de aquel lugar, porque sentía que iba a quedar justo en el medio de una batalla de egos por ver quién llamaba más la atención.

Consideré que debía adentrarme más al este, quizá buscar mayor coherencia o al menos algo de sobriedad a la hora de expresar el descontento social. Caminé unos seis kilómetros, a veces relatando

en vivo la emoción que se sentía percibir que todo el país se había sumado al llamado de Elodio. Las personas ondeaban las banderas a mi paso y saludaban en dirección al lente del celular, decían reconocirme, me rogaban que me cuidara y que no desistiera. Nunca me sentí tan del lado correcto de la historia. Sin embargo, ya cercano a Santa Fe Norte la situación estaba muy tensa. Un grupo de personas cercaban una camioneta rústica cuyos cauchos eran del tamaño de una persona promedio. Me acerqué cámara en mano.

Un hombre obeso, de barba descuidada y camisa que se cansó de estirarse justo en el punto en el que se suponía debía tapar el ombligo, le hablaba a un grupo de muchachos que hacían guardia en una de las barricadas. Creí reconocer en estos últimos a los amigos filósofos de la Patricia Goldsmith, no lo digo por su rostro, que ocultaban con máscaras, sino por la ropa Andy Warhol. En todo caso, el hombre obeso se dirigía a ellos enfático:

—¡Dejá la verga y abríme la calle... que no te lo vuelvo a decir más...!

Los filósofos argumentaban que la orden era que nadie pasara «hasta que se vaya» y estaban dispuestos a todo para cumplir con ese mandato. El hombre obeso comenzó a ofuscarse, su sudor le inundaba el rostro, se limpiaba con la misma franela que no le tapaba el ombligo.

—¡Mirá, no me hagáis calentar!

El hombre respiró y se rió mirando el cielo. Los filósofos seguían dándole datos que se suponía configuraban la imagen devastadora de un país al borde del colapso.

—¡Escuchame bien, primero te me quitáis la mascarita de los bigóticos! ¡Y tú no te metaís... sí, te hablo a vos, transformista! —Apuntó su dedo a un joven que estaba detrás de los filósofos y lucía una máscara de Optimus Prime, el líder de los *Transformers*—. Le tengo que llevar unas medicinas a mi hermano, que pa más mala

suerte se vino a vivir pa esta verga... yo le dije... no salgáis der Saladillo. Pa resumite, voy a pasar porque está enfermo y aunque vos no lo entendáis...

Uno de los filósofos, dio un paso adelante, un tanto para marcar posición pero quizá también para hacerse escuchar...

—*Nullum hominem a me alienum puto...*³

—¡Cómo coñísimo me dijiste...! ¡Conque así es la verga...! ¡Se varmar el verguero...! ¡Si vamos a ser marditos, vamos a ser marditos todos!

De entre la multitud, detrás de la barricada un violín entonó «Alma llanera», algunas viejecitas que se tapaban del sol con sombrillas soltaron unas cuantas lágrimas y aplaudieron. El músico se acercó al hombre obeso y comenzó a rozarle peligrosamente la cara con el arco del violín...

—¡Quítame ese cuatrico raro de la cara! ¡Ayl, vos no sabéis qué verga estáis haciendo —la gente alrededor de los enmascarados empezaron a abuchearlo. Le gritaban que se fuera de Caracas, que se devolviera para su país, que era un marginal y lo cercaron. El del violín pareció tocar las notas macabras de la película *Psicosis*. Era una clara provocación...

Un hombre cuarentón salió de la turba de gente para decirle que era muy probable que fuese un espía o un policía y que no iban a permitir que apresaran a Elodio. Además, lo amenazó insinuando que cuando aquí llegaran los *Marines* iba a ser el primero en ser denunciado...

—Ah, vos queréis ver a los Marines. Yo te voy a llamar a los Marines, que se vinieron conmigo desde Miami...

El hombre se asomó a la camioneta y al poco rato salieron dos tipos cuyos pesos sumados resultaban posiblemente el de todos los

³ «Soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño». *El sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno.

que estaban en las barricadas, pancartas y lastre incluidos. La golpiza que se armó fue terrible, pero eso fue después de que gritara con todo lo que le alcanzó la garganta: «Aquí les dejo a mis primos Terencio y Tucídides Marín». Los filósofos amigos de la Patricia Goldsmith fueron los primeros en caer. Sus máscaras *Anonymous* salieron volando por los aires. Los «marines» despachaban adversarios con la gracilidad de rinocerontes drogados mientras el resto de gente que había buscado en el número el coraje, corrían despavoridos. De la camioneta una mujer salió y gritó: «Plinio, que se te va el del violincito...». Ahora ya no sabía qué historia recoger, porque por un lado estaban los *transformers* y demás *action figures* recibiendo lecciones de karate zuliano, y por el otro estaba el hombre obeso que le jalaba las orejas al violinista diciéndole «¡Si no me tocáis una de Guaco... por la Chinita que te arranco la oreja, mardito!». Decidí quedarme con la imagen del violinista llorando porque al final, en el punto más cumbre del templón de su lóbulo derecho, había confundido la melodía solicitada con una versión mal ejecutada de la versión bachata de «Ojalá que llueva café en el campo».

Sin embargo, cuando terminó la golpiza y los rompe barricadas se montaron en su camioneta para pasar por encima de todos los escombros en la vía, le hice honor al violinista y colgué su foto con una historia que salvara algo de su honra. Por lo demás, me fue bien difícil editar el video para también valorar el esfuerzo de los filósofos en defender con ahínco las órdenes de Elodio.

Un muchacho con una bellísima cámara profesional, de franela blanca y *jeans* azules, se me acercó con una sonrisa.

—Viejo, *full heavy* lo que pasó... ¿Lo grabaste todo?

Al principio me contuve de contestar, pero había tanta gente que me sentí protegido de algún modo. Él notó mi aprensión. Me dijo su nombre y que trabajaba como periodista *freelance*.

—Sí, lo grabé todo... —contesté.

—Chamo, marico, chamo... todo fue *so fast*, yo llegué tarde... ¿Sabes que tienes una bola de plata allí verdad?

—No, no me entiendes... lo hago por Elodio. No trabajo por dinero...

—Está bien, solo era para que supieras. Aquí tienes mi número —me dio una pequeña tarjeta blanca donde su nombre, Roy Meléndez, destacaba en dorado—. Si estás pendiente de vender las imágenes, me llamas. Soy el que mejor paga. Te lo aseguro —me guiñó el ojo y se despidió de lejos antes de montarse en una moto y perderse entre la gente dispersa a lo largo de la autopista.

Cansado y sin haber comido nada, creí que debía buscar resguardo en algún sitio. Me devolví sobre mis pasos para encontrar el camino de vuelta a la casa de Belisario, pero no llegué muy lejos porque una camioneta conocida me alcanzó. El vidrio de la ventana descendió y pude ver a Chichita Carrió más maquillada que nunca. Me saludó, Claudio apenas levantó la barbilla, tenía cara de fastidiado.

—*Baia, Baia*... —dijo Chichita—. Has estado muy por tu cuenta, ¿no crees?

—No te entiendo... ¿Tenía que reportarme con alguien?

—No sé, ¿tal vez con los amigos? En fin... olvídale. Acompáñanos que tenemos una entrevista internacional...

—Pensaba regresar...

—¿A dónde?

Por alguna razón creí que no era conveniente decir nada. Le dije a Chichita que estaba de acuerdo con ella y los acompañaría, solo si luego era posible que pudiésemos ubicar a Melinda. Ella subió los ojos como hace quien recuerda algo o está a punto de mentir.

—Es un trato —dijo.

Saludé de nuevo a Claudio, pero no me contestó. Chichita le dio un pequeño empujón mientras revelaba que la causa de su amargura era

que no había sido escogido para la entrevista. Ella le decía que no se preocupara porque al final, lo que importaba eran los viajes a Cancún, Miami, Bogotá y Madrid y que allí sí que estaba incluido. A él no pareció causarle mucha gracia el asunto, pero no le echó más leña al fuego. Chichita empezó a interrogarme con mayor dedicación. Quería que prácticamente le hiciera un informe detallado de mis actividades desde que salimos de su casa o al menos desde que estuve en la tarima con Elodio, que según ella fue el último lugar en que pudo verme. Fui vago al responder y ella pareció notarlo, pues sus «Ajás» y «No me digas» estaban bastante cargados de la tonalidad que imprimen los que sospechan. Igual, no quiso confrontarme acerca de las dudas que mi relato le causaba. Optó por llevar la conversación a otro lugar.

—¿Viste, lo que le pasó al pobre violinista?

—¿Cuál? ¿El de la barricada?

—Sí, fue muy triste... la policía está casi al nivel de los peores genocidas de la historia... ni Hitler se atrevió a tanto...

—No entiendo... estuve allí...

Chichita me pasó su celular con un video que estaba ganando popularidad en internet. En él estaba el violinista con su gran oreja roja, mientras sostenía su instrumento hecho pedazos. Lloraba, culpaba, se hincaba y pedía ayuda del cielo. La cámara hacía *zoom* sobre sus ojos, en sus labios temblorosos. Después de la declaración, el violinista se acostaba en el asfalto mientras hacía gestos como los que desean hacer angelitos en la nieve, o como quienes padecen los síntomas del mal de San Vito. De inmediato, se abalanzan sobre él unos paramédicos con la insignia del cuasi santo José Gregorio Hernández. La grabación se torna confusa mientras quien graba asume el protagonismo del reportaje. Era el mismo tipo que ofreció pagarme por el video de la barricada. En su sitio de internet tenía cien reportajes más. Me quedé un rato viéndolos, consternado por la manera en que había hecho lo que le dio la gana con la historia

del músico. En cualquier caso, lo del violinista no superaba una grabación donde declaraba que la policía arrojaba granadas sobre la población civil, aunque la prueba audiovisual lucía como la típica toma que hacen los que cazan ovnis desde su jardín. Justo cuando aparece algo sospechoso sobre el cielo, un punto, un reflejo, una mosca atravesada en el lente, al camarógrafo le entra la temblequera y le da por desenfocar la imagen y gritar de manera furiosa y alocada, y al final ya uno no sabe si lo que le acelera a uno el corazón es la supuesta imagen de seres interestelares o las desgarradoras cuerdas vocales del camarógrafo, único testigo de tan importante suceso.

—Eso no fue lo que pasó —y relaté con detalle cuanto presencié.

Chichita y Claudio sonrieron, casi en el mismo momento, casi en la misma forma. Claudio superó un instante su fastidio para opinar que en ocasiones la realidad necesitaba una cierta ayuda para convertirse en algo interesante, una clase de picante que le hiciera navegar más de prisa por los difíciles y avasallantes mundos del desinterés y la poca o nula atención que los seres humanos prestan a cualquier cosa hoy día.

—¿No te hablaron de eso en La Quinta? —preguntó Chichita.

—Sí, no lo olvido. Pero tampoco dijeron que mintiéramos...

—¡Ay, por Dios...!, ¿quién habló de mentir? Tienes que verlo como si fueses un director de cine. La realidad necesita una cierta perspectiva, un cierto filtro... porque si no, ¿qué sería?, ¿realidad, pura y simple? Nah, eso es a-bu-rri-do. ¿Quién quiere eso?

—Eso no es periodismo, eso no es reportear... eso es ficción...

—Mi pequeño —continuó Chichita—, mira por la ventana del carro, mira a tu audiencia... la gente ya abandonó el mundo; prefieren la realidad ficcionada... es más cómoda, está al alcance de un clic y además la pueden repetir cuantas veces quieran. Bríndales eso y no te me enrolles. Es más, vamos a relajarnos todos y escuchemos algo de música.

Chichita apretó unos cuántos botones de la consola del carro y la música fluyó. Por casualidad, la melodía me recordó a Melinda. Era la misma que escuché tantas veces en La Quinta, el nombre lo tenía en la punta de la lengua. Quería preguntarle a Claudio sobre la canción, pero no tuve fuerzas. Volví a los recuerdos de La Quinta y a la familia. No podía negar que era placentero, muy relajante. El bosque, las cabañas... era un lugar feliz el cual, pensé por un instante, no debí abandonar. Chichita iba mirándose en el espejo del copiloto, ensayando respuestas para su entrevista. Claudio, por el contrario, tenía casi que un ojo puesto en la ruta y otro en mí. No me gustó en lo absoluto cómo me miraba.

Llegamos a una gran casa, por La Florida. El lugar estaba repleto de gente y apenas pudimos estacionar. Había una larga fila para entrar. Por lo que me explicó Chichita, la mayoría eran reporteros que deseaban enviar información a sus respectivas agencias y ese era el único lugar que prestaba servicios para transmitirlos vía satélite. A Chichita la llamaron desde la puerta de la casa, ella se adelantó mientras me quedé evaluando los rostros de quienes estaban en la fila, pensé que quizá me encontraría con Roy Meléndez. Claudio me tomó de la mano y me jaló hasta la entrada. Estaba feliz porque al parecer habían cambiado de opinión y ahora también él sería entrevistado.

Un viejo desgarrado y con señales de no haber dormido en días nos dio la bienvenida. Caminamos a través de unas puertas de vidrio donde se hallaba una pequeña oficina a la derecha, y un estudio de televisión genérico a la izquierda. En este último había un pequeño taburete y detrás una pared pintada de verde. El viejo le dijo a Chichita que se sentara allí mientras esperaban «la llamada». Ella obedeció gustosa y se arregló el cabello a través de la imagen que le daba un televisor mediano que servía para chequear lo que se transmitía en directo. El viejo entró con un teléfono en la mano y le dijo que ya estaban casi listos. Luego colocó unos audífonos en los

oídos de Chichita y nos pidió guardar silencio. La entrevista comenzó. Detrás de Chichita, la pared verde daría paso a una Caracas bucólica en la que abundaban edificios y árboles verdes. El cielo azul arroparía el cabello de Chichita. La periodista le preguntó cómo estaba la situación, aunque creo que Chichita entendió «actuación», porque comenzó a relatar vivencias de una ciudad que no existía, o al menos no la que yo había visto. Estaba comenzando a creer que o estaba adelantándose al futuro o ella y Claudio transitaban una vida alterna a la mía. Chichita dijo cincuenta y tres veces «dictadura», doce «drama», igual número «crisis» y veinticuatro «humanitaria». La entrevistadora no cuestionó en ningún momento a Chichita, solo se limitó a dejar que echara su cuento sin ser sometido a un mínimo de análisis. Luego despidió la transmisión, le agradeció a Chichita su coraje de «resistir» la situación e informó que no cambiaran de canal pues se preparaban para entrevistar «desde la clandestinidad» a un joven político del país. Sí... Claudio.

Nunca me enteré cuándo hizo el salto de portavoz de la lucha de Elodio a joven promesa de la política. Puede que haya sido allí mismo, unos momentos atrás cuando el sujeto que debía entrevistar canceló a último minuto. En todo caso, cuando Chichita dejó su asiento y este fue tomado por Claudio, la transformación fue verdaderamente dramática. No solo fue la voz engolada, o la manera en que se arremangó la camisa, o el cabello de lado sino por sobre todo por la naturalidad con que asintió a la solicitud de la periodista de no hablar «con el estilo Rómulo Betancourt, sino con algo más 2.0... ¿Sí me entiendes?». El viejo entró y analizó con Claudio la puesta en escena y acordaron que nada luce más con la palabra «clandestino» que una pared de ladrillos avejentados que sirviera de soporte a una roída bandera nacional. Chichita opinó que Claudio estaba «como muy arreglaíto» para el fondo y procedió a desordenarle el pelo; y ante la falta de una barba incipiente, le pintó con su maquillaje unas buenas ojeras como aquellas que lucen quienes

llevan muchos días cavilando en torno a la libertad bajo la solitaria luz de unas velas. Sin embargo, nada más entraron al programa y se hizo la introducción sobre esta «exclusiva», a Claudio no solo se le metió el espíritu de Betancourt, sino que se tragó por entero cincuenta años de socialdemocracia. Comenzó disertando sobre la opresión y hablando por supuesto del cambio, pero luego se puso poético y conforme levantaba la voz decía que Santiago de León llegó al valle de Caracas con la misma misión que ellos ahora tenían, poner orden a las hordas salvajes que nos obligaban a cambiar un destino que iba viento en popa cuando se instaló la primera tienda *Sears* en Venezuela. Después, para éxtasis de la entrevistadora, confesó que lo mejor aún no llegaba y que el mundo debía solidarizarse con la «hora aciaga» que vivían.

Al salir de las obligaciones mediáticas, Chichita y Claudio pasaron el resto de la jornada masajeándose el ego mutuamente. Quisieron que los acompañara a comer para celebrar la carrera que recién iniciaba y también para agradecerme la gran reseña que hice a su participación en el programa de entrevistas. Tardamos en llegar por culpa de las barricadas, o bueno, del grupo de gente que en algunos lados tomaba el sol en tumbonas y jugaba con pelotas de playa, y en otros lugares rezaban porque todos los santos se acordaran de bendecir a Elodio. Chichita ya comenzaba a fastidiarse porque no podía pasarse la hora de la comida pues se le alteraba el metabolismo, y nadie quiere ver a una política pasada de peso, decía. Claudio le lanzaba besos, aunque a veces se miraba en el retrovisor mientras lo hacía y era como si se los estuviese dando a él mismo. Le recordaba a su media naranja que cualquier sacrificio era soportable, si lograban los objetivos. Chichita lo miraba y suspiraba con desgano, pero asintió con los brazos cruzados. Incluso mientras ya cada uno comía su buena pieza de punta trasera y degustaba su vino tinto, «solo un poquito, solo por celebrar», Claudio continuaba hablando de sacrificio mientras miraba por la ventana del restaurante

a quienes a esa hora aún continuaban en las barricadas, alimentándose con latas de atún, galletas de soda y la esperanza de un cercano paraíso terrenal. Chichita los miraba también, y hablaba de ellos con ternura, como cuando se va a la perrera y se interactúa con los pobres y esperanzados cachorritos. De vez en cuando alzaban las copas y brindaban por quienes continuaban trancando las calles, pues «de ellos era el reino de los cielos» (el mesonero que trajo los sambucas *dixit*).

Cuando tenía oportunidad, también miraba por la ventana y me quedaba largo rato explorando las miles de historias que podrían sacarse de esas experiencias. También les hice saber a Claudio y a Chichita mi opinión acerca del carácter de quienes se habían sumado a la iniciativa, al menos de quienes había conseguido a lo largo del día. Usé palabras como «superficial», «vacío», «ideología polifacética»...

—Estoy seguro de que llevan a Elodio en sus corazones, pero siento que no saben cómo canalizarlo hacia el exterior —dije.

Claudio y Chichita me escucharon con atención, rieron al mismo tiempo y tomaron vino muy coordinados. Luego, supongo que por la capacidad que tiene el licor para socavar la promesa de «no se lo vayas a decir a nadie más», me revelaron en voz baja que en la noche vendría el verdadero mensaje. Que Laura ya se los había mencionado durante una sesión de confesiones en La Quinta y que acabó en un espectacular trío, que como bien se sabe —Claudio apuntaba a Chichita con el dedo índice— muchas veces, si no en todas, termina en un espectacular dueto. Chichita subía los ojos fastidiada y se atragantaba de vino, y le reclamaba a Claudio que no era su culpa que no tuviera el aguante, entonces me miró con los ojos medio perdidos por las uvas maceradas y declaró que ni los hombres ni las mujeres soportan a una mujer que es libre. Digerí sus palabras y pensé de pronto en la Cristipuchi, en las ganas que tenía de hablar con ella, contarle todo, escuchar qué opinaba de lo

que ocurría. Deseaba saber cómo su sarcasmo iba a derretir a quienes trancaban la autopista con un picnic, mantel de cuadros rojos incluido. Pero después me descubrí viéndole las tetas a Chichita y creyendo que era posible, bastante probable que la invitase a compartir una noche con Martha, con Patricia Goldsmith y hasta con la misma Cristipuchi. Con Melinda no... A ella no la quería compartir, ni su cuerpo, ni la imagen de su cuerpo atravesada por los dedos, o lengua, o fluidos de nadie más...

—Lobos... criados por lobos —gritó Chichita, sacándome de mi orgía imaginaria.

—¿Perdón? —dije.

Claudio solicitó bajar la voz, miró a su alrededor y se llevó un dedo a la boca. Volvió a pedirnos discreción.

—Lobos, mi pequeño. ¿Tú crees que vamos a ganar la libertad con niñitos que entran en crisis apenas se les dice que no hay papas fritas para la cena? Mi Clau lo explica mejor...

Claudio carraspeó la garganta y se dispuso a tratar de replicar el argumento de su guía Laura, pero cuando empezó a decir que los ingleses no pelearon en las islas Malvinas sino que le dejaron el trabajo sucio a los sherpas nepaleses, o que más recientemente, en la lejana Siria, se había más que demostrado que el soldado posmoderno no era quien hacía la guerra, o el que desembarcaba en Normandía, leyenda hollywoodense incluida, sino aquel que tenía el tino y la entereza de planificar la guerra para que terceros la pelearan, sin glorias, ni grandes honores y en completo anonimato, recordó con tanta oración subordinada que Chichita la había pasado de lo mejor con Laura, y eso le llevaba a abandonar a su mentora y a decir que la enseñanza la había dado Bolívar, cuando después de perder tantas repúblicas por su cabeza de mantuano —rebelde, sí, pero mantuano al fin—, pasó a la idea de que la libertad solo procedería de los esclavos, de los de abajo, y que si estos no peleaban

nada iba a conquistarse. Tomó más vino, respiró, miró a Chichita, quien pómulos enrojecidos de por medio, le juró a Claudio que él también tenía lo suyo, y que no olvidara mencionar a Páez, ni tampoco eso de que si los de abajo no querían pelear por comodidad o desidia, pues había que buscarles un incentivo o sembrárselos a como diera lugar y que, concluyera con lo de «¿Quién ha visto una pirámide que se sostenga por la punta?».

—Son hechos históricos, dijo Chichita pasándole la tarjeta de crédito al mesonero para pagar nuestra cuenta, ordenándole además que llevara una ración de arepas para la base de la pirámide... corrigió... para los luchadores que a esa hora todavía estaban en las barricadas, solo alimentados por amor a Elodio.

—Has tomado demasiado vino —dijo Claudio.

—En vez de estar controlándome la vida, deberías estar debajo de la mesa haciéndome feliz...

Claudio levantó el mantel y pareció calcular sus posibilidades, luego dijo que tal vez desde mi lugar le iba a llegar más fácil. Ambos me miraron con la intensidad de las hienas que escuchan a lo lejos el llanto de un antílope bebé. Sé lo que pensaron y lo que iban a decir, pero el mesonero regresó y eso fue el balde de agua fría que todos necesitábamos. Acordamos que lo mejor era irnos en busca de Melinda y Luis Fernando antes de que cayera la noche y se cumpliera cuanto les habían revelado en La Quinta.

En el carro les pregunté cómo sabían dónde se encontraban el resto de los muchachos si no podíamos comunicarnos entre nosotros. Ellos no respondieron. Cambiaron la conversación hacia las barricadas y la necesidad de que se repitieran al día siguiente. No estuve muy de acuerdo visto los resultados. Claudio criticó mi falta de fe. Desde su perspectiva, no debía mirar cuánta gente estaba en las calles, como sí los que se habían quedado en sus casas. Además reveló que tenía un plan para darle algo de empuje a la protesta.

Chichita lo atajó medio murmurando que tendría que consultarlo antes, pero Claudio estaba más que decidido.

La idea consistía en pedir a quienes se identificaran con Elodio, se sumaran a la construcción de un gran muro para separar la Caracas decente de la que no lo era. Lo contrarié un poco al comentarle que algo así no podía dejarse a la espontaneidad, que se necesitaba planificar, tomar previsiones. Chichita estuvo de acuerdo conmigo, pero cuando Claudio argumentó que simplemente sería una travesura para medir cuanta gente podían reunir, ella lo apoyó. Así que les grabé un video dándoles instrucciones «al mundo libre» para apoyar la iniciativa. Claudio revisó el video y lo aprobó. Luego me rogó que al enviarlo, no fuese a etiquetar a esos actores que hicieron papeles de malandros y marginales en las telenovelas, porque desde su punto de vista ellos o ellas eran grandes culpables del país que teníamos. La otra parte de la responsabilidad, según Claudio, la tenía la cadena de televisión que solo compró una temporada de *Twin Peaks* y dejó la desaparición de Laura Palmer irresuelta en el corazón de millones de telespectadores.

—Nuestra propensión a la impunidad tiene que ver con eso —afirmó convencido.

Chichita al escucharlo le sonrió con ternura y gastaron el resto del tiempo en recordar nostálgicos la muerte de las películas de ninjas en manos de la colosal lucha libre norteamericana, y las bodas colectivas los sábados por la tarde.

—Éramos felices y no lo sabíamos —agregó Chichita al borde del llanto.

Conforme ellos hablaban, aproveché para publicar unos cuantos videos para celebrar la época noventa como epílogo de la última Venezuela soñada. Pero no pude disfrutarlo por culpa de algunos *trolls*, que solo veían en esa época insurrecciones, quiebra de bancos, inflación, acaparamiento, evaporación de prestaciones

sociales y venta de empresas públicas. Ciertamente, la memoria es un laberinto que cada quien transita según las coordenadas de su propio presente, me dije mientras la vista de la ciudad se me hizo de pronto extraña.

Claudio frenó de manera violenta y por poco la inercia cumplía mi deseo de ir a parar en las tetas de Chichita Carrió. Al reponerme, vi que ella y el propio Claudio estaban paralizados, con la vista y el corazón puesto afuera. Entendí su miedo, cuando vi que la ruta era obstaculizada por un gran muro de fuego que no dejaba un mínimo de espacio para bordearlo. Unos cinco, puede que diez tipos con pasamontañas negros alimentaban las llamas con lo que pudieran arrancarle a la ciudad. Creí reconocer en el grupo la figura maciza de Sexo Débil y así se lo dije a mis compañeros de viaje, pero ellos seguían sin creérselo, o al menos sin pensar que iban a tropezar de esa manera con el arma secreta de Elodio.

—Ha comenzado —dijo Claudio sin apartar la vista del fuego.

Chichita golpeó a Claudio en la cabeza con la palma de la mano y le ordenó que se diera la vuelta y se alejara del sitio. Les dije que no tenían que temer porque había visto a uno o dos sujetos que portaban la franela de nuestro líder. Ellos no compartieron mi opinión y metieron el acelerador al fondo hasta que tuve que gritarles para que me dejaran bajar.

—Necesito ver a Melinda...

Claudio detuvo el carro a un kilómetro, puede que más. Miró por el retrovisor y dijo:

—Estás por tu cuenta, viejo.

Chichita abrió la puerta y se bajó. Yo hice lo mismo. Ella se alejó un poco del carro sin perder la vista a la barricada que ardía a lo lejos.

—Eres mi héroe ciberespacial. Ve y cuéntale al mundo lo que aquí se vive... yo prometo compartir todo lo que publiques. Eso sí, no olvides etiquetarme...

Guiñó un ojo, miró por encima del hombro en dirección a Claudio y luego volvió a poner su atención en mí. Metió la mano en el bolsillo y sacó un papelito azul. Lo puso en su boca, me tomó de la cara y me dio un beso que parecía haber sido concebido para sacarme toda la energía que llevaba dentro. La punta de su lengua recorrió mi paladar y dejó sembrado un sabor ácido que me calentó el cuerpo. En cuánto sentí la euforia apoderarse de mí y de impulsarme hacia las llamas, levanté una mano para buscar los senos de Chichita y no irme con la duda.

—Son naturales, mi pequeño —dijo con una sonrisa de plena satisfacción.

Fue la última vez que vi a Chichita Carrió, al menos en persona. Se montó en la camioneta y se alejó hacia la autopista junto a su par. Ellos tenían ahora un camino distinto al mío.

CAPÍTULO 5

#OPERACIÓNJAQUEALREY

Nota mental: Cuando todo esto termine fundaré una banda de rock y pasaré la vida metido en todos los Emo Bares del mundo. Mi primera canción tendrá un único estribillo: «Venimos del error y hacia el error vamos».

Caminaba hacia las llamas sintiendo que iba en una especie de balsa corriente arriba. Era como estar en la pesadilla de la *Divina Comedia*, dejando que la parca me llevase al reino de los muertos. Apenas me guiaba esa pequeña luz a lo lejos, que en ocasiones lucía como un ojo de fuego y en otro momento era el cigarrillo encendido de un hombre atrapado entre las sombras. Sea lo que fuera que me haya dado Chichita, me había dotado de una fuerza sobrenatural, pues no sentía mi cuerpo sino como añadido de mi voluntad, totalmente ingrátido y respetuoso de cualquier deseo. El problema es que mi mente estaba tan poblada de imágenes que creí en algún momento que era un niño traumatizado por la borrachera de Dumbo justo antes de lanzarse al vacío y descubrir que podía volar.

Cuando estuve cerca de la barricada, los hombres que usaban pasamontañas me cercaron. A pesar de lo amenazador que resultara no tenía un gramo de miedo, o de nada. Estaba vacío de sentimientos o más bien del instinto de autopreservación. Uno de los más altos me preguntó qué hacía allí, no lo dijo exactamente así porque atravesó entre el signo de interrogación y el sujeto y el sustantivo, no menos de diez grandes vulgaridades. Como no le contesté levantó la mano y dijo que me iba a morir, pero otro detrás de él pidió que al menos me dieran la oportunidad de defenderme, y fue cuando me preguntaron por la contraseña, ¿por la qué? El Santo y Señá. ¿El qué? Ahora sí te moriste, me dijeron o me dije cuando vi el puño retrocediendo en cámara lenta como si efectivamente

un mecanismo de poleas y engranajes lo estuviesen contrayendo lo suficiente como para romperme el cráneo en dos partes, no iguales, no simétricas. Una voz, o más bien, un coro de voces brotaron en mi cabeza y se abrieron espacio a través de mi boca y lograron saltar un «Nos une». Entonces el puño se detiene y los pasamontañas se acercan a mi boca, para escuchar con claridad, o para corroborar si era cierto lo que acaban de escuchar. Aprietan mi cuello y acercan sus oídos y las voces desde la memoria del largo plazo saltaron de nuevo: «Elodio nos une».

Entonces los puños dan paso a una suerte de abrazos o jaloneos, nada tiernos, que me brindan un ápice de tolerancia. Me sientan en un rincón y se disculpan porque no tenían información de que recibirían más refuerzos, no al menos uno con mi aspecto, cargado de cualquier cosa excepto de las necesarias para la *misión*. Escuché de nuevo esa palabra y levanté la mano y mostré el celular, les dije que venía a reportear, a llevarlos a cada rincón del país, a tatuar los sueños y pesadillas de quienes se atrevieran a reproducir los videos con esos pasamontañas, con sus cuerpos alrededor del fuego, como en una danza, como si estuviésemos a punto de un ritual o de un sacrificio. Ellos se rieron mucho, y me decían que estaba más drogado que ellos mismos y que eso ya era decir demasiado. Uno de ellos se acercó a mi lado y me alcanzó un pasamontañas, me dijo que si quería «unirme a la tribu» debía obedecer las reglas o de lo contrario me iban a patear el culo tan fuerte que no iba a poder sentarme nunca más.

Con la capucha puesta el mundo lucía diferente. Puede que haya sido yo quién cambiaba, no las cosas fuera de mí. De alguna manera me sentía protegido y a la vez parte de algo. Ya no vagaba por allí a la caza de historias, ahora ellas vendrían a mí atraídas por la máscara, por la hoguera. Rogaba que esta se extinguiera porque me atolondraba el cerebro. Quise saber cuál era el próximo paso, además de arrancar cuanto consiguiéramos para mantener vivas las

llamas. Nadie me respondió. Así que no me quedó más opción que evaluar qué cosa podía destrozar para cumplir con mi parte de la barricada. Mientras arrancaba unos cuantos toronjiles y ajos chinos de los materos de un edificio cercano, uno de los hombres de pasamontañas destrozaba la ventanilla de un pequeño automóvil y le arrancaba los asientos. Otro la agarró contra un parque infantil y se llevó como gran trofeo unos caballitos de madera que ardieron con una velocidad sorprendente. Sin antes consultarlo tomé la iniciativa de registrar la enorme actividad de libertarismo para trasmitirla a quienes por distintas razones no se acercaban para sumarse a la lucha. Grave error. No más el flash se encendió me tomaron de los brazos y me lanzaron contra el suelo. Uno de ellos me puso el pie en la garganta mientras decía «Es un infiltrado». Unos cuantos decían «Mátalo», pero alguien más cuerdo, puede que con la secundaria concluida o quizá proveniente de una familia más estructurada, sugirió «llamar a los jefes pa' consultar». Eso hicieron sin quitarme la bota de la tráquea, por supuesto. El tiempo que emplearon para hablar en código, yo lo aproveché para atestiguar cuánta vida nocturna tienen las aceras, rodeadas de hormigas colaborativas, que rinden cuentas a su legión y probablemente a su reina, respetando el dicho de que la unión hace la fuerza y sin pisarle el cuello a una igual, aunque después creí ver que había unos cuantos insectos que le arrancaron la cabeza a la hormiga de otro color, o de otro hormiguero, y fue cuando la vida natural me pareció un gran hervidero de maldad y de una crueldad que solo los sofistas griegos, y los árabes antes que ellos, y más atrás Hammurabi se vieron obligados a detener, porque sabían que en el corazón de todo ser humano se esconde una semilla cuyo fruto es una potencial bomba o una potencial flor.

Qué lindo pensamiento... debe ser la falta de oxígeno...

Despiértente hombres de los pasamontañas, cuando hayan decidido qué hacer conmigo...

—Parcero, te sacaste el numerito... Los jefes te quieren ver...

Una moto llegó dos minutos después y allí me llevaron unas cuadras más arriba o más abajo de donde me encontraba para presentarme formalmente ante quienes lideraban las protestas nocturnas. Llegamos hasta las cercanías de la plaza desde donde Elodio lanzó su proclama, pero ya no lucía como otras veces, era más bien el *set* de grabación de una película que parecía comenzar con la frase «En un mundo sin reglas ni esperanza...». Me arrojaron al piso y allí un hombre pidió me levantara, lo reconocí de inmediato, era Farías, el guía de La Quinta que nunca reía y prácticamente nunca hizo acto de aparición en los entrenamientos. Me preguntó sin delicadezas y con detalle qué carajo hacía allí. Le conté lo poco que pude.

Farías era un tipo que literalmente parecía un cochino en dos patas, sus rasgos eran francamente repulsivos y la mascadera de chimó no ayudaba a adecentar su figura. Sin embargo, no me cayó a patadas sino que le pidió a uno de sus colaboradores, por llamarlos de algún modo, el celular que cargaba. Revisó algunos minutos el contenido y varias veces preguntó por las fotos de Chichita Carrió. Luego me entregó el aparato y me dijo que fuese hasta un poste de luz que habían habilitado en la plaza para conectar algunos reflectores y cargar las baterías.

—Ya te vamos a poner trabajo... —me dijo.

Esperé una media hora hasta que vi aparecer en la plaza a Melinda y a Luis Fernando. Estaban vestidos como el resto, con trajes negros y botas de seguridad. Hablaron con Farías y este me señaló. Vi directamente a Melinda, pero ella no mostró ninguna emoción, no al menos una que pudiera sentir fuese de agrado o desagrado por verme. Luis Fernando, por el contrario, se rió junto a Farías, supongo que de mí, y se estrecharon las manos. Al acercarse me informaron que debía irme con ellos para supervisar la protesta nocturna. Me preguntaron si sabía manejar moto, les dije que sí. No obstante, Luis Fernando se fue en una mientras que le dio el control de la otra a Melinda.

Para cuando atravesaba la ciudad detrás de Melinda, ya el efecto del papelito que me diese la Carrió había disminuido considerablemente. Agradecí que el peor de los trances lo hubiera transitado *so high*; pero conforme se desvanecía el estado elevado de conciencia, el cuerpo comenzó a recordarme todos los golpes que había recibido. La mandíbula me dolía, así como las costillas y los muslos. Al llegar al primer punto de chequeo, Melinda le pidió a Luis Fernando que la dejara retrasarse para poder ponerse al día conmigo. Nos resguardamos detrás un árbol y allí me abrazó muy fuerte, también hizo ademanes de querer llorar...

—Hijo de puta, pensé que te habías muerto...

—No me voy a morir sin avisarte antes.

—¿Crees que me da risa eso?

—Disculpa, yo también estaba preocupado por ti...

—No lo entiendes, ¿verdad? Ya estamos en la recta final... Mañana será el gran día, vamos a lograr que Elodio gobierne al fin este país.

—Pero... no sabía nada... ¿Cómo va a ocurrir?

—Tú quédate quietecito detrás de mí... y podrás entenderlo.

Luis Fernando nos interrumpió justo en el momento en que deseaba escuchar la última frase de Melinda, y así ponerle fecha a lo único que verdaderamente me interesaba. Ella se adelantó a preguntar mientras se ajustaba el casco.

—¿Y bien?

—Lo tienen todo, en la mañana comienza la fiesta... —dijo Luis Fernando montándose en la moto.

—¿Y nosotros qué vamos a hacer? —preguntó Melinda.

—Tú te vas a quedar con Farías. Yo tengo asuntos pendientes...

—¿Y no vamos a ir a la marcha para que Elodio llegue al Palacio de Gobierno?

—Qué vaina contigo, Melinda. Haz lo que te digo. Te reportas con Farías y haces lo que él te ordene.

—¿Y tú para dónde vas?

—Iré a chequear al resto de las tribus...

Luis Fernando arrancó en su moto y nos dejó atrás. Creí necesario preguntarle a Melinda sobre eso de «las tribus», quizá para planificar algún reportaje, algunas imágenes impactantes que les permitieran posicionarse como los libertadores que eran, pero otra idea mucho más poderosa y productiva triunfó. Revisé mi celular y pude ver que aún faltaba media hora para las doce de la medianoche.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Melinda.

—La verdad, no había tenido tiempo de pensar en eso... pero sí, un poco.

—¿Puedo manejar la moto? Quiero reivindicarme.

Melinda se sonrió a duras penas. Tenía los ojos y la mente puesta en otra cosa, pero si el día de mañana era tan importante como ella misma lo declaraba, mis planes debían hacerse realidad esa noche. Así que aproveché de tomar el control de la máquina y de la situación y puse la aguja de la velocidad en cien kilómetros por hora. Aproveché el toque de queda que las barricadas habían impuesto y atravesé Caracas.

A esa hora era respirable la libertad futura, al menos para nosotros y para la máquina de 650cc que ronroneaba bajo nuestros muslos. Subí hacia la Cota Mil y la recorrí por completo con una vista clara de la ciudad. Melinda se recostó en mi espalda y allí se mantuvo sin dejar de abrazarme. Llegué justo cuando el guardia de seguridad cerraba el acceso al teleférico.

—Está cerrado —dijo molesto y probablemente dispuesto a romperme unos cuantos huesos.

—Aún funcionan las cabinas —le señalé con el dedo—. ¿Crees que podemos llegar al restaurante?

—¡A la vaina!, ¿estás sordo? —replicó mientras buscaba acoplar el candado definitivo.

Dejé la moto a unos cuantos metros de la entrada y le dije a Melinda que esperara allí. Volví a donde el vigilante, quien me esperaba con la mano puesta en el rociador de pimienta. Le hablé en su lenguaje, utilizando frases de las canciones de Jerry Rivera que se me quedaron grabadas de cuando Maira las escuchaba en la cocina de la casa. Expuse la necesidad de permitir que los imposibles tuviesen espacio en la tierra y que los sueños de una pareja no fuesen rotos por la tecnocracia, mucho menos porque así lo dictara un reloj sin alma, ni corazón que nada sabe de los avatares de los humanos que no deciden enamorarse. Cuando sentí que el hombre acusaba castigo, calculé su edad y le recordé lo mucho que sufrió *Candy Candy* al no lograr ni el amor de Terry y/o Anthony y/o Albert. El vigilante pareció conectarse con el crudo invierno en el Hogar de Pony y no le quedó más remedio, mientras me impulsaba a que fuese en busca de lo imposible. Le agradecí con un apretón de manos y llamé a Melinda. Al entrar a una de las cabinas, ella no pudo resistir la incertidumbre:

—¿Qué hiciste?

—Le di un billete de 100 dólares.

Ambos llenamos la cabina de risas, mientras ascendíamos. Nos sacamos un peso infinito de encima y apenas si reparamos en las pequeñas luces de Caracas. Preferimos hablar de los recuerdos de la infancia y fue cuando me reveló que venía de un pueblito del llano que se llamaba Corozopando y que era el lugar más famoso para comer quesadillas en Venezuela. Le confesé que nunca me hubiese dado cuenta de que era llanera y que más bien la asociaba con la parte oeste de Caracas. También me habló de que se había venido a la capital a probar suerte porque tenía dos hermanos menores a quienes deseaba ayudar, y de que antes de conocer el internet ya sabía mucho del mundo gracias a un libro que se llamaba *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron*.

De como conoció a Luis Fernando prefirió no hablar y yo tampoco la forcé a ello; sí brindó detalles de la manera en que Elodio la cautivó al salir por televisión, hablando de progreso, de futuro, con esa familia tan bonita, con tanta «prestancia». Allí se quedó un rato, alabando a su nuevo líder, quien la iba a llevar a «la vida que todos se suponen deben tener». Cuando llegamos, el restaurante había cerrado el servicio de la cocina; sin embargo, el tipo se conmovió de nuestra historia de amor (y de lo bien que se sentía el billete en sus manos). Pudimos disfrutar de un goulash, de vino, de un lomito con ensalada de lechuga y nueces. Éramos los últimos en aquel lugar, sin más música que nuestras sonrisas y el agudo tintineo de las copas apenas tocándose. Me sentí tan bien que me llegó un mal presentimiento, la mala costumbre de creer que no me merezco los bellos momentos y que su ocurrencia no son sino premoniciones de que alguna desgracia se acerca. Siempre como en una última cena, un último día feliz. Sin embargo, me deshice de las malas vibras tomándole la mano a Melinda y jurándole que al llegar Elodio a presidente, visitaríamos Francia. Ella no quiso que hablara de otra cosa.

Cuando regresábamos, solitarios en la cabina y con el vino acelerando la sangre, nos besamos. Esta vez sí tomó mis manos y las metió bajo su franela. Su piel era de una suavidad distinta a la de las mujeres con que había estado antes, una textura que procedía de su herencia y de las ganas locas que tenía de probarla. Sus senos eran superiores a los que habían dibujado mis expectativas, y estaban allí solo para mí. Ella me los metía en la boca y supervisaba que atendiera a como se le erizaba la piel cercana a los pezones, negros, acotados; apenas dos puntos asomados en mitad de la noche. Miró la ciudad y se bajó el pantalón, sonreí al ver la pantaleta fucsia que le había comprado. No sabía si rompérsela para llegar hasta su vientre o por el contrario conservarla como amuleto. Puso sus manos contra el vidrio de la cabina y soltó un grito cuando sintió que tomaba posesión absoluta de sus nalgas. Resistió con entereza

las primeras penetraciones, mis manos atenazando su cintura, mi lengua dispuesta a hidratar el camino; entonces arqueó la espalda y me tomó del cuello y me acercó a su boca. Me dijo «Háblame de París. Cógeme mirando París». Fue cuando mis ojos absorbieron la ciudad y ya Caracas no era sino el territorio imaginado de Víctor Hugo, de Proust, de Dumas. Entonces a medida que Melinda gemía, yo la hacía mirar hacia Plaza Venezuela y le decía que aquel era nuestro centro, nuestro Arco del Triunfo, y que los Campos Elíseos se extendían hacia Sabana Grande y concluían en Altamira, quizá antes, puede que después. Melinda escuchaba y cambió su perspectiva para sentarse sobre mí y tener absoluto control de mi voz y de mi historia. Sus ojos estaban secuestrados por la pequeña constelación que ahora tomaba la forma de todos sus anhelos y que ya no percibían Parque Central sino la Torre de la Bastilla o a Petare como Montmartre. Melinda se mecía enloquecida, visitando el Louvre y percatándose de que la *Mona Lisa* no era tan grande como lo suponía y de que habría deseado que allí estuviese el *David* de Miguel Ángel, para así comprobar lo que intuitivamente sabía sobre la dureza viril del mármol. Le hablé de Versalles al lamerle los pezones, jurándole que ella sería María Antonieta sin la historia trágica, que podría pasearse desnuda por los jardines cada día soleado y que no habría decisión que no fuese cumplida sin antes pronunciar la palabra «Alteza». A Melinda eso la puso excitadísima y aumentó el ritmo, me puso contra su pecho y sentí su corazón bombear sangre y su boca jadear libremente. Cuando me dijo que se estaba viniendo, me enterró las uñas en la espalda y me rogó que no lo sacase nunca. Fue entonces que pensé, por primera vez en la vida, que de tener un hijo lo llamaría Swann.

Le pedí que nos quedásemos juntos el resto de la noche. Por alguna razón estaba consumido por las ganas de despertar a su lado, quizá repetir la escena del teleférico sobre un soporte suave, más romántico. Melinda lo pensó un tiempo, al menos lo que duró en

vestirse y llegar a la moto. Dijo que no, pero acompañó su decisión con un beso y la promesa de que mañana todo terminaría. Su misión también estaba por encima de nosotros y de París. Eso me hizo sentir mal porque conforme pasaba el tiempo, más olvidaba mis propias responsabilidades. Tenía como cinco horas sin publicar ni siquiera un breve comentario, lo cual es toda una eternidad en la red social. Sabía que eso era imperdonable y Melinda opinó lo mismo al comentárselo. Le dije que mañana iba a recuperar mi toque y que ella se sentiría orgullosa. Melinda sonrió, pero me dio un consejo cuando me estaba dejando frente al apartamento de Belisario.

—Por favor, si sientes que algo va mal... aléjate. No te hagas el héroe...

—¿Cómo te encontraré? —le pregunté.

—Cuando todo termine, yo te encontraré a ti... te lo prometo.

La abracé y le ajusté el casco. Luego la vi irse en dirección a donde Farías tenía su puesto de comando. Antes de entrar al edificio, percibí una figura de mujer que se hallaba del otro lado de la acera. Estaba estática, mirándome, al menos eso percibía yo por su postura, pues vestía un suéter con capucha que dificultaba hacer un registro de sus expresiones. Sentí algo de miedo. No el temor que se te activa cuando vas por la calle y alguien te dice «Epa mi pana, me dices la hora... tranquilo, no te asustes, no te voy a robar... quédate tranquilo... esto es un atraco», sino otro, como el que se apodera de los sueños justo en el segundo previo en que empiezas a darte cuenta de que vas a entrar en una pesadilla.

Metí la llave en la ranura sin perder de vista la figura. Subí por el ascensor y entré a casa de Belisario sin saber cuánto tiempo había dejado de respirar.

El apartamento estaba a oscuras y preferí no encender las luces. Fui directo a echarme en el sofá para chequear a través del teléfono lo que sucedía en la Caracas virtual. Al descubrir que

estaba quedándome atrás de un tipo que por su foto de perfil parecía ser el mismo Roy Meléndez, sentí unos ruidos que provenían de la habitación de Belisario. Concentré mis fuerzas en determinar qué los provocaba pero me fue difícil con la distancia. A veces los sonidos aumentaban y con ellos una pequeña sospecha que me trajo recuerdos recientes y que quise comprobar. Me quité los zapatos, me acerqué a la puerta medio abierta. Las sombras contaban una historia de amor, una de sexo al menos. La mujer gemía y Belisario ponía todo su empeño para compensar sus más de cincuenta años. Me sentí bien por él, creo que le hacía falta. Tal vez así olvidaría a su ex y al escultor, quizás volvería a la pintura. Los dejé envueltos en las sábanas para volver al sofá e intentar descansar.

Por la mañana desperté sobresaltado creyendo que me había perdido el día definitivo. Fui al baño para ducharme, cepillarme los dientes, vestirme de forma cómoda para recibir esta nueva etapa. Ya me imaginaba cuando regresara de París con Melinda recién convertida en una dama versada en vinos de temporada y con la habilidad suficiente para reconocer la diferencia entre un Monet y un Cezzane, y encontrar una sociedad en plena efervescencia progresista conforme abrían los centros comerciales en cada esquina, los cruceros aparcaban en La Guaira, y millones de turistas regresaban con el mismo ímpetu de sus ancestros coloniales para fundar emprendimientos maravillosos como la cría de caballos de paso e incluso la instalación de las primeras torres de perforación para la explotación de la Nutella que tan importante era para el equilibrio psíquico de quienes crecieron viendo *Cartoon Network* y que cementaron su cultura del mundo a través del programa «¿Quién quiere ser millonario?». Pero al llenarme de más y más felicidad por esos pensamientos, me llegaron también imágenes confusas, en las que reportaba la entrega del Nobel a un *influencer* que descubrió la superioridad del capitalismo sobre otras formas de existencia al

diseñar un meme con la frase: «No le des el pescado al hombre, enséñale a pescar». Supe que algo andaba mal cuando subió a recibir el premio y su discurso señalaba que en el pasado, en cualquiera de ellos, el hambre no existía, ni el racismo ni la división entre clases. Que todo era un descubrimiento de la era digital, pero que había que enmendarlo así tuviésemos que ser tan drásticos como cuando se elimina un virus de una computadora: resetear todo el sistema, reiniciar, así se quemaran los circuitos.

Belisario me despertó, esta vez sí de manera real. Llevaba unas bolsas de mercado que puso en la cocina. Me dijo que prepararía el desayuno. Le agradecí, pero tuve que disculparme porque estaba retrasado. A esa hora ya debía estar consumándose el cambio de gobierno y no quería perdérmele. Él arrugó la frente, toda la cara. Me informó que recién venía del mercado Guaicaipuro y lo único que vio parecido a un golpe de Estado era el precio del arroz. Fui a asomarme por la ventana, para explicarle que desde luego nada iba a ocurrir de manera rápida, primero había que aglomerar a una masa crítica y después avanzar para conquistar los objetivos. Belisario me lanzó unos ojos compasivos que me molestaron.

—¿Qué? —le dije.

—No, no, nada...

Salí del apartamento sin despedirme y sin saber si volvería. Ya en la calle, vi con gusto la misma barricada con la que tropecé anteriormente. De inmediato hice mi parte. Estaba dispuesto a no despegarme de mis responsabilidades, no tanto por Elodio como sí por Melinda, quien de seguro en algún lado estaba haciendo mucho más que yo. Pude ser testigo de que el mecanismo de la barricada ya lucía aceitado. Algunos aprovechaban los mismos insumos del día anterior y le agregaban la basura que la Alcaldía por alguna razón había olvidado recoger. También se habían sumado más personas de las cercanías para actuar como buenos castores en la construcción de una represa, cuyo objetivo más que detener el tráfico se

circunscribía a proyectar una imagen de comunidad unida ante el autoritarismo gubernamental. Claro que siempre había algunos a los que les costaba entender que todo se hacía por el bien común. Hubo uno que otro caso aislado, como una señora cincuentona que entró en pánico al no entender que los golpes que recibía su vehículo de parte de los vecinos, eran precisamente para que su guardafangos no se incendiara con las llamas. Otra, tuvo un ataque de histeria porque según ella, su madre necesitaba recibir tratamiento por un ataque de neumonía y que al cerrar el paso a su edificio, la anciana corría el riesgo de morir. Gracias a la intermediación de un encapuchado que habló de manera muy asertiva en ambos casos, se pudo negociar que ambas mujeres cedieran en sus egoístas peticiones y apoyaran la lucha que tan solo se llevaría el día de hoy. Visto detrás del lente de la cámara, era más sencillo filtrar lo que ocurría. Como si le estuviera aplicando a los hechos un mejorador vital que convertía de pronto cualquier diatriba en males menores, si se ponía siempre a Elodio en la lista de prioridades. La señora del vehículo se retiró, sin el guardafangos quemado aunque sí con una ventanilla rota, y la otra mujer recibió algunos sabios consejos sobre la necesidad de que se fuera «a Cuba a atender a su madre enferma». Creí que nada podría salir mal ese día.

Caminé hacia la plaza para contagiarme un poco de la buena vibra que allí se respiraba. Un grupo de proactivos jóvenes grafiteaban imágenes de santos sobre unas pancartas con forma de escudo. Una propuesta muy respetuosa de nuestras tradiciones, pensé. Otros optaban por un estilo más retro, como la cruz roja de los templarios, cuyo estilo lució más que acertado cuando a unas muchachas les dio por ensayar un *performance* con unos látigos. Cerca de ellas, un grupo de actores, probablemente amigos de Chichita, firmaban autógrafos detrás de una pancarta que decía «Si una Miss Venezuela con nosotros, quién en contra». Estuve tomando fotos en cantidades industriales, posteando, compartiendo la ruta de la

marcha, incluso me dejé llevar por la atmósfera y repliqué unas cuantas oraciones del perfil de la mamá de Cristipuchi pidiendo que se derramara la sangre de Cristo sobre el país entero. El ritmo que llevaba hizo que subiese de manera vertiginosa la cantidad de seguidores, y también las solicitudes por más detalles sobre cómo participar sin pararse del sofá de sus casas y también *tips* acerca de cómo ir acumulando los *selfies* de las marchas y barricadas por si era necesario, ¡Dios no lo quisiera!, optar a la solicitud de perseguido político en el extranjero. A todos les respondí, excepto a quienes desde ya condicionaban la participación, sí y solo sí, la actividad terminaba antes de las cuatro que era la hora en que comenzaba la final de la Champions League, a esos no...

Sentí que me tocaban el hombro. Al voltear choqué de frente con el tipo compra videos, Roy Meléndez. Lo saludé con un notable desánimo.

—Oye —me dijo—, no estás resentido, ¿verdad?

—No sé de qué hablas...

—Ah, ya pensaba que estabas un tanto molesto, digo... porque mi publicación del violinista... va por el millón de visitas. Ni el panda estornudando ha logrado tanto —rió.

—¿Qué quieres?

—Ahora que lo dices, pues me preguntaba si sabías cuándo y dónde sería ese gran suceso del que se está hablando por allí, ese que publicaste...

—Ni idea... no sé... ¿qué suceso? —Subí los hombros.

—Pensé que como siempre estás tan dateao, como si tuvieras una bola de cristal para estar justo dónde ocurre lo mejor, te llevas todo el lomito y les dejas el caliche a los demás. Así no vas a sobrevivir en este medio...

Traté de buscar algo que me permitiera zafarme de esa molestia. Así que aproveché a un grupo de muchachos que organizaban

un tanto alejados del bullicio una cantidad considerable de tubos multicolores.

—Mira —le dije—. ¿Por qué no te encargas de hacerles un reportaje a esos chamos? Creo que están organizando los fuegos artificiales para cuando tengamos que celebrar la victoria.

El tipo frunció el ceño y miró en la dirección que le indicaba, luego volteó a verme.

—Me estás jodiendo, ¿verdad? ¿Fuegos artificiales? ¿Estás demente o crees que soy un imbécil? Sabes qué... jódete.

Mientras Roy se descargaba conmigo, vi por encima de su hombro izquierdo a la misma tipa de la capucha que estaba frente al edificio de Belisario la otra noche. Ahora se hallaba junto a los chamos de los cohetones y miraba en la dirección en que me encontraba.

—Oye, ya... ya —le dije temblando a Roy—. Necesito que me ayudes con algo...

—¡Tú si eres bien jodido, ahora quieres que te ayude...!

—Mira hacia tu derecha, por favor —enterré los ojos en el suelo— y dime si ves a la mujer con la capucha.

—¿Qué o qué? ¿Crees que soy estúpido?

—Por favor, te diré lo que quieras... solo dime si la ves... si la reconoces...

Pero Roy estaba demasiado molesto. No quiso ayudarme, siguió su camino recomendándome ayuda psicológica. Tuve que contener mis propios espasmos para lograr levantar de nuevo la mirada. Seguía allí, estática. Supe que debía caminar hacia ella pero una fuerza superior me lo dificultaba. Una energía que le ponía freno a cada articulación, a mi propia voluntad. Pensé que iba a quebrarme al dar un paso adelante para confrontarla. De no ser porque un tipo en la tarima tomó el micrófono y les pidió a todos que comenzaran a marchar, creo que habría logrado al menos llegar suficientemente

cerca para ver su cara. Una marea de seguidores de Elodio lo impidió. Hice un esfuerzo por no perderla, pero fue imposible.

Ya arrastrado por la gente que se dirigía hacia el punto de concentración, las palabras de Roy volvieron. Era claro que estaba dejando escapar demasiados detalles, quizá la película entera. Sea como fuera tenía que sacudirme con arduo trabajo mis propios conflictos y mantener los canales abiertos, si es que no deseaba que la realidad terminara adelantándose y yo estuviera mirando a otro lado, o peor aún, con el teléfono apagado.

Sin embargo, la marcha no fue lo que esperé. No sé si tenía demasiadas expectativas o estaba dejándome llevar por las esperanzas de otros. Fue peor que una de esas peleas *pay per view* de boxeo que duran diez episodios sin generar ninguna intensidad real. Creo que la propaganda tenía mucho de responsabilidad en la desilusión. Eso de prometer un paraíso instantáneo solo vertiendo unas gotas de sudor, no era precisamente la mejor manera de conseguirlo. Tampoco ayudaban las iniciativas confusas como el «muro» de Claudio. Cuando pasé frente a él, vi a un grupo de marchistas que se detenían para dar nombres de quienes creían eran los culpables de la debacle del país. En una mesita otros recogían las propuestas e imprimían el rostro del señalado y lo pegaban al muro. Allí se quedaban un rato maldiciendo la imagen puesta en la pared y algunos hasta le lanzaban potes de agua, comida o lo que tuviesen en la mano. Era como la *Lista de Schindler* pero al revés. Estuve tentado a escribirle algún comentario a Claudio para que repensara su iniciativa, porque si la cosa seguía así —y lo digo por el rostro de quienes apuñaleaban o le daban cabezazos a las hojas sobre la pared—, algún oportunista vería la oportunidad de ponerse a tejer muñequitos vudús por encargo para venderlos a un precio módico y así convertir el linchamiento imaginario en un negocio —o terapia— muy lucrativa.

Al llegar al punto de concentración, los cientos de asistentes tuvieron que aplicarse una nueva capa de protector solar, mientras espera-

ban a que sobre la tarima algunos dirigentes decidieran quién tomaría la palabra. Al final triunfó uno que con un peculiar giro semántico, explicó que tomar el poder ya no era lo más importante, sino la manera en que habían logrado sacar ese día todo el potencial artístico de los habitantes de Caracas. Ante el silencio que se apoderó del lugar, expresó que esto no era una carrera de 100 metros planos, sino un maratón en el que tenían que tener algo más que paciencia. Los que habían llevado los escudos fueron los primeros que empezaron a gritarlo. Él trataba de calmar los ánimos queriendo contar una anécdota personal de la vez que pidió una hamburguesa de pollo y se la dieron sin pollo, lo que lo llevó a deprimirse y encerrarse en su casa por una semana. Pero en el momento en que percibió que la soledad y los videojuegos no eran la solución para sus dudas existenciales, decidió hacerse varias preguntas que ahora lanzaba a través del micrófono: «Si el mal se abalanzara sobre la tierra, ¿no les gustaría tener la fuerza suficiente para hacerle frente?». Algunos gritaron que sí (alaridos dispersos). Siguió: «Si supiesen que un meteorito se aproximara a la tierra y de ustedes dependiera la sobrevivencia de la especie humana, ¿no rogarían porque Dios les hubiese conferido la misión de ir en una nave espacial y poner una bomba nuclear y así desaparecer la amenaza?» —algunos aplausos—. Cerca de mí alguien preguntó si eso no era el argumento de una película. El sujeto se sintió entonces cómodo para dar la estocada que lo encumbraría: «Lo que intento decir hoy aquí, compañeros, compañeras, se resume a si fuesen mutantes, ¿qué poder les gustaría tener?». Tenía tiempo sin escuchar los grillos apoderarse de la tarde caraqueña. Los muchachos que por la mañana habían preparado los escudos, se montaron en la tarima y bajaron al fugaz líder y tomaron el control. Dieron un ultimátum, los periodistas entraron en un estado de locura total, sacaban fotos, pedían a sus camarógrafos que conectaran los satélites, transmitían lo que parecía un cambio de perspectiva en la protesta. Cuando la nueva voz se bajó de la tarima, se descubrió un poco la cara para acomodarse una máscara anti gas y lo reconocí. Era Friki.

El grupo de muchachos liderados por Friki sobrepasaron la tarima instalada y se dirigieron al cordón policial. Era claro que habían decidido aportar su visión sobre la gerencia del conflicto y así quebrar la rutina a su favor. Sin embargo, esa tarde, luego de algunas horas de piedras, cohetones y chorros de agua, todos se fueron a sus casas. Al regresar con Belisario, quise que me tragara la tierra.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué?

—¿Ya Elodio gobierna?

—No, aún no... pero estamos cerca.

Belisario, puso a hacer café y se me acercó.

—Creo que es hora de hablar...

Belisario me confesó que no compartía ni la forma ni el fondo del llamado de Elodio. Su punto de vista estaba muy impregnado de su retorno, después de muchos años, al mundo de la pintura. Decía que ahora tenía «nuevos ojos» gracias a un recorrido que hizo por la plaza cuando comenzaron las manifestaciones. Allí entró a un mundo desconocido que lo puso en alerta. Que le heló la sangre. No obstante, como lo malo nunca llega sin su contracara positiva, la expedición tuvo un resultado inesperado. Ya hacía tiempo que venía evaluando regresar al arte ingenuo, y además repensar la estética cristiana que desde su perspectiva había sido condenada al estancamiento por la Inquisición. Se apoyaba en pintores preteritos como Rafaela Baroni y Bárbaro Rivas. Deseaba impulsar a través de la pintura un movimiento que le diese verdadero sentido a las enseñanzas de los grandes maestros e iniciados de la historia: Buda, Zoroastro, Pitágoras... y por supuesto al Cristo místico de los Esenios. Le confesé que nunca sospeché que fuese un sujeto religioso, sino que tenía cierta propensión al ateísmo comunista. Él sonrió y alabó mi intuición. Me dio la razón pero matizó que eso era antes de ponerse a revisar por las madrugadas los blogs cons-

piranóicos, los cuales afirmaban que el Gobierno, en las sombras, había silenciado los mensajes más revolucionarios del carpintero de Galilea, con especial énfasis en el que rezaba: «Amaos los unos a los otros»...

—Lo han tenido siempre muy claro —entrecerraba los ojos y se acercaba para cerrar las cortinas de la ventana.

Su impulso vital le hizo tragar grueso y acercarse al grupo de «*groupies* marianas» que ya instalaban en la plaza su sala de operaciones. Al principio no lograba decidir qué cofradía abordar con el fin de tener una idea clara de por dónde andaban las tendencias espirituales hoy día. Las tarbesianas lucían imbatibles en la manera en que lograban convencer a los transeúntes para recoger fondos sobre la base de la culpa; las claretianas, por su parte, peleaban desde su experticia más sedimentada, que consistía en la organización metódica de las figuras de yeso a través del color y año de aparición en la tierra. Belisario reconoció que no se dejó atraer por la propuesta de las adoradoras de Fátima, porque les echaba en cara que los pobres pastorcitos que recibieron las profecías terminaron confinados de por vida a una vida monacal lejos de sus cielos, ovejas y campos, y eso sí que no le parecía ni muy tierno, ni muy piadoso. Sin embargo, mientras recorría cada *stand* como si se tratara de un mercado persa, una mujer lo secuestró por entero. De pelo negro y ojos que le recordaban las vírgenes andaluzas, estaba coronada por unas flores rojas que encendían las tonalidades de cada escapulario que colgaba de su cuello. No tuvo alma para nadie más, solo deseaba pintar ese rostro, ponerle los nombres de cuanto ángel existiese, apagar las preguntas lógicas y ya no hacerse el pesado citando a Gruzinski y su ensayo sobre cómo la Virgencita de Guadalupe llegó a México para imponer la destrucción de la memoria azteca a punta de oraciones, mutilaciones y perros con demasiado gusto por la sangre indígena. En ese punto, Belisario se enserió y yo comencé a sospechar algo que de inmediato corroboraría: su decisión de apuntarse en la lista

de creyentes (falsos, pero al fin y al cabo... creyentes) de la Virgen del Rocío. Reconoció que no fue fácil al principio, pues la mujer estaba tan dedicada a su labor que apenas si prestaba atención a Belisario. Sin embargo, el pintor se permitió la paciencia suficiente para captar la atención de la devota, al confesar (por supuesto de manera falsa también) que ya tenía sus boletos comprados para irse a Sevilla en Semana Santa y caerse a golpes con cualquiera que se atravesara en su deseo de cargar el altar de su patrona. Lo demás fue coser y cantar, o más bien, pintar y cantar, pues llenó la plaza con la figura de la Virgen, que no por casualidad lucía exactamente igual a la mujer que lo había enamorado. Tuve que detenerlo en ese punto antes de que llegara a donde iba a llegar, y le describí a una mujer que apareció en mi cabeza. Di pistas no solo de sus características físicas, sino de su talante, de su forma de hablar, de vestir, de pavonear su *kit* milagroso edición limitada. Belisario contestó que sí, que sí y definitivamente que sí... y allí no tuve que continuar atando cabos pues ya era más que evidente que la mujer que gimió el nombre de Dios en vano, bajo las sábanas de Belisario, era la mismísima mamá de Cristipuchi.

Había cosas que aún en mi mente no terminaban de cuadrar. Me era muy difícil imaginarme que una mujer tan piadosa, por decirlo en su jerga, tan dada a cumplir con su rutina de ejercicio espiritual, casada, y que además se persigna y reza un «Dios te salve María» al estornudar, al lanzarse una flatulencia o maldecir la eliminación de su cantante favorito de *American Idol*, estuviese revolcándose con un extraño al que conocía de apenas unos días. Belisario fue a buscar café mientras silbaba y yo me asomé al balcón con la vista puesta en la plaza, punto cero de la cruzada por la libertad, sin saber hacia dónde se estaba yendo todo.

Tal y como Belisario lo insinuó, el día siguiente tampoco trajo la libertad prometida. Ni el día que le siguió a ese, ni el posterior. Lo que podía observar era una repetición de los momentos anteriores,

en un bucle infinito cuyos únicos resultados notables era la obesidad de quienes cerraban todas las mañanas la calle cerca de donde me encontraba.

Aunque también reconozco que ocurrieron otros sucesos, como el hecho de que la mamá de Cristipuchi pasaba cada vez más tiempo en casa de Belisario y menos tiempo en la plaza. Su cofradía acusó el castigo en beneficio de la monjas Carmelitas, quienes se hicieron con la feligresía abandonada al instalar, en alianza con algunos sacerdotes de la Conferencia Episcopal, la venta de *stickers* con pasajes bíblicos o imágenes icónicas del diluvio o la destrucción de Sodoma y Gomorra, los cuales ya tenían el tamaño exacto para ser usados en escudos y cascos, y que para ser honestos eran más bonitos y baratos que los que vendían los actores y actrices de las telenovelas con la etiqueta #NoNosOlviden.

De esos días, lo que no era igualable era el surgimiento de un nuevo liderazgo encabezado por Friki. Debido a que las convocatorias mañaneras y las barricadas languidecían por cansancio o falta de logística de las juntas de condominio cercanas, la aparición de Friki vino a darle aliento al mensaje de Elodio. Claudio y Chichita aparecían en los programas de entrevistas matutinos llamándolo «nuestro muchacho». Explicaban que él era tan solo una muestra de la Venezuela que vendría y que desde el siglo XIX no se veían prohombres con tal capacidad de desprendimiento por el país. Recuerdo que en una de esas apariciones televisivas, a alguien se le ocurrió preguntarle a Chichita de dónde provenía la temeridad de Friki, y ella contestó desde lo más sensible de su naturaleza de ex *Miss* que el secreto era que «él no tenía nada que perder». Belisario vio esa transmisión conmigo y saltó del sillón muerto de la ira. Yo trataba de excusar a Chichita con la clásica «Ha sido malinterpretada», pero no parecía ser suficiente. Para Belisario el empeño de dar notoriedad a Friki, por parte de la misma gente que cruzaría la calle si veían la negritud del muchacho acercarse por la misma acera, se debía a que no eran capaces de ha-

cer las cosas que él estaba dispuesto a hacer de gratis. Para Chichita, Claudio y el mismo Elodio —decía Belisario—, Friki fungía como los animales que se meten en naves espaciales para conocer qué tan crueles e inhóspitas son las rutas desconocidas del universo, antes de que vengan los que de verdad van a gobernar y desembarquen, olvidándose de aquellos que les limpiaron el camino. «Ellos no arriesgan nunca nada y quieren ganarlo todo», rugía Belisario. Me pidió antes de seguir contribuyendo a glorificar a Friki, que entrevistara a Elodio y le preguntara lo mismo que Michael Moore le pregunta al senador norteamericano que vota a favor de la guerra: «¿Va a enviar a sus hijos a pelear en Irak o solo lo harán, para variar, los pobres, los negros, los inmigrantes...?»⁴

Belisario, luego de que subía el tono y se ofuscaba, me pedía perdón. Decía que su rabia no tenía que ver conmigo, pero sí con mi empeño en azuzar una situación que, como siempre ocurre, tiene fecha de inicio pero nunca de fin. A veces le replicaba, pero dejé de hacerlo cuando me demostró caminata de por medio, que la lucha de Elodio se circunscribía a cinco kilómetros cuadrados.

—Es tu telefonito el que magnifica esto... —me decía justo cuando nos alejábamos cien metros del epicentro de las barricadas.

Siempre creí que Belisario estaba siendo demasiado injusto. Quizá observando el esfuerzo de tanta gente tras su soberbia de artista, sin reparar en detalles. Pero no quería juzgarlo. Le agradecía muchísimo no dejarme dormir en la intemperie y que me diese la llave de su *penthouse*. En cualquier caso, comenzaba a creer que en parte tenía razón, especialmente en lo que se refería a Friki. Yo mismo veía que la atención mediática era extrema y peculiarmente organizada. Por supuesto, el artífice de la campaña era Roy Meléndez, quién luego de abandonar al violinista, tomó a Friki como lo hizo Scorsesse con Leonardo Di Caprio o Tim Burton con Jhonny Depp, es decir; como su inspiración, su *vedette*, su... ¿cajero automático?

⁴ Documental *Fahrenheit 9/11*.

Pensé que para terminar de resolver la disputa con Belisario debía internarme de nuevo en las protestas que lideraba Friki y retomar el mensaje original en el que tanto nos insistieron en La Quinta. Belisario me pedía que no me expusiera, que dejara las locuras en las que estaba metido, que regresara con mi papá, con mis amigos, que me graduara y siguiese con mi vida. Me lo repetía cada día, al menos hasta las seis de la tarde que era cuando me rogaba que me fuese del apartamento para él recibir a «su Virgencita milagrosa» (guiño de por medio) sin testigos que la espantaran.

El último día que estuve en casa de Belisario, no por decisión propia, me llamó a un rincón del *penthouse* que despejó para usarlo como el taller de esta nueva etapa creativa. Francamente había que reconocer que la energía sexual, el amor, o lo que fuese que hubiese despertado la mamá de Cristipuchi detonó lo mejor del talento de Belisario. Su cuadros nuevos estaban a años luz de los anteriores y no en pocas ocasiones pensé, sin todavía decírselo hasta que estuviese concretado, conectarlo con algunos amigos de mi padre que se dedicaban al negocio del arte en Europa y el suroeste asiático. Belisario me puso frente a lo que parecía una pintura, estaba envuelta en papel marrón sostenida por una cuerda plateada.

—Anda, lo hice para ti —dijo.

—No lo esperaba... Gracias...

—Te lo mereces, por muchas razones... una de ellas es que me trajiste de nuevo la suerte. Pero lo otro, lo más importante es que sabes que estoy en contra de Elodio y aun así hemos podido convivir. Me has respetado y eso te lo agradezco. Eres un buen muchacho, sean cuales sean las razones para que sigas a Elodio, no quiero que pesen más que la amistad que recién construimos...

—Yo te debo que me hayas recibido y atendido, a pesar de nuestras diferencias... Me has enseñado...

—Y yo he aprendido de ti...

—Guardar archivos en PDF no aplica como sabiduría —le dije.

Ambos reímos. Hubo un ambiente de distensión, de camaradería, que me golpeó fuertemente el estómago.

—Dios, quiero ver a mi papá —comenté en voz baja.

—No lo entiendo, ¿por qué no lo haces?

—No lo sé, estoy como bloqueado. Necesito que esto termine, que Elodio gane o pierda, pero necesito que acabe esta misión.

—Hijo, voy a confesarte algo... por favor escucha con atención algo que no vas a conseguir en un buscador web, ni en las redes sociales, ni en el telefonito. Quizá no te lo he dicho pero no hay nada que me desequilibre más que los que van por allí diciendo que la verdad no existe, que todo depende del cristal con que se mire. Ven a un ser humano pasarle por encima a otro y alzan los hombros sin tomar partido. Justifican muertes e injusticias tras la frase «¿Pero quién tiene la verdad?» O una mejor «Todos tenemos nuestra verdad». ¡No, no y no...! Estar del lado de la vida, siempre, bajo cualquier circunstancia o presión; estar del lado de la vida a costa de nuestro propio orgullo, prejuicio o ambición. Nada puede estar por encima de eso...

Quedé un rato allí en silencio. Con la necesidad de destilar lo que recién escuchaba y hacerlo parte de mi pensamiento, de mis emociones. Fui hasta el obsequio y rasgué el papel. Era un lienzo en blanco, con unas palabras en su extremo inferior:

Hubo un momento en el mundo,
en el despertar de las cosas,
donde éramos lo que éramos
y eso era suficiente

Salí del apartamento con apenas unos segundos de diferencia, antes de que la mamá de Cristipuchi comenzara a tocar el inter-

comunicador. Caminaba atolondrado por la imagen vacía que me brindaba Belisario y el cuadro de su primera propuesta artística que consistía en permitirle a los espectadores intervenir su obra. Aún arriba, después de leer aquellas palabras y de darle un abrazo, me alcanzó un pincel y una paleta. No sé si lo que hice valió la pena o le hizo justicia a su bella declaración. Esperaba que sí.

Mi teléfono se había convertido en un hervidero. Tenía miles de solicitudes, comentarios, publicaciones en las que se me pedían explicaciones sobre una frase que se había vuelto viral y que al parecer había publicado: #OperaciónJaqueAlRey.

No tenía la menor idea de a qué se referían. Tuve que sentarme un rato en la acera cerca de la barricada diagonal a la casa de Belisario, para revisar con detalle esto que me tomaba por sorpresa. A veces me costaba lograr la concentración suficiente para hacerle seguimiento a los hilos de conversación que se formaban en los foros o publicaciones, porque los vecinos que antes le picaban queso (literal) y traían bandejas con jamón serrano y queso emmental a las brigadas de tranca calles, comenzaban a opinar que una cosa era una barricada que sirviera para incinerar de manera *express* los trastos inútiles que tenían en sus apartamentos y otra muy distinta poner cabillas y cemento para levantar muros permanentes. Los encapuchados argumentaban que solo buscaban algo más institucional que homogeneizara la apariencia de cada barricada, pues el desorden entre unas donde ardían muñecas inflables y aquellas adornadas con arbolitos y luces de navidad, pues no era precisamente la imagen que deseaban proyectar ante el tribunal internacional de La Haya. Los vecinos estuvieron de acuerdo, siempre y cuando los encapuchados decidieran abandonar los salones de fiesta de los edificios. Al parecer (y esto lo decían en tono muy bajito y respetuoso) ya algunos de la comunidad habían sido sometidos a varias rondas de obligatorias contribuciones monetarias, donde pues... se usaba un «léxico no muy cortés» y que les asustaba un poco, pero solo un

poquito. Por supuesto, los encapuchados se murieron de la risa y resolvieron la negociación pidiéndoles el doble de sándwiches rellenos... y cuidado con intentar cambiarles la crema de maní por algo insípido y de menos valor «...pues como ya todos saben —informaba el presidente de la Junta de Vecinos a sus atribulados propietarios y copropietarios— es muy fácil acostumbrarse rápidamente a la buena vida y hay que entender que nuestros muchachos no piensan retroceder ni un paso en sus conquistas sociales alcanzadas...». Ni en Leningrado se vivieron escenas más épicas.

Tuve que seguir caminando para no vomitar. También para no hacerles saber a los vecinos que ahora eran las *bitches* de esos encapuchados y que la culpa era de ellos mismos por haberlos mal acostumbrado. Ahora habían convertido la calle de Belisario en una extensión más de cualquier cárcel venezolana. Con sus mismas reglas de pagos obligatorios para conservar la vida o la dignidad, un régimen de cero tolerancia a quien quisiese sublevarse o cambiar el sistema y la ley de la selva como lógica de interacción humana. No podía creer que esto estuviese replicándose en todas las barricadas con todos los grupos que resistían. De seguro eran casos aislados, unas malas manzanas cuya conducta era necesario reencauzar para que no contaminaran con el ejemplo al resto. En ningún momento había escuchado a Elodio en sus actos públicos o apariciones televisivas, pedir porque se cometieran tales atrocidades. Era casi seguro que la culpa la tuviesen los dos instructores de La Quinta, Baltazar y Farías, balas perdidas quien sabe si con agendas particulares que en estos momentos enlodaban el esfuerzo colectivo. De seguro era eso...

Ya sea por causa de esa idea o de la información de que en la autopista había comenzado el #FrikiShow, sentí que lo mejor era dirigirme en busca de respuestas que me ayudaran a comprender de qué trataba la operación de la que todos estaban hablando.

Ese día había más gente en la calle que de costumbre, puede que impulsados por la expectativa de que al fin se cumpliría lo que todos anhelaban. La instalación de una tarima y una pantalla gigante en la plaza eran señales de que íbamos en esa dirección. Ni hablar del reloj en cuenta regresiva que auguraban solo cinco horas de espera antes de dar la bienvenida a un nuevo mundo. Muchos ya estaban instalando sus tumbonas de playa cerca de la tarima, mientras los vendedores de *popcorn* y *cupcakes* estaban boyantes de actividad. Vendían sus productos a precios elevadísimos en las áreas VIP de la plaza, y luego se iban hacia la periferia a comerciar lo mismo a mitad del precio, por supuesto no sin antes poner un cartel en el que se leía: «Cotufas y Ponquecitos (lleve 3 y pague 2)».

Al llegar a la autopista vi que Roy Meléndez ya se encontraba con todo su arsenal de luces y asistentes haciéndole toda suerte de fotografías a Friki. Le pedía que «simplemente actuara natural», que no mirara la cámara, preferiblemente con los ojos hacia el horizonte, hacia el futuro. Friki estaba encantado con esa clase de atención. Incluso llegó a ponerse obstinado y decirle a Roy que captara siempre su lado izquierdo, a su juicio el que más le hacía justicia. Los asistentes le cambiaban la capucha o la gorra a Friki, y colocaban sobre la cabeza el parasol, para filtrar la temperamental luz de final de la tarde. Sexo Débil venía desde la primera línea de quienes enfrentaban a la policía. Olía a gas y a sudor. Le reclamó a Friki que le «echara bolas a la calle» y que «no fuese tan maricón». Luego se fue hasta donde los asistentes de Roy tenían una cava con agua y refrescos. Uno de los que atendían ese espacio se le acercó con una libreta para comprobar que era parte del *staff*, porque de lo contrario tendría que abandonar el lugar. Sexo Débil miró al pobre muchacho y le quitó la libreta, la partió en dos, luego lo levantó como lo solía hacer Hulk Hogan en sus momentos de gloria y lo tiró a cinco metros. Roy Meléndez, cámara en mano, eufórico o drogado, volteó a ver lo que ocurría y lo único que salió de su boca

fue: «Sí, eso... dame más... muéstrame más energía, más rabia... me encanta». Sexo Débil, obstinado, le lanzó la cava y se llevó por delante unas cuantas luces, Friki, que estaba siendo maquillado, le reclamó furioso. Se acomodó la capucha y le dijo a Roy que no se distrajera, que la estrella era él. Roy asintió y lo siguió con la cámara como una rata detrás del flautista de Hamelin.

Me acerqué a Sexo Débil, que respiraba con demasiada dificultad. Él me vio con sus ojos llenos de nada. Sin transmitirme un sentimiento distinto a la ira. No sentí que tuviese algo útil que decir y no quería preguntarle directamente si conocía algo de la Operación Jaque Al Rey. Tomé una tangente...

—Viejo, creo que tus cosas se quedaron en casa de Chichita... me refiero a las merengadas, a las revistas —pensé en comentarle también sobre la muerte de su tortuga, pero no lo vi muy capacitado para lidiar con esa noticia.

—Te recomiendo que te vayas...

—Oye, discúlpame. Quería dártelas en La Quinta... pero nunca te vi...

Farías llegó hasta donde hablábamos. Venía cercado por cinco tipos sin capuchas, que, sin embargo, tenían una mirada de mala vibra que bien merecía ser tapada con algo. Farías me pidió o más bien escupió al decirme que me largara de allí. Di unos pasos atrás, pero un impulso al que es posible hayan contribuido las series de investigación, me hizo poner el teléfono en el bolsillo disimulando el ojo de la cámara y activar el modo de grabación de video. Hubo una pequeña discusión, mientras Farías le daba un bolso a Sexo Débil y señalaba en dirección a la parte más caliente de la protesta callejera. Farías jaloneaba a Sexo Débil y le metía bofetadas sin recibir una respuesta, como un golpe en la quijada, por ejemplo. El tipo estaba absolutamente inmóvil y dócil. Creo que el cerco hecho por el resto de tipos era un buen disuasivo. Sexo Débil se agachó y

revisó el bolso y se quedó un rato mirando a Farías. Se levantó con el bulto y se lo empotró en el pecho con un movimiento que casi lo tumba. Uno de los hombres que acompañaban a Farías se le acercó a Sexo Débil y le tapó la cara con una especie de bolsa y luego el resto comenzó a clavarle puñaladas.

El teléfono grabó toda la escena. Una brutal y terrible escena que no estaba en la pantalla del televisor, sino a cinco metros. Jamás había sentido esa sensación del alma queriendo escapar de su cárcel terrestre. Una turba de gente se acercó a la escena y comenzaron a gritar que lo dejaran tranquilo, pero Farías salió al paso y mintió al decir que se trataba de un policía infiltrado. Entonces, los mismos que se habían acercado para ayudar a otro humano, consideraron que ya de pronto, con esa sola declaración, habían desaparecido las condiciones, cualidades y semejanzas que los unían a aquel pobre sujeto que estaba siendo asesinado a plena luz del día, en plena civilización, en plena lucha por la libertad y la justicia, y cualquier otra palabra puesta en afiches y pendones. Aquel no era sino un montón de carne sin historia, sin familia, sin capacidad para sufrir o sentir. Muchos se retiraron pero otros empezaron a patear a Sexo Débil, que aún se retorció del dolor. Los que acompañaban a Farías rociaron el cuerpo con gasolina y encendieron un fósforo.

Nunca vi un fuego tan brillante, tan estático. Parecía que era el mundo el que se movía y no las llamas que cubrían el cuerpo de Natalio. Ya no podía seguir llamándolo por su apodo; el tipo tenía un nombre, unos seres que lo esperaban en casa, quizá para castigarlo, quizá para entenderlo y abrazarlo. ¿Quién pensó en la mamá abuelita de Natalio, cuando pateaban el cuerpo o hundían el puñal en sus pulmones? ¿Alguien se habrá preguntado si ellos eran mejores que él?, ¿si la forma en que Sexo Débil gritaba o corría lleno de miedo y heridas a través de la autopista en busca de un alma que se apiadara de su rostro, eran las imágenes heroicas que iban a mostrarse cuando Elodio fuese presidente? O, por el contrario, ¿serían

esos documentos retirados de los archivos de las televisoras en medio de la noche o borrados de la memoria a través de la saturación de programas de variedades y telenovelas vespertinas?

El fuego se apagó pero Sexo Débil aún se retorció. Tuve que acercarme a Roy y pedirle la camioneta de los equipos para trasladar a Natalio a un hospital. Pensé que iba a negarse, pero una traza casi invisible de humanidad o de empatía por compartir la tez morena de Natalio, le hizo dar la orden de que me ayudaran. Lo montamos en la bodega de la camioneta y tuvimos que enfrentarnos a las barricadas cercanas a la plaza porque la autopista era intransitable.

Al tomar una ruta alterna hacia el Country Club, vi que un hombre, una mujer y una niña pequeña se encontraban aterrorizados en el umbral de un estacionamiento de una gran mansión diplomática. Me sentí arropado por la visión de una extensión de la brutalidad que había presenciado en la autopista y que ahora iba a trasladarse a cada rincón de la ciudad. Sentí que cualquier cuerpo iba a ser incinerado para terminar de convertir la lucha de Elodio en una gran barricada contra cualquier sentimiento que se le opusiera.

Vi a los secuaces de Farías yendo tras esa familia, como si estuviésemos en las peores entrañas de las guerras medievales, para arrancar al padre de las manos de su esposa, de su hija, llenarlo de combustible mientras ríen concentrados, convencidos de que es un trabajo más, un día más en su vida vacía de grandes significados. Luego de ver al hombre huyendo, enloquecido por un fuego que no entiende y que no ha merecido, se irían dejando en el asfalto un cuerpo carbonizado, apedreado y apuñalado. Desprovisto de la piel que cubría los huesos, músculos y tendones, coraza de un interior que su hija amaba pero que ya no la protegería. ¿Cómo era posible que una cámara recogiese aquel horror y lo transformara en una excusa o en una licencia, cómo podrían sentirse orgullosos los seguidores de Elodio al ver la expresión de la niña cuando buscara en ese cuerpo sangrante y desfigurado el rostro de su padre? ¿Qué pensaría Belisario, mi padre, yo, al ver las

imágenes de un inocente cuyo torso en llamas solo sirve para iluminar el camino hacia el infierno? No, en la película o en la visión que construí en mi cabeza, me dije: NO.

Los inocentes no van a morir, quizá ya hayan muerto en la vida cruenta y real, pero no lo harán aquí. Aquí no tendrá cabida su dolor. Es mi decisión.

Le di dos golpes fortísimos a la camioneta y le ordené al conductor que retrocediera trescientos metros. Se detuvo, pero no quería obedecerme, así que tuve que bajarme, abrir la puerta y tirarlo de un empujón a un lado de la carretera. Retrocedí la camioneta, sintiendo que el cuerpo de Natalio iba dando tumbos por culpa de las maniobras. Al llegar al sitio me bajé para hablar con ellos. Lo que sigue es absolutamente literal y basado en las circunstancias terribles de aquel día:

—Oiga, ¿sucede algo?

El hombre, un negro no muy alto, no muy corpulento, sin camisa, con *jeans* gastados, me miraba a punto de llorar o de desmayarse. Sostenía una bolsa, desde donde asomaban las raíces de algo que parecía yuca. Su hija miraba hacia el final de la calle y su mujer había abandonado cualquier entereza a causa del terror.

—Ayúdenos por favor —me dijo—, el autobús que en el que veníamos se accidentó y nos dejó unas calles abajo. No soy de aquí y me perdí. Tengo miedo porque empezaron a gritarme por esto —y abrió la bolsa... dentro había una camisa con una foto del Che estampada—. Tuve que quitármela. Traté de caminar, de no mirar a nadie, pero seguían gritándome, me querían quemar... decían que era comunista, negro, marginal... Tengo miedo por mi hija... no quiero que le hagan nada.

Vi a esa familia allí y a Natalio agonizar en la camioneta y fue como si mis ojos, o las retinas de mis ojos se hubiesen desprendido. Pero en ese momento había que actuar, no pensar, no sentir... solo

actuar. Hice que la mujer y la niña me acompañaran en la parte delantera mientras le pedía al sujeto que acaba de recoger de la calle, que se hiciera cargo de Natalio. Apreté el acelerador y toqué corneta hasta que llegamos a una clínica cercana. En mi estupidez, producto de años de tarjetas doradas y viajes aeropuerto-*resort*-aeropuerto, llegué a creer que iban a recibirnos. Pero cuando los enfermeros salieron con la silla de ruedas para trasladarnos a Emergencias, puede que a Administración primero, nos recomendaron que dejáramos de perder el tiempo y nos fuésemos de allí. Lo hice no sin antes escupirles en la cara al mejor estilo de Belisario, que la solidaridad era la ternura de los jodidos o quizá dije que había demasiados cómplices dentro de los oprimidos. Ya no lo recuerdo. En cualquier caso, la indignación fue la adrenalina que necesitaba para abrirme paso hasta un hospital público.

Allí atendieron a Natalio, no por ser fieles al juramento hipocrático sino porque los amenacé de tal manera, con la cámara de celular apuntándoles la cara y la mención uno a uno de todos los apellidos que componían el bufete de abogados amigos de mi papá. Lo llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos. Volví a la camioneta, me quité la franela que cargaba y se la di al sujeto que había recogido previamente. Este lo agradeció y se fueron en un taxi que pagué con lo poco que pude sacar de un maldito cajero de hospital que por alguna razón, siempre decepcionan.

Me identifiqué como amigo de Natalio y pedí acompañarlo. No me dejaron pasar porque no era familiar, y también porque andaba sin camisa. Tuve que meterme a un cuarto de desechos y sacar de allí una pequeña bata azul que olía a desinfectante y a patógenos potencialmente mortales. La doctora que recibió a Natalio me hizo unas cuantas preguntas en la sala de espera. Su rostro era de una apatía total, y fue peor cuando le relaté lo que había ocurrido.

—Lo quemaron —le dije.

—Sí, sí... vi los videos... pero algo tuvo que haber hecho. *Nuestros muchachos* no actúan así... —contestó de vuelta.

No podía creerlo, mucho menos que mostrara tan poca disposición a escuchar mi versión, a dejarse tocar por la tragedia de otros. Sentí que si la agresión de Farías no lo había matado, sí lo iba a hacer la soberbia y desinterés de quienes lo cercaban en ese hospital. Desconfiaba absolutamente de la atención que iban a prestarle, pero ya no podía hacer más.

Al acercarme a la salida del centro médico, vi que un grupo de personas se encontraban atendiendo a un televisor que colgaba en la esquina superior de una pared. En la distancia reconocía la imagen de la autopista y una pantalla dividida donde mostraban una de las tantas fotografías que Roy Meléndez le había tomado a Friki. En la otra mitad de la pantalla un periodista daba unas declaraciones. El cintillo era claro. Friki estaba muerto. Me acerqué y le pregunté a un vigilante de que se trataba todo.

—En las noticias dicen que lo mató la policía... lo hicieron pedazos.

Salí del hospital para encontrar un poco de aire fresco. Tomé el teléfono y busqué información. La etiqueta #VuelaAltoFriki solo era superada apenas por la esperada operación. Estaba consternado, sin capacidad para procesar tantas emociones, sin poder decidir qué hacer. En internet aparecían cientos de videos del momento exacto en el que Friki salta por los aires. Videos cortos que no permiten un seguimiento exhaustivo. También análisis de los usuales expertos instantáneos que ya parecen clarificar cualquier crimen con dos flechas rojas, una trayectoria y una hipótesis 30 % información parcial, 70 % prejuicios. Repasaba una y otra vez la escena, con mucho dolor. Pensando que era una forma horrible de morir, a esa edad, sin ni siquiera haber enfrentado las circunstancias más claves, que como repetía mi papá, son las que te convierten en un hombre: los ensayos y errores del amor, el momento en que escuchas el primer llanto de tus hijos, el día en que sientes que puedes cuidarte solo.

Los ojos se me humedecieron, supongo que por la presión, por lo vivido, y una gota cayó en la pantalla sobre la imagen de Friki en plena faena libertaria. Algo en su cuerpo llamó mi atención. Rebusqué en mi celular de manera frenética, sintiendo que el cuerpo ya no me obedecía sino que estaba apartándose por ser tan inútil y tan frágil. Allí estaba el video en el que Farías atacaba a Natalio. Un elemento unía las circunstancias trágicas de Friki y de aquel que ahora luchaba contra la muerte en la Unidad de (Des) Cuidados Intensivos de aquel hospital: un morral negro. Repasé cada detalle minuciosamente, esperaba que el ímpetu o mis deseos de respuestas no me nublaran. Friki tenía contra su pecho un objeto muy similar. Pero lo que terminó de derrumbarme, es que explota una fracción de segundo antes de que ocurra la versión que dan los noticieros, esa que diligentemente apunta las flechas hacia la Policía, la que omite la intervención de un tercero, de Farías. Busqué en los bolsillos de mi pantalón y encontré un número telefónico.

—Aló, Roy... ¿Es Roy Melendez? —pregunté.

—¿Quién es?

—Viejo, necesito hablarte de Friki... descubrí algo...

—No conozco a nadie con ese nombre. Le agradezco que no llame más.

El tono de la llamada cortándose fue un largo y extraño silencio. Un pulso que atravesó mi oído y aplastó mi cerebro. El corazón acelerado no me permitía encontrar las teclas exactas, las que requería mi ser racional. Aquel que estaba siendo vapuleado por las circunstancias. Al fin, luego de que mis dedos temblorosos encontraron el comando, una voz cibernética ajena al significado profundo de las razones humanas, dijo: «Ha creado una copia de seguridad».

El teléfono vibró en mi mano. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien me había llamado. El número no estaba registrado y tardé unos segundos en decidirme contestar, pienso

que me encontraba muy vulnerable, con una capa de cristal muy frágil apenas cubriendo mi corazón, o mucho peor... mi cordura.

—¿Sí? —dije.

Una respiración fuerte me llegaba desde el otro lado de los hilos invisibles. Aceleró mi propia respiración.

—Es Luis Fernando...

—¿Luis Fernando?! —Me levanté de la acera—. ¿Dónde estás? Esto ha sido una locura, Friki está muerto, creo que Natalio también... los mataron.

—¿Natalio? —dijo.

—Sí, fue horrible...

—Me refiero a... ¿su nombre era Natalio? —Se escuchó reír sin mucha fuerza—. Nunca lo dijo, tuve que ponerle un sobrenombre para bajarle los humos. ¿Nunca te conté de eso?

—¿Dónde estás? ¿Dónde está Melinda?

—En fin... es una lástima. Ya no hay tiempo... Pensé que te lo había contado. Bueno —resopló—. Te llamaba para disculparme por haberte mencionado hoy... pero es que no sé si te has dado cuenta de que te has convertido en una celebridad. Necesitaba que la operación tuviese audiencia y no se me ocurrió nadie mejor que pudiese ayudar...

—¿De qué se trata? ¿Es un golpe de Estado? ¿Para qué debo prepararme?

—Para la verdad, mi amigo.

—No juegues conmigo...

—Ya no lo hago, lo hice, sí. Pero el fin justificaba los medios. Qué maldita frase, ¿no sientes eso? Es decir, la pronuncias y ya te sientes como una mierda que está dispuesta a generar más mierda. Mira, quiero pedirte dos favores, son muy importantes para mí... ¿Puedo contar contigo?

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Tienes que aprender a calmarte. Muchas vidas dependen de ti ahora, muchas más en el futuro. Mantén el control... por el bien de todos.

Inspiré de manera profunda, pero eso no me calmó. Al contrario me produjo un pequeño llanto. Luis Fernando seguía respirando fuerte, y podía llegar a escuchar que él mismo trataba de ahogar las ganas de llorar.

—¿Ya? —me dijo— ¿Te calmaste?

—Sí...

—Sé que este no es tu asunto, pero por esa misma razón es que eres el candidato perfecto. Tienes dinero, pero no es tu obsesión. Martha decía que eras un altruista sin remedio. Yo creo que eres un romántico sin remedio. Pero a lo que vamos. Quiero pedirte que te hagas cargo de mi mamá. Ella no podrá sola...

—Pero qué carajo, ¿qué vas a hacer?

—¡Cállate la boca y escúchame! —Su ira casi pudo sentirse en los cimientos del hospital—. Oye, discúlpame de nuevo, discúlpame mil veces...

Allí se quebró y comenzó a llorar. Se escuchaba como el llanto de un pequeño niño que ha crecido en cuerpo y fuerzas, quizá en responsabilidades y dolores, pero que en el fondo se quedó acurrucado en un episodio infantil. En las memorias dolorosas que nadie puede asimilar o querer. Un llanto que fue como el eco de mi voz cuando mi papá entró a la habitación para decirme que mamá se había ido.

Escuchaba a Luis Fernando y no sentía al muchacho que se comía el mundo y a todos en él para luego vomitarlos. Sentía al bebé que no lograba entender la tristeza de su madre, el laberinto compartido.

—Lo que necesites, lo haré. Cuidaré a tu mamá. No va a faltarle nada...

—Bien, bien... a lo mejor ni se entera. Pero es que necesito saber que alguien le llevará azúcar para su café —sonrió.

Enmudeció unos segundos, luego retomó la energía, la disposición...

—Lo otro tiene que ver con Melinda. Sabes, ella vale la pena... y no sé cómo tome lo que va a ocurrir. Vi tu cara cuando la conociste, fue demasiado obvio para mí. El día del restaurante chino, le dije «Ese pana es lo que mejor te va a pasar en la vida». Pero bueno, ya después se atravesó Elodio, La Quinta. Ella se metió de cabeza en todo esto. No permitas que eso defina su vida —hizo una pausa, luego continuó—. Hay algo que debes saber, pero estoy muy seguro de que es más romántico que sea ella quién te lo diga...

—¿Qué hay contigo, Luis Fernando?

—¿Yo? No te despegues del celular y lo sabrás...

—Dime, dónde estás...

—Un último asunto...

—Te escucho...

—Llama a alguien, a quien ames. Oblígate, es la única forma de zafarse, de que *logres ver*...

La llamada se deshizo en ese momento. Intenté llamarlo de vuelta pero tenía el teléfono apagado. No me había percatado de cuánto temblaba hasta que puse el celular en la acera. Me llevé las manos a la cara y quise llorar, pero no pude. Un enfermero salió de dentro del hospital y gritó hacia el estacionamiento a otros colegas que fumaban cerca de una ambulancia. «Ya va a empezar», les dijo. Los otros tiraron los cigarrillos al suelo y corrieron hacia dentro del hospital. Uno de ellos me vio en la acera y me recordó sobre el acontecimiento de esa noche. Ahora, iba a ser transmitido por la

mayoría de canales de televisión. Me levanté y lo seguí, pero el ambiente dentro era de una histeria excesiva. El pequeño televisor no alcanzaba para la cantidad de personas aglomeradas, así que preferí meterme en la camioneta y ver todo desde el celular.

La Operación Jaque al Rey daba inicio y sería transmitida vía internet y en tiempo real según se anunciaba en mi cuenta matriz @*JumpingJackFlash23*. Cuando la imagen pasó del negro a los colores de alta resolución, creí que me explotaba el pecho. En una mesa, estaba un Elodio bastante despeinado y sucio, sentado con unas hojas en las manos. Detrás de él un encapuchado le apuntaba con una pistola automática directamente a la cabeza. Elodio, duda ante la cámara y no se decide a hablar, pero el hombre detrás de él le da unos golpes con el cañón del arma y eso parece ser impulso suficiente. Hace una declaración, comienza dando su nombre completo, su cédula de identidad, pero conforme las líneas se transforman en palabras, puedo percatarme de que se trata de una confesión.

En ella hace un breve repaso por su vida. No por la que todos conocemos, la que ha sido la comidilla de las revistas del corazón y de los programas de farándula. Es una historia subterránea y ajena que comienza con un joven hormonal y descuidado, que emprende un camino hacia sus ambiciones, no con un arado y la tenacidad del que siembra, sino más bien con el desbocamiento de quienes sienten que deben saltarse las etapas. Pide perdón a los que ha dañado, pero son unas disculpas que suenan muy falsas bajo la sombra del arma que lo apunta. Luego ordena que se detenga cualquier acto de violencia de manera inmediata. Veo su rostro, sus labios obligados a pronunciar un deseo que obviamente no le pertenece, y pienso en Natalio y en Friki. Pero también pienso en cómo se deben sentir quienes están en la plaza en estos instantes, atragantados de cotufas y refrescos viendo cómo se hace pedazos el porvenir que Elodio les construyó sobre la base de bombas de sangre y humo. El futuro que Elodio les metió en la cabeza a través de mensajes prefabricados en

compañías de *marketing* y salas de reuniones. Cuál sería el rostro de quienes en estos momentos alzaban un muro cerca de la casa de Belisario, atados a la idea de que su vida allí era permanente y no un fugaz espejismo. Puede que no pensaran nada, que simplemente prefiriesen creer que Elodio seguía allí, con ellos, y que aquel sujeto que les traían las imágenes comprimidas por el *streaming* era un holograma construido para desvanecerles el mañana que estaba, o parecía estar tan cerca. Sin embargo, Elodio, al declarar sobre sus intenciones políticas, pasa a un plano desconocido; cuenta de su vida antes de ser el hombre que todos conocemos, el joven político, el padre de familia ejemplar, el gerente exitoso, el ganador del último *Ironman*. No revela detalles turbios al estilo de los escándalos norteamericanos, con prostitutas bañadas en sangre, o zoofilia que involucra perros siberianos, no, se trata de sensaciones cotidianas en las que cualquiera puede verse reflejado. En ellas, que él aclara no son del todo memorias infelices —y da o intenta dar una pequeña mirada hacia el hombre que le apunta— habla de un reducido apartamento en un suburbio olvidado por las ideas de poder y bienestar que llegaron con las telenovelas y revistas sobre la vida de la monarquía europea. Un hogar, al que se llega tras unas cuantas planillas y plegarias, no muy pequeño, pero sí del tamaño exacto para hacerlo sentir ahogado, casi muerto. Allí conoce a su primer hijo. Un pequeño cuyo nombre y cuidados prefirió delegarlos en manos de su madre, para no encariñarse demasiado, sobre todo si lograba ascender en la empresa. Especialmente si la hija del jefe se fijaba en su talante particularmente extranjero. En sus buenas ideas, su energía, su capacidad para impulsar el negocio familiar. Mejor no encariñarse, por si las reuniones de trabajo se hacían más largas cada vez, y los viajes para visitar las sucursales se multiplicaban. ¿Cuánto podría llevar la escalada? ¿Un mes? ¿Un año? Mientras tanto, el niño va creciendo junto a la soledad en su pequeño apartamento. Su madre le acompaña o al menos el cuerpo de quien es su madre. Los ojos de la mujer se quedan todas las tardes mirando el atardecer, con

una taza de café en la mano y las canciones de José Luis Perales repitiéndose una y otra y otra vez, mientras espera la hora exacta para servir una mesa que cada vez con mayor frecuencia tendrá un asiento vacío. A veces, los cálculos fallan y dan paso a la esperanza. Un viaje abortado, una desavenencia con la futura esposa. Cuando ocurrían esos cortocircuitos en los planes de Elodio, es cuando los sueños del pequeño se activaban. Los ojos de su madre volvían a su puesto y la sonrisa le levantaba el rostro. Eran pequeñas noches de calma, de paz. Una noche en que conoció el ajedrez a través de un pequeño tablero que le fue entregado directamente en sus manos. No era suntuoso, probablemente usual en la venta de baratijas de los aeropuertos y terminales; sin embargo, en sus manos era un tesoro suficientemente grande para arroparle las ganas. Elodio, cuando aún no era Elodio, al menos no con el papel firmado que le acreditaba como socio pleno de la compañía, también aprovechó el regalo. Vio a su pequeño hijo y sintió que al menos podría legarle algunas enseñanzas acerca del funcionamiento del mundo, de los hombres, proveerle de un cierto sentido de la realidad que le formara el carácter y que le permitiera lograr lo que se propusiera, tal como él ahora lo hacía en secreto. Le habló de reglas al pequeño, le contó sobre la leyenda india que daba origen al juego y hasta se permitió rebuscar un pequeño escrito que su padre le había entregado, y que él ahora le legaba:

Dios mueve al jugador, y este, la pieza.

¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza

de polvo y tiempo y sueño y agonía?⁵

El niño veloz, y demasiado acostumbrado a saberse solo, absorbe cada segundo del tiempo y aprende de las primeras derrotas,

⁵ «El ajedrez», Jorge Luis Borges (*Obras completas*).

hasta que una noche, cerca de las diez, logra encerrar a su padre dentro de una estrategia que era mitad deseo de superación, mitad puras ganas de agradar. Sin embargo, el padre deja de ser padre, se convierte en un competidor más. No se siente cómodo con saberse derrotado, mucho menos por un mocoso que apenas si ha visto un tablero antes. ¿Qué sabe ese niño de la vida, de la forma en que las piezas deben moverse?, ha de ser la típica suerte que acompaña a todo principiante. Elodio duda en el paso que debe dar, pero no está hecho para caer, para pronunciar la palabra derrota. Prefiere decir que está muy cansado, que terminarán otro día y eso queda sellado con una promesa que nunca cumplirá. El pequeño se queda allí, mirando el tablero, sintiéndose muy culpable porque a lo mejor los gritos que ahora da su padre y que terminan en estruendosos golpes, son producto de haber forzado demasiado la barra. Él solo quería que se sintiese orgulloso, que pudiese escucharlo al menos una vez decir: «Estoy orgulloso de ti». No «Te amo», no «Te quiero», no... solo: «Estoy orgulloso, hijo». Pero eso no ha de llegar. Toma el juego y lo acomoda en su mesita de noche de donde no volverá a moverse, y mientras se esconde en un rincón para que no lo alcancen los gritos y golpes que su padre le da a su madre, apaga la luz de su cuarto y se acurruca como el niño que es y que seguirá siendo; así su cuerpo crezca y tenga que lidiar con los desvaríos de una mujer que ya no sabe dónde está el mundo de lo real y dónde el de los sueños; que mirando desde la ventana de su casa, aguarda la llegada del mismo carro blanco, con el café ya frío por la espera o por las lágrimas que caen en él y que ya luego bebe una y otra vez, sin descanso ni remedio. Claro que el azúcar hace falta, nunca va a ser suficiente mientras la taza recoja las tristezas de todos los atardeceres.

La capucha cae y quien empuña el arma es un hombre conocido, al menos para mí. Elodio suelta las hojas sobre la mesa y comienza a llorar, ruega por su vida y se derrumba sobre la mesa. Levanta los

ojos para ver el mismo tablero de las memorias, el de la confesión, la herramienta que le forjó primero las nostalgias, luego su deseo de ser reivindicado. No puede llamarse venganza el querer equilibrar la báscula, mucho menos solicitar se ponga fin a las partidas inconclusas.

—Mueve la maldita pieza —dijo Luis Fernando.

Elodio levanta la cara de la mesa, sus ojos enrojecidos, llorosos, no parecen bastarle para abarcar la extensión del pequeño tablero, de la cuadrícula a su lado. Se queda inmóvil, un hilo de saliva similar a los que sueltan quienes han recibido un potente electrochoque sale de su boca, cae sobre la mesa. En un momento, cuando la cantidad de espectadores ha alcanzado niveles históricos, Elodio se voltea para juntar algo que de seguro se revuelve en su cabeza, no sé si en su corazón.

—Hijo —dice—, ¿eres tú?

—¡Que muevas la maldita pieza! —gritó Luis Fernando.

Solo había un movimiento posible, al menos en el recuerdo que yo mismo albergaba desde que visité aquella habitación. El Rey Blanco debía rendirse.

El movimiento para hacer oficial la rendición es simple, aunque varía según el estilo y carácter del jugador. A algunos solo les da por levantarse de la mesa y estrechar la mano del oponente, otros, sin embargo, puede que por un homenaje a la estrategia, ingenio, tenacidad de quien les ha vencido, tumban la pieza sobre el tablero. Elodio vuelve a poner la vista en las figuras, en los dos alfiles a la reina negra que aún sobrevive y supervisa silenciosa a los dos reyes, aún de pie. La mirada de Elodio de seguro no está allí, probablemente se fue al pasado, a esa noche en que su orgullo y vanidad no le permitieron unas palabras amables, un abrazo que quizá habría salvado una vida.

El tiempo que tardó el Rey Blanco en caer fue el mismo empleado por Luis Fernando para poner la pistola en su sien. Sin embargo, el ruido de la pieza al estrellarse contra el tablero pesó mucho más que el ruido que hace una bala al salir con un destino conocido. El cuerpo se desplomó como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Sentí que los sonidos del mundo, de los animales, de las cortinas que cubren las ventanas o los de la máquina que supervisaba la vida de Natalio, se habían apagado. El video continuó corriendo, mientras Elodio miraba el cuerpo de su hijo sin atreverse a tocarlo. Unos minutos después, se levantó de la mesa, cerró el juego de ajedrez y apagó la cámara.

Al recuperar el aliento, el primer impulso fue llamar a mi padre, pero un mensaje llegó antes a mi celular. Estaba en blanco, pero el número telefónico era el de Melinda. Quisiera describir como un mal presentimiento lo que sentí; sin embargo, a la luz de lo que había ocurrido ese día, iba a quedarme demasiado corto. Con la estatua de Elodio arrancada del pedestal sentí que era ya inútil seguir cualquier regla, tener ninguna precaución. Desbloqueé a mi papá y a la Cristipuchi y llamé a Melinda. Su teléfono repicó varias veces pero no me contestó. Intenté de nuevo y esta vez la llamada conectó pero ella no me hablaba, solo se escuchaba el ruido ambiente de una pelea entre ella y otros tipos. Ella gritaba que Luis Fernando estaba muerto y le contestaba una voz gruesa que esto no había terminado. No supe qué hacer, mi teléfono estaba a punto de apagarse así que entré al hospital y le pedí ayuda al vigilante para recargarlo. El tipo me brindó un cargador mientras hacía el acta de novedades para marcharse y soltar toda clase de críticas a Elodio. «Está muerto para mí», rumiaba. Yo hacía que lo escuchaba, por cortesía, pero mi mente estaba en la búsqueda de Melinda. Él dijo:

—Lo peor de todo esto es que todavía están unos pobres muchachos peleando por el *mal padre* del Elodio. Tan seriecito que se veía...

—¿Cómo?

—Sí, allá están... cayéndose a tiros con la policía. En los edificios aquellos...

El vigilante señalaba el noticiero y la reseña que hacía del foco de violencia que aún se mantenía en Caracas. Salí corriendo de allí, porque concluí que Melinda estaba en ese lugar y que la voz espantosa a su lado era la de Farías. No podía pensar, mis manos, mi cuerpo, iban tres metros delante de mí. Ni siquiera en la camioneta logré estar cómodo, solo trataba de crearme un mapa que me hiciera recordar los puntos donde se habían hecho barricadas para evitarlos. Sin embargo, para llegar a los edificios que aparecían en las noticias no podía hacer más que enfrentar los obstáculos. No obstante, al comenzar a cruzar por las calles, lo único que vi fueron los vestigios de las hogueras. La gente se había dispersado y apenas si quedaba alguien alimentando las llamas. En la plaza, las escenas eran más elocuentes. Grupos de limpieza desarmaban la tarima y barrían las aceras con el mismo desánimo de los comandos de campaña tras perder una elección. Los vendedores ambulantes remataban los afiches de Elodio y algunos artistas regalaban fotografías de su época dorada a los pocos transeúntes que se retiraban ya molestos, ya cansados, con la decepción a cuestas. Quise tomar el teléfono para cumplirle a Luis Fernando y llamar a mi papá pero lo busqué en mis bolsillos y maldije haberlo olvidado en el hospital. Trataba de recibir información de alguna fuente, así que apelé a la radio de la camioneta.

No pude creer lo que escuchaba. A esa hora, había un panel conformado por un psicólogo, una modelo que se dedicaba a hacer ensaladas y un periodista, que trataban de hacer control de daños. Decían que la #OperacionJaqueAlRey era visiblemente un montaje gubernamental, con toda seguridad planificado en el exterior, con el fin de desacreditar la lucha que apenas iniciaba. El psicólogo ocupó casi toda su participación en promocionar su cuenta personal @psicomorir y recomendó que debían meter a Elodio en sus corazones de

manera permanente, sin hacerse preguntas, sin cuestionamientos. La de las ensaladas, fue quizá la más coherente, solo habló de ensaladas.

Intentaba ubicar un dial con información y saltarme en el proceso la basura que escuchaba. Toda la programación estaba prácticamente dedicada a analizar el video transmitido. Tuve que apegarme a la vaga idea de cómo llegar hasta esos grandes edificios azules, especialmente porque se encontraban en un lugar que apenas si veía con el rabillo del ojo cuando iba a la Universidad Católica Andrés Bello. Creí que iba a perderme, pero los carros que venían en contravía, haciendo cambio de luces y avisando que las calles estaban cerradas, me facilitaron el trabajo. Estaba acelerado, sin querer hacer conjeturas de ningún tipo, pero pensar en Melinda rodeada por Farías y sus asesinos me descomponía por completo. No quería imaginarme de lo que podrían ser capaces, mucho menos si llegaban a sentirse perdidos.

Caminé cuando fue imposible seguir avanzando con la camioneta. El embotellamiento era atroz, la gente trataba de alejarse de los edificios azules, epicentro de la violencia de esa noche. Se escuchaban disparos con la gama de tonalidades que avisan las armas que están en uso. A unos trescientos metros los cordones de seguridad de la policía limitaban el paso. Camiones antimontines, fuerzas especiales, antenas de comunicaciones y unidades caninas se desplegaban en las calles, como si fuesen el *set* de una película de acción. Uno de los policías se me acercó, estaba preparándose para evadirlo con alguna mentira cuando me preguntó si era enfermero. No supe que contestarle. El sujeto volvió a repetir la pregunta y tocó su uniforme. Me señaló. Miré mi franela y era como si alguien estuviese proveyéndome desde una computadora los implementos necesarios para salvar a Melinda. La bata que me había puesto en el hospital se convertía en mi salvoconducto a través de los cordones policiales. Mientras me guiaban, el policía me iba informando que aún esperaban por los equipos médicos que estaban atorados

en otro lugar. Necesitaban ayuda y la necesitaban de manera urgente. Cuando me pusieron frente al cuerpo de un policía a quien lo había alcanzado una bala, las imágenes de las series médicas a las que me sometía la Cristipuchi caían a montones. Daba órdenes con autoridad, sin saber si estaba salvando o matando a ese pobre ser. Simplemente me decía «Qué haría el Dr. Karev o el Dr. Derek Shepherd con un caso similar», y los parlamentos me salían sólidos y convincentes. Tanto así, que me pidieron mantenerme allí mientras llegaban los paramédicos. El policía baleado estaba más tranquilo por el placebo de solo verme allí. Le pregunté dónde estaban los que resistían en el edificio y me dijo que sospechaban que en la azotea, pero que el edificio entero era un «Jodido Afganistán».

—Quédate aquí, ya vengo. Le dije...

—¡No se vaya, doctor! —gritó con pánico.

—Tranquilo, voy a buscar ayuda...

—¡Por favor, no se marche! —Y me agarró del brazo.

Tuve que tomar una pequeña hoja del suelo, enrollarla y ponérsela en la boca. Le aseguré que eso iba a mantenerlo sin dolor hasta que volviera. El masticó de manera diligente y se tranquilizó. Antes de volverse a recostar, me advirtió que «los peores estaban en los pisos superiores». Tomé el peto y el casco que estaban a su lado y me los coloqué, luego entré por la puerta trasera del edificio.

Para ascender solo estaban la escaleras. Allí estaban los policías tratando de abrirse paso entre vecinos que les lanzaban desde agua caliente hasta excremento. Vitoreaban consignas en favor de Elodio y advertían que de no irse iban a tomar la decisión de incinerar el edificio entero, para ser libres de una buena vez.

Esa ascensión fue para mí muy reveladora. No quería filosofar, porque tampoco había tiempo entre los disparos que lanzaban y las señoras que se aferraban a las rejas de sus apartamentos para gritar «Asesinos». En un momento sentía que estaba transitando no por un

condominio de gente clase media, sino por los pasillos de un psiquiátrico donde el ala de los esquizofrénicos ha iniciado un motín. Cada apartamento en sí mismo era un micromundo que te llevaba por los caminos espinosos de la enfermedad mental. Los rostros de mujeres, hombres, jóvenes, al aferrarse a los barrotes mientras gritaban que preferían morir antes que ver otro canal de televisión clausurado, otro empresario encarcelado, me hablaban claramente sobre cuán efectivo había sido Elodio al convertir sus prioridades en las prioridades de esa pobre gente. Creo que ni mi padre, a quien en todo caso sí le afectaba directamente el ensañamiento contra los miembros de su estamento, sería tan proactivo, tan militante como lo eran ahora estos vecinos cuya cordura iba desapareciendo conforme ascendía por los pisos.

Casi al llegar a la azotea, un hombre bajito de bigotes con una gorra de beisbol me cerró el paso. Tenía el celular en la mano y un audífono en la oreja. «Eres un maldito policía», me dice. Miré el foso profundo entre los pisos y supe que no iba a aguantar una caída así, pensé en Friki. Cuando estuvo a punto de gritar, o al menos esa fue la intención que le vi, le puse la mano en la boca y lo arrastré hasta una pared. Le di un golpe fortísimo en el estómago que nos hizo caer al suelo. Él hacía un esfuerzo por zafarse de mi agarre e intentó morderme. Lo miré a los ojos y le dije «Shhhhhh, Elodio nos une». El hombre dejó de patear y se tornó dócil, casi como si lo hubiese drogado.

—Necesito llegar a la azotea —le digo.

Él me sonríe y señala una pequeña puerta de hierro.

—Tengo la llave, confiesa con una risa delirante.

—¿Puede abrirla?

—Sí, para ti... sí.

Entonces lo dejo pararse y subimos juntos. Él saca un manojo de decenas de llaves que colgaban de su cuello. Examina cada una y al final introduce una de ellas, da dos vueltas y la puerta cede. Le

digo que no vuelva a trancarla porque es lo que *ellos* quieren. Él abre sus ojos perdidos y me señala el celular.

—Ya falta poco para que todo termine.

Yo lo observo con mucha compasión. Sé que he contribuido de manera flagrante en su deteriorado estado emocional. Nunca debo olvidarlo: he sido una pieza activa de todo este caos.

—Sí —le digo tomándole el rostro—, falta poco.

Cuando me dirijo a la puerta, esta se abre antes. Unos diez muchachos salen gritando de la azotea. «La mató» dijo una. El estómago se me destrozó. Tomé al último de ellos, antes que se perdiera escaleras abajo.

—¿Qué pasa afuera?

—Farías, Farías se volvió loco... lanzó a la chama de la azotea... la mató...

—¿A qué chama? —Lo zarandeeé hasta casi desprenderle el brazo.

—No sé cómo se llamaba...

—¿Melinda?

—Sí, sí... creo que esa... la tiró del edificio...

El muchacho me lanzó contra la pared para zafarse y se perdió en los pisos inferiores. Quedé allí con el viejo que me había dado acceso a la azotea y algo que ya no era yo. Pensaba en lo que pude haber hecho para salvarla, para llegar antes. Quizá no ayudar al policía, evitar la conversación con el sujeto que tenía al frente. Quizá haberme levantado más temprano aquel día. Algo, cualquier cosa que hubiese puesto el tiempo de mi lado. Nada habría servido. Ahora todos habían muerto, excepto Claudio, que, sin embargo, siempre me pareció que ya lo estaba. Pero no muertos, asesinados. La muerte no cae del cielo, a través de meteoritos o surge de la combinación azarosa de células cuyo capricho es llevar el cáncer al

páncreas o a los pulmones. La muerte, esa clase de muerte siempre tiene un culpable, incluso el suicidio de Luis Fernando tenía una cadena de responsabilidades. En el umbral de esa puerta de hierro, pensé que mi papel era ponerle freno a la locura. Equilibrar el mundo, bajo cualquier medio. Sentía que el viejo a mi lado me susurraba, me suplicaba le pusiese fin a todo el dolor.

Entré a la azotea, y vi a Farías resguardándose en los muros con un fusil en la mano. A veces se arrodillaba para disparar, otras veces solo apuntaba al azar. Luego descansaba, mientras aprovechaba para recargar. Me apuntó con el arma y me dijo que me acercara. Para llegar a él atravesé algunos cuerpos de su séquito, los que hicieron pedazos el cuerpo de Natalio. Me acerqué a él, con los brazos arriba. Sigiloso. Cuando me tuvo a unos centímetros del cañón del arma, rió.

—Mierda, pero si eres tú... El tipo del que estaba enamorado el maricón de Mario... ¿No te vi en la autopista hoy? Este día nos ganamos los centavos...

Me ordenó que me sentara a su lado.

—Yo estoy claro, no voy a salir vivo de aquí. Pero primero me llevo a unos cuantos policías... y a los cobardes que traicionan. ¿Tú no eres un traidor, verdad? Me dijo apuntándome de nuevo.

Por alguna razón, no sentía miedo. No sentía nada. Farías se abrió un bolsillo y sacó unas pastillas negras. Se tomó tres de un golpe, luego pareció pensárselo y metió en su boca otras tres. «Esta noche es especial», volvió a reír. Me ofreció pastillas, las rechacé, «No las necesito —le dije—, ya estoy muerto». Farías amagó con golpearme pero era ya muy tarde para él, al levantar su chaqueta vi un cuchillo enterrado en uno de sus costados.

No lo niego, me sentí tranquilo al verlo morir. Creí que ahora estaba libre de los compromisos asumidos en La Quinta y de la *misión* inculcada por Elodio. Sin embargo, la paz solo llegó cuando percibí

que necesitaba irme con Melinda a encontrarme con lo que fuese predicaba la mamá de Cristipuchi y que estaba contenido dentro de esas figuras de yeso o en las líneas lacónicas de la Biblia. El tener el cuerpo desarticulado de Melinda en mi mente, sobre el pavimento, no hacía sino darle fuerzas a mis músculos para levantarme y conseguir descanso. Así que me apoyé en el muro y pude ver el caleidoscopio provocado por las luces de la policía. Me sentía preparado, así que busqué en un largo suspiro el valor definitivo, pero antes de saltar escuché que alguien gritó mi nombre. Me di vuelta y vi la figura nebulosa de la mujer con la que ya me había topado en la calle, en la plaza.

La mancha comenzó a acercarse, pero esta vez no sentí miedo. Creo que ya estaba desprovisto de todo ello. Volví a sentarme, agotado de tener que lidiar con tanta locura y le grité qué quería de mí. Lo dije tan fuerte, con tanta visceralidad que me derrumbé. La mujer se acercó y se arrodilló. Comencé a temblar, tuve escalofríos, ansiedad, pánico, era una madeja de síntomas que cualquiera pudo haber reconocido como los del *junkie* que recién inicia su proceso de desintoxicación. La mujer me tocó el cabello y aunque movía los labios, yo no lograba escuchar nada. Ella metió la mano en el bolsillo y puso en la mía algo frío, metálico. Al verlo, sentí un embrujo desvanecerse. Era la medalla de mi madre. La voz de la mujer, poco a poco comenzó a ganar fuerza y su rostro a aclararse. Cristipuchi estaba allí de nuevo, delante de mí.

—Pensaba que te habías vuelto loco... o que te había dado amnesia como en las telenovelas —dijo con su tono de molesta, que al final no era sino preocupación contenida...

—Ha sido una locura, Cristi —mi voz se quebró por completo—. Estas semanas... estas semanas han sido una locura...

—¿Semanas? ¡¿Semanas?! Óyeme bien, carajito: hace más de seis meses que te fuiste de tu casa.

I

Mi padre llegó al hospital donde pedí que me llevaran. Nos abrazamos y lloramos un largo rato, le dije que lo amaba, que le pedía perdón por lo que le había hecho pasar. Él me decía que me despreocupara, que lo único importante ahora era que yo mejorara. No entendió mi decisión de quedarme en aquel lugar, teniendo ya arreglada una *suite* en la clínica hebrea cerca de la casa. Le expliqué y lo aceptó medianamente, pero eso sí, ordenó que tuviese seguridad privada las 24 horas y que Maira se trasladara de inmediato para atenderme el tiempo que yo estuviese allí. Se encargó de reparar y pintar por completo el hospital, lo que motivó que la doctora que antes me había tratado tan mal cuando llevé a Natalio, ahora no dejara de visitarme para supervisar gota a gota que mi suero bajase como debía. Aproveché su disposición para solicitarle que me atendieran en Cuidados Intensivos. Así lo hizo, sin replicar, sin malas caras, con absoluto deleite.

Sin embargo, Natalio nunca despertó. Las enfermeras me decían al oído que su muerte había sido una mezcla en partes iguales de las heridas causadas y de la displicencia médica. También me contaron que antes de perder por completo la conciencia, deliraba con la historia de un pollo que se arrastraba por un patio de tierra con apenas la mitad del cuerpo, perseguido sin descanso por un lagarto. Ellas decían que los doctores ordenaban sedarlo para no escuchar lo que concluían no eran usuales delirios, sino asuntos de brujería. Cuando falleció le pedí a mi papá que se encargara de los gastos y que además viese si la familia necesitaba atención.

La Cristipuchi me visitaba casi a diario porque se había enamorado del salvajismo del vigilante que tuvo mi teléfono la noche

fatídica. Le preguntaba por esa decisión. Ella contestaba que me había perdido grandes avances y citaba que en Nueva York ya se reconocían 31 identidades sexuales y eso le había hecho saber que se estuvo ahogando en un vaso de agua todo ese tiempo. Nos poníamos a reír mientras me aportaba detalles del tiempo en que mi mente, según el psicólogo contratado por mi papá, estuvo parcialmente bloqueada.

Desde su lado de la historia, todo empezó a ir mal cuando recibió un mensaje desde mi teléfono en el que informaba que iba a tomarme un pequeño descanso fuera del país «para desintoxicarme de mi afición por el mundo digital». Por supuesto que aquello estaba acompañado de un teléfono apagado y un mensaje de contestadora que corroboraba mi decisión anterior. Mi crianza independiente e historial daba credibilidad a la versión. Al menos hasta que mi papá, luego de algunas semanas de lucha interior, rompió su juramento de no controlarme la vida bancaria y le informaron que no había movido las cuentas. Allí comenzó la búsqueda. Le pregunté si fue cuando publiqué el video de los cochinos que me volví rastreable, contestó de forma negativa. La razón era que nunca usé mi perfil personal, sino una nueva identidad digital, un seudónimo desconocido para ellos. El mismo que usó Luis Fernando para desenmascarar a Elodio. Traté de esforzarme, de regresar atrás, de ir hasta el carro al salir de La Quinta e imaginarme a Luis Fernando hurgando la clave de acceso a la cuenta. Esperando el momento de activarla, vigilándome en tiempo real.

Cristipuchi no se extiende más y reconoce que fue ella quien volvió a verme en la plaza frente al edificio de Belisario luego de que le hiciera seguimiento a la infidelidad (que celebraba) de su madre. En todos los casos, huí espantado al verla. No parecía reconocerla ni escucharla. Lo que me ataba a ella estaba literalmente *banneado* desde que Elodio logró entrar a mi cabeza y corazón. Pero no se circunscribió solo a ella, abarcó mi identidad, mi noción del

tiempo, mi forma de leer la realidad. Sea lo que sea ocurrió en La Quinta, en el «Cuarto Oscuro» en el que Mario daba sus clases, o el significado de la melodía que tantas veces escuché en el bosque y que Chichita Carrió se empeñaba en repetir en su casa, en el carro, en los momentos donde el yo verdadero amenazaba con despertar, todo, o al menos fue la conclusión compartida con mi terapeuta, había contribuido a instalar un gran e invisible lente ocular o cerebral o emocional, para controlar mi percepción del mundo.

Y hubiesen sido absolutamente eficaces, pero no contaban con que conocería a Melinda...

Elodio y sus colaboradores más cercanos habían huido del país. Desde no muy lejos, en una isla del Caribe, pregonaban con absoluta soberbia que retomarían su lucha por la libertad porque al parecer habían sido mal interpretados. Pensé que el peor de los exilios es aquel al que se somete quien no puede pedir perdón por sus errores, así que le pedí a mi padre que asumiéramos acciones legales en contra de Elodio y su «granja del terror», como a él le gustaba llamarla. Mi teléfono, por cierto, resultó de mucha ayuda para construir el caso. Sobre todo en aclarar las responsabilidades en la muerte de Natalio y Friki.

A Claudio lo vi en una televisora extranjera narrando una historia muy similar a la de Nelson Mandela. Pienso que de habersele ocurrido, habría vivido un proceso similar al de Michael Jackson pero para oscurecerse la piel y así darle veracidad a una versión que ni la propia periodista parecía creer. Se hacía llamar el verdadero hijo de Elodio y que además «esa ingrata, malagradecida, oportunista» de Chichita Carrió, apenas sí podía considerarse una manipuladora de la peor estirpe cuyo único mérito era estar en el momento y en el lugar correcto. Ella, por su parte, lo destruía desde un programa de variedades en Miami, acusándolo de ser «un remedo de intelectual» y peor aún, «un mala cama» lo que ya para ella, era prueba suficiente de que también sería una estafa como político. Eran tal para cual.

Salí del país al graduarme y luego de presentar un breve ensayo sobre mi experiencia como corresponsal de guerra. Creo que en el fondo, la junta directiva de la Universidad Católica Andrés Bello aprobó mi trabajo solo porque no quería verse más involucrada de lo que ya estaba. Acepté irme con Martin, el amigo de papá, al Banco Mundial, pero pronto supe que no iba a poder diseñar campañas de *marketing* para hacer creer que los créditos que se otorgaban a los países pobres eran para sacarlos de la pobreza.

Duré apenas unos meses. Preferí iniciar una Fundación para ayudar a niños y jóvenes que habían sido usados como soldados en distintas guerras. La primera oficina la abrí en Caracas y me traje a Belisario para que pintara por todo el país murales con los rostros de quienes habían muerto víctimas de Elodio en Venezuela. Allí en la pared multicolor llena de flores y mensajes para la paz resaltaba la mirada de Friki, Natalio y Luis Fernando, junto al lema de la fundación:

Si puedes mirar, ve

Si puedes ver, repara⁶

Cuando bautizamos el primer mural, hicimos una rueda de prensa para anunciar los planes a nivel internacional. Respondí algunas preguntas pero luego dejé a Belisario atendiendo las dudas de periodistas y transeúntes sobre la estética empleada y me fui hasta un café cercano para digerir tantos recuerdos. Estuve hasta el atardecer, supervisando del otro lado de la calle cómo el tránsito del sol cambiaba el mensaje del mural, tal y como era el deseo de Belisario. Con el alba, los rostros parecían figuras guerreras con una historia épica en la espalda, pero a media que el día se agotaba las imágenes terminaban revelando la verdadera esencia de aquellos pobres y ma-

⁶ *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago.

nipulados seres. Y aunque esto era un homenaje, una pequeña contribución para recordarles a todos no persistir en el camino trazado por la violencia, sabía que aún faltaba mucho por hacer.

II

Una de esas tareas pendientes, fue llevarme a la mamá de Luis Fernando a vivir conmigo y mi papá a la casa familiar. En cuanto entré a su apartamento, volvió a ofrecerme café y a repetir la rutina de la búsqueda de azúcar. Se alegró de manera enorme que yo le llevase un pequeño paquete. Bebimos café toda la tarde, mientras me preguntaba por ese viaje al que se había ido Luis Fernando por Europa. Nunca tuve la fortaleza de contarle lo que había ocurrido con él. Estaba muy ida, y esos pensamientos creo que la llenaban más que la tortuosa realidad. Me contaba que la última vez que habló con él, fue el día en que se llevó su tablero de ajedrez.

—«Terminaré el juego», me dijo Luis Fernando.

Ella lo cuenta suspirando y rogando porque hubiese ganado. Allí se me atragantaban todas las emociones y cuando sentía que me iba a poner a llorar, le pedía que me pusiera más azúcar al café. Aceptó irse a vivir a mi casa, con la condición de que no desordenara el cuarto de Luis Fernando y que la dejara ayudar a Maira, porque la pobre estaba siempre muy abarrotada de trabajo. Por supuesto, cerré el apartamento y desde que salimos no he tenido ganas de volver a entrar.

Mi papá la aceptó convencido de que ya esa casa nos comenzaba a quedar demasiado grande. A veces, nos sentábamos todos cerca de la piscina para escucharla contar una y otra vez la misma historia, sabíamos que esa era la mejor terapia. Ya por la noche, cuando Maira se retiraba con ella a descansar, papá aprovechaba para disertar sobre su futuro retiro. Era la estrategia usual que conseguía para preparar el terreno y preguntarme si ya había superado lo que había

vivido. Lo miraba en silencio, con las ganas de diluirme junto con el hielo del whisky, y así conjurar su sentimiento de culpa a través de la frase estándar de «Estoy bien». Él no se lo creía pero respetaba mis tiempos. Así que después de algunos minutos me dejaba en paz y se iba a dormir. Entonces quedaba allí, en la soledad más terrible, desnudo ante el juez más infame que es el uno mismo, repasando sin proponérmelo o desearlo los sucesos trágicos de esa noche.

Era de esta forma que me trasladaba hasta esa azotea y tropezaba con lo que realmente había ocurrido. Allí aparecía de nuevo ese malestar cuando entraba trastabillando entre los cuerpos regados en aquel techo y encontraba al monstruo de Farías, resguardándose de las balas de los francotiradores, riéndole a la muerte. Me veo de nuevo abriéndome paso hasta llegar a unos metros y sentir su maldito olor a sudor y sangre mezclada y escuchar la queja hacia los que consideraba unos miserables por haberse arrepentido «en el mejor de los momentos». Para él, los muchachos reclutados solo eran piezas desechables que no habían entendido nada de cómo funcionaba el mundo. Los maldecía y me aseguraba que si veía a un cobarde más le iba a arrancar las vísceras y se las haría tragar. Fue allí que habló de como fue matando a quienes se negaban cumplir con sus órdenes, y en especial a esa «puta que tuvo que lanzar desde el techo» porque se había quebrado mentalmente cuando se vieron acorralados. Eso hizo saltar algo dentro de mí, una rabia que reunió todas las injusticias desparramadas por el mundo, los crímenes sin resolver y las sonrisas de criminales nunca descubiertos. Tomé el cuchillo que llevaba en su propio cinturón y sin que mi alma se conectara con la masa de tejido, se lo hundí.

Fue una sensación que me apartó del mundo. Solo quien ha usado cuchillos para asesinar sabrá a lo que me refiero. Un chispazo eléctrico que te remueve los recuerdos. La idea de que se ha hecho algo similar, muchas veces, durante parrillas, en la compañía de seres queridos. Farías quiso moverse, pero la hoja ahora estaba por entero dentro de su pecho, posiblemente había llegado a su

corazón. Las lágrimas me salieron a borbotones y sin remedio de mi cara, pero me mantuve firme, sin soltar un sollozo. Su cuerpo tembló un poco mientras de su boca salían unas pequeñas gotas de sangre. Juro que vi en cada una de ellas a Friki, a Natalio, veía las familias de todos los que habían muerto. Los veía cruzar el cementerio para poner flores en una tumba, mientras Chichita y Claudio otorgaban entrevistas parados sobre sus lápidas. También pensé en Luis Fernando y me preguntaba si ahora estaba en paz, si ese era el único juego que le interesaba ganar. El mejor juego de su vida, el único para el que se preparó y en el que todos participamos.

Cuando dejó de respirar, me alivié para aceptar el castigo, pero no el de los jueces o de quienes presenciaban mi vida a través de los partes policiales y de las frágiles declaraciones de dudosos testigos, sino el de mi propia condena. Esa que me suplicaba salir eyectado de toda esta mierda de mundo, al que fui llevado por Elodio.

Pero cuando la Cristipuchi llegó, justo en el momento en que ya me decidía a reunirme con Melinda en el sueño lejano de cualquier cosa que me aguardara del otro lado de la vida, algo profundo me avisó de que no sería solo una cifra perdida en la tormenta desatada por las ambiciones de unos pocos. Y lo comprobé, al bajar en compañía de Cristipuchi y de algunos policías. Rodeados de luces y una brisa suave, pedí acercarme hasta el cuerpo de Melinda para verla por una última vez. Aceptaron comprensivos y me dejaron caminar solo acompañado de la mirada atenta de algunos vecinos que asomados en las ventanas, lanzaban aviones de papel como quien manda mensajes a una nave nodriza que jamás va a llegar.

Cuando me arrodillé, no sé si con ganas de llorar o de morirme, levanté la pequeña sábana blanca y solo tuve fuerzas para murmurar una breve línea:

«Somos el karma vengador de gente que nunca conocimos».

No era Melinda la mujer que Farías había asesinado. Nunca supe cómo se llamaba, aunque todos los días le pido perdón por el alivio que me causara verla allí en sustitución de la mujer que amaba. No dije nada de Farías o del cuerpo anónimo, ni a los policías, ni a Cristipuchi, ni a papá. Dejé para mí esa información, macerándose entre insomnios eternos y sueños intranquilos, hasta que un día supe que ya era tiempo de usarla como impulso.

Salí de Caracas, en la madrugada, con dirección al llano. Orientado apenas por las vagas referencias que Melinda me había dado. En la larga carretera, que se expandía conforme mis ganas aumentaban, sentía a Luis Fernando acompañarme. Llevarme hacia los pueblos centrales, rodeados de árboles y gente que parece quedarse inmóvil cuando los ojos del extraño los tocan. Era una misión ajena al conocimiento de cualquiera cercano, era algo que debía resolver por mi propia cuenta. En la soledad que requiere una mente que debe rearmar las frases, los gestos, cada acción. Pensaba en qué diría al verla, en si acaso estaba en el lugar en que mi mente la ubicaba o simplemente ya se hallaba muy lejos de estas tierras, quizá en alguna plaza de Madrid o Buenos Aires, intentando hacerse paso a través de la confección de flores de crochet o de algún otro talento artístico. O quizá estaría allí, secándose el sudor de la faena diaria, concentrada en la recolección de limones o en la cría de gallinas.

En algunas ocasiones, cuando el GPS perdía las coordenadas, solicitaba indicaciones de cómo llegar a Corozopando. Y el nombre me sonaba a mentira, a una fantasía, a como si el viaje que hacía no fuese hacia adelante, sino hacia atrás, a los momentos de las primeras fundaciones y de cuando la tierra era salvaje y todo se parecía a todo. Trataba de reabastecerme de gasolina y ser disciplinado para ir en dirección a la carretera que lleva a Apure, pero no antes, tam-

poco después, de los esteros de Camagüán, lugar de encanto que muchos me aseguraron era imposible abandonar.

Algunas horas y desaciertos después, un gran letrado me avisó que pronto la búsqueda terminaría. Así que me apresuré a entrar en el pueblo, a llegar a la plaza central y dibujarle una mujer imaginaria a los viejos que descansaban en las bancas con la vista puesta al monumento de Simón Bolívar. Pero todas las indicaciones que me daban fueron inútiles a excepción de la del párroco, que me llevó con su memoria de única autoridad bautismal, a un camino de tierra, unos cinco kilómetros llano adentro, hasta una casa que parecía el lomo de una ballena que había perdido el rastro del mar.

Detuve la camioneta a unos cien metros y me bajé queriendo que la gravedad me conectara con la tierra. La luz era intensa y mi corazón bombeaba sangre a todos los pensamientos. Al lado de la casa, un bello árbol brindaba sombra a una anciana. Sentada en una silla me observaba con absoluta serenidad. A medida que me acercaba, pude ver que la mujer sostenía algo entre los brazos. Envuelto en una pequeña manta, la figura de un bebé comenzó a emerger para terminar de iluminar los espacios a donde no llega ni el sol, ni las estrellas. Un lugar profundo que solo descubres el día en que se tropieza cara a cara con el destino y te das cuenta de que existen las segundas oportunidades.

—Ella siempre supo que vendrías —me dijo.

CARACAS-LA HABANA

MARZO-OCTUBRE DE 2017

Capítulo 1

El club de los niños bomba	7
----------------------------------	---

Capítulo 2

En la isla del Señor de las moscas	22
--	----

Capítulo 3

La familia	56
------------------	----

Capítulo 4

Reportero de guerra	93
---------------------------	----

Capítulo 5

#OperaciónJaqueAlRey	156
----------------------------	-----

Capítulo 6

I	206
II	210
III	213

La edición de este libro culminó en el
mes de octubre de 2019, su publicación
en internet se inició durante el mes de
noviembre del mismo año.
Caracas-Venezuela